
Grupo Editorial
Portal
Hermanos Baker
• Libro 1 •
ABANDONADA
por el gobernador
UM ROMANCE DIFERENCIA DE EDAD DE
JÉSSICA MACEDO

UNA NOVELA AGE GAP DE

JÉSSICA MACEDO

Hermanos Baker

• Libro 1 •

ABANDONADA

por el gobernador

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado por la Ley nº 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño

Jéssica Macedo

Consulte

Sonia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco

Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Capítulo cincuenta y ocho
Capítulo cincuenta y nueve
Capítulo sesenta
Capítulo sesenta y uno
Capítulo sesenta y dos
Capítulo sesenta y tres
Capítulo sesenta y cuatro
Capítulo sesenta y cinco
Capítulo sesenta y seis
Epílogo
Acerca del autor
Lea también:
Redes sociales (del editor)

Sinopsis

Nolan Baker es el poderoso gobernador del Estado de New York. Viudo, tiene una hija adolescente y usa su poder para controlarlo todo. Arrogante y autoritario, maneja a las personas para que hagan exactamente lo que quiere.

Nilzi Langner es una joven soñadora que acaba de cumplir dieciocho años y está terminando la preparatoria. Su mayor objetivo siempre ha sido convertirse en una modelo famosa, como su tía. Lo que nunca imaginó fue que su camino se cruzaría con el hombre más poderoso del Estado.

Lo que Nolan quiere, lo consigue.

Convertirse en el objeto de deseo del gobernador pondrá de cabeza la vida de la ingenua joven. Él sería capaz de ofrecerle el mundo, pero no estaba dispuesto a reconocer la relación, porque podría convertirse en un gran escándalo.

Sin embargo, su cuento de hadas se vino abajo cuando quedó embarazada y él la abandonó.

Para mi lectora Nilzi ❤



Nolan BAKER

Prólogo

Dos años antes...

—¡No puedo creer que hiciste esto! —Los gritos de Amélia hacían temblar las ventanas del auto y me ponían aún más furioso.

—Ah, no exageres, Amélia —murmuré, apretando el volante con más fuerza.

Me estaba conteniendo para no dar la vuelta y olvidarme de la visita a la casa de sus padres en New Jersey.

¡Al diablo! Subí el volumen de la radio, dejando claro que no estaba dispuesto a escucharla. Amaba a esa mujer tanto como lograba sacarme de quicio.

—¿Exagero? ¿Cómo puedes decir que estoy exagerando? ¡Me engañaste! —Golpeó el tablero con ambas manos.

—Fue solo sexo.

—¿Solo sexo? ¿Cómo tienes el descaro de mirarme a la cara y decirme eso después de quince años de matrimonio?

—¿Qué querías que hiciera? —Me encogí de hombros y desvié la vista hacia el retrovisor central.

Miré el asiento trasero y me alegré de que Mía estuviera en casa de sus amigos esa tarde de domingo. No tendría que lidiar con la histeria de su madre.

—Para empezar, no haberte acostado con esa chica. ¿Cuántos años tiene? Podría ser nuestra hija.

—Pero no lo es. Ahora basta, me estás dando dolor de cabeza.

—¿Dolor de cabeza? ¿Cómo puedes ser tan…? —Bufó, retorciendo el cinturón entre los dedos sin poder terminar la frase—. Basta, Nolan. Quiero el divorcio.

—¿Divorcio? De ninguna manera.

—No voy a aceptar que me sigas engañando así, sin un mínimo de respeto por nuestro matrimonio.

—¿Tienes idea del daño que un divorcio le haría a mi carrera política?

—¡Que se joda tu carrera política! Deberías haber pensado en eso antes de acostarte con una asistente parlamentaria de veinte años.

—No voy a firmar un divorcio.

—¿Prefieres que todos sepan lo que me estás haciendo? ¿Que nuestra hija lo sepa?

—No harías eso. —Apreté el volante con más fuerza, sintiendo cómo la rabia crecía dentro de mí.

—¿Por qué crees que tengo que aceptar todo lo que me haces y fingir que soy la esposa perfecta en medio de tu campaña para gobernador?

—Necesito que sigas a mi lado en la recta final de las elecciones. Es extremadamente importante. Un escándalo así podría destruir todo por lo que he trabajado.

—¿No piensas en mí, ni en Mía, verdad? Solo en tu maldita carrera política y en tu puta verga.

—¡Basta, Amélia! —Giré el volante con fuerza, haciendo que los neumáticos chirriaran al meterme en el carril contrario.

—¡¿Qué demonios estás haciendo, imbécil?!

—Volviendo a casa.

—Mis padres nos están esperando.

—Vas a tener que inventar una excusa y decirles que no iremos.

—¡No! Es el cumpleaños de mi papá.

—Diles que me duele la cabeza.

—¡No puedes hacer esto! —Me agarró del brazo, haciendo que el auto se sacudiera en la

carretera.

—¡Estás loca!

—Vamos a casa de mis padres.

—No.

—Déjame aquí.

—¿Qué?

—Para el auto, me iré sola.

—No lo harás.

—Te dije que pares el auto.

—Amélia, ya basta. Vamos a casa. —La miré con seriedad, esperando que retrocediera.

—¡Mira al frente! —gritó, y cuando me di cuenta, el auto se había desviado hacia el carril contrario.

Un bocinazo estridente retumbó en mis oídos, seguido de un faro cegador antes de que todo se volviera negro.



Nilzi

LANGNER

Capítulo uno

Ella es tan increíble...

Siempre pensaba en eso cada vez que veía una imagen de mi tía en los anuncios publicitarios que cubrían la ciudad.

Mi tía Vanessa era la mujer en quien más me inspiraba: una modelo famosa, con un rostro hermoso y un encanto cautivador. Esperaba que algún día pudiera ser exactamente como ella.

El semáforo cambió a verde, y el taxi con un anuncio de perfume en la placa aceleró antes de girar en una esquina. Yo seguí por la ciclovía, pedaleando hacia la escuela, que quedaba a unos kilómetros de distancia.

Gracias a mi tía, estudiaba en una escuela privada en el Upper East Side. Estaba en mi último año, que terminaría en unos meses, y esperaba ser aceptada en Columbia o en la Universidad de New York. No tenía planes de mudarme a otra ciudad, además de que mi mamá estaba enfrentando algunos problemas de salud y quería estar cerca en caso de que necesitara algo.

Detuve la bicicleta en la entrada y la aseguré en uno de los soportes de metal antes de bajarme. Ajusté la correa de mi mochila y subí los escalones que llevaban a la puerta principal.

—¡Hola, Nil! —Mi amiga Layla me saludó con la mano en cuanto me vio entrar por el pasillo y caminar hacia mi casillero.

—¡Hey!

—¿Habrá fiesta mañana? —Abrazó sus libros y se apoyó contra los casilleros de al lado.

—¿Fiesta? —Tomé mi libro de biología para la primera clase y me giré hacia ella.

—¡De cumpleaños, obvio! No se cumplen dieciocho años todos los días.

—En realidad, no se cumple ninguna otra edad más de una vez, Layla.

—Eso es un detalle sin importancia.

—¿Y la fiesta? —Empezamos a caminar juntas por el pasillo rumbo al aula de biología.

—No habrá. Mi mamá ha estado teniendo episodios de presión arterial alta. No puedo llenar la casa de adolescentes borrachos.

—¿Y qué tal el departamento de tu tía? Es súper lujoso y ella haría cualquier cosa por ti. Si se lo pides con un poco de tacto, seguro te lo presta para la fiesta.

—No le voy a pedir eso a mi tía. Ya hace demasiado por mí.

—Como si no lo merecieras.

—Son solo dieciocho años. —Me encogí de hombros.

—Yo en tu lugar aprovecharía la oportunidad.

—Tú siempre aprovechas cualquier oportunidad, Layla. Solo falta que la policía descubra cuánto has bebido ya.

—Bah, solo han sido unos tragos.

—Unos cuantos... —Dejé escapar una risa mientras tiraba de mi silla para sentarme—. Claro, cómo no.

—Tú te la pasas fingiendo que eres una santa, cuando deberías disfrutar un poco más de la vida.

—No finjo nada.

—¡Buenos días, queridos alumnos! —El profesor de biología entró al aula, dando por terminado el tema.

Me acomodé mejor en el asiento y abrí mi libro en el capítulo donde habíamos quedado la última clase.

Solo faltaban unas cuantas pruebas antes del baile de graduación, y pronto sería libre de la preparatoria.



Nolan BAKER

Capítulo dos

Después de mucha insistencia de mi hija, decidí recogerla esa tarde después de la escuela para que pudiéramos salir juntos. Desde la muerte de su madre en el accidente de auto hace dos años -el mismo que me dejó una semana en coma-, ella buscaba mucho más mi atención, aunque yo era un hombre ocupado con mis deberes como gobernador.

Mía tenía quince años, cumpliría dieciséis en unos meses, pero ya intentaba comportarse como una mujer adulta. Tal vez se debía a la ausencia de su madre.

Nunca imaginé que Amélia moriría de esa forma y todavía lamentaba el incidente, pero, de cualquier manera, el accidente me ayudó en las elecciones. Un hombre que se recuperaba de una tragedia y lidiaba con la terrible pérdida de su esposa resultaba atractivo para los votantes. Era mucho mejor ser un viudo enlutado que un desgraciado divorciado.

Mi chofer bajó del auto, mientras mi guardaespaldas y yo esperábamos adentro, ocultos tras los vidrios polarizados.

No era mi costumbre recoger a Mía. Ella tenía su propio conductor, pero lo había despedido solo por ese día para este programa de "padre e hija" que, de no aceptar, terminaría volviéndome loco.

Miré hacia afuera hasta que vi a una chica salir del edificio y caminar con el uniforme ajustado hacia una bicicleta estacionada en la entrada.

Era mayor que Mía, aunque no sabía exactamente cuántos años. Considerando que seguía en la escuela, quizá dos. Continué observándola mientras cruzaba frente al auto y pedaleaba hacia la ciclovía del otro lado.

Siempre me habían gustado las mujeres más jóvenes. No era algo demasiado ortodoxo, considerando que acababa de cumplir cuarenta y dos.

Amélia había sido una buena esposa, sobre todo para mi carrera política. Sin embargo, si el matrimonio no hubiera sido tan importante en ese sentido, habría esperado un poco más y

disfrutado sin restricciones de chicas jóvenes.

—¡Papá! —Mía entró al auto y me rodeó el cuello con los brazos—. Qué bueno que viniste.

—Tuve que cancelar algunos compromisos importantes, así que espero que estés satisfecha.

—¡Lo estoy!

—Genial.

Seguí mirando por la ventana y vi que alguien había detenido a la chica de la bicicleta para hablar con ella.

—¿Quién es? —señalé, llamando la atención de Mía mientras intentaba disimular mi interés.

—Es Nilzi Langner. Está en el último año. Es sobrina de esa modelo famosa, Vanessa Langner.

—Interesante —murmuré.

—¿Cuántos años tiene?

—No sé... unos diecisiete o dieciocho.

—Entiendo.

—¿Por qué preguntas?

—Por nada, solo curiosidad.

—Ajá... —Se acomodó a mi lado y se abrochó el cinturón de seguridad—. ¿Nos vamos?

—Sí, podemos irnos. —Le indiqué al chofer que arrancara.

—¿A dónde vamos? —preguntó Mía, interesada en el paseo.

—Hice una reserva en un restaurante.

—Podríamos andar en bicicleta juntos en Central Park, como cuando era niña.

—Sabes que no es seguro.

—Podrías llevar más guardias. —Se encogió de hombros.

—Mía...

—Está bien, papá. Me conformo con el restaurante.

—Mucho mejor.

Desde antes de que ella naciera, yo ya tenía aspiraciones políticas, pero ser gobernador era muy distinto a haber sido un simple concejal, presionado por asociaciones de vecinos que querían que cumpliera sus demandas tras depositar su voto en mí.

Había asumido el cargo de gobernador del Estado de New York hacía un año y, desde entonces, mis compromisos y responsabilidades solo habían aumentado.



Nilzi

LANGNER

Capítulo tres

Subí con mi bicicleta por el ascensor hasta el cuarto piso del edificio donde vivía con mis padres.

Él trabajaba en una empresa de instalación de internet, mientras que ella era empleada de un banco privado. Llevábamos una vida de clase media bastante estable, lo que nos permitía vivir en un pequeño apartamento en Manhattan, de dos habitaciones. Una de ellas la compartía con mi hermana, que era cuatro años menor que yo.

Quien realmente había triunfado en la vida era la tía Vanessa, la hermana menor de mi madre. Después de destacar en la escuela como porrista y pasar por la Universidad de Columbia, ahora era una modelo exitosa. Había conseguido un contrato con una de las empresas más importantes de cosméticos femeninos y lencería.

Si alguien me preguntaba qué quería ser cuando creciera, sin duda respondería que como ella.

—¿Mamá? —Entré en casa buscándola, mientras empujaba mi bicicleta hasta un pequeño espacio en la lavandería.

—No está —respondió mi hermana desde la cocina.

—¿Pudo ir a trabajar hoy?

—Creo que sí.

—Los médicos tienen que averiguar qué tiene cuanto antes.

—Parece que están más perdidos que nosotros. —Megan salió de la cocina comiendo una manzana verde y masticando lentamente.

—¿Llegaste hace mucho?

Negó con la cabeza.

—Solo unos minutos. Ah, alguien estuvo llamándote. Tu teléfono no dejaba de sonar,

pero pensé que era mejor no contestar.

—Me lo olvidé cuando salí esta mañana.

—Mmm…

Pasé junto a ella y fui a nuestra habitación. Tomé el celular del cargador sobre mi mesa de noche y vi varias llamadas y mensajes de mi tía, lo que me hizo sonreír.

Sabía que Megan sentía algo de celos por la relación que tenía con ella, aunque nunca lo admitiera. Quizás por eso no me había dicho que quien llamaba era la tía Vanessa.

Me senté en el borde de la cama y marqué su número, pero esta vez fui yo quien no obtuvo respuesta. Volví a intentarlo, pero colgó antes de que terminara de sonar. Supuse que estaba ocupada, hasta que me llegó un mensaje.

Tía Vanessa:

No puedo hablar ahora. Te llamo en cuanto pueda.

Nilzi:

Está bien.

Tomé el celular y fui a la cocina en busca de algo para comer. Tenía hambre, así que agarré un yogur natural descremado. Aunque prefería un buen tarro de helado, quería mantenerme delgada y bonita. Con suerte, podría conseguir algún trabajo como modelo, igual que mi tía.

Siempre me decía que la dieta y el compromiso con el cuerpo eran fundamentales.

Ya había participado en algunos desfiles y sesiones de fotos, pero nada realmente relevante. Todavía necesitaba llamar la atención de las personas adecuadas para obtener una buena oportunidad. Con la ayuda de mi tía, todo sería más fácil.

Tiré el envase vacío a la basura y estaba a punto de regresar a mi habitación cuando sonó

el celular.

—¡Tía! —Sonreí de inmediato.

—Hola, girasol.

—¿Te interrumpo?

—No, solo tuve que atender a mi agente por una campaña publicitaria, pero la conversación no duró mucho.

—¡Qué genial!

—Sí. ¿Cómo estás?

—Bien. Acabo de llegar de la escuela.

—¿Tu mamá está en casa?

—Megan dice que fue a trabajar. Parece que está mejor.

—Esa es una gran noticia. Espero que siga así.

—Todos estamos cruzando los dedos. —Suspiré.

—¿Tienes planes para mañana en tu cumpleaños? Imagino que estás emocionada.

—La verdad, no mucho. Mi amiga Layla quería saber si haría una fiesta, pero creo que es mejor no hacerla, sobre todo con la salud de mi mamá tan frágil.

—Si no tienes nada planeado, me gustaría que me acompañaras a una fiesta.

—¿Qué tipo de fiesta?

—Una con algunos peces gordos de New York. Habrá mucha gente rica e influyente. Es una gran oportunidad para conocer a las personas correctas.

—¡Suena increíble! —Me emocioné—. Solo que no sé si tengo algo adecuado para un evento así…

—Voy a apartar uno de mis vestidos para que lo uses.

—¿En serio?

—Sí.

—¡Gracias, tía!

—Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Cuando colgué, estaba saltando en mi lugar. Sería increíble asistir a uno de los eventos glamorosos de los que mi tía siempre hablaba. Podría ver personas importantes, descubrir oportunidades y, con suerte, conocer a alguien más interesante que los chicos de mi escuela.



Nolan BAKER

Capítulo cuatro

Me acomodé la manga de la camisa y ajusté el broche de oro y perla en el puño. Luego arreglé el cuello para colocarme la corbata y tomé el saco que estaba colgado junto al espejo de mi suite.

Estaba particularmente cansado ese día. Había sido una semana agotadora en mi despacho, pero mi presencia en ese evento benéfico era fundamental. Además, necesitaban tomarme fotos cortando la cinta de inauguración de la nueva unidad de cuidados intensivos pediátricos en el hospital del Queens. El área había sido renovada y reconstruida después de un terrible incendio el año pasado.

Esperábamos recaudar fondos de donantes influyentes y poderosos para modernizar algunos equipos y, de paso, alimentar el ego de esas personalidades al poner sus nombres en una placa en la pared.

Terminé de arreglarme y salí al pasillo.

—¿Dónde está Mía? —pregunté a Dolores, el ama de llaves de la mansión.

—Se quedó a dormir en casa de una amiga. El chofer irá por ella en la mañana.

—Está bien. Saldré ahora y no sé a qué hora regresaré.

—Que tenga una buena velada, señor.

—Gracias.

Caminé hacia el exterior de la mansión, donde mi chofer ya me esperaba. Abrió la puerta y aguardó a que me acomodara antes de cerrarla y rodear el vehículo.

Me abroché el cinturón mientras él maniobraba para salir del garaje.

Miré la hora en mi reloj de oro. Quizás llegaría unos minutos tarde, pero eso podría generar algo de expectativa sobre mi llegada.

Observé las calles, las luces y los autos hasta que el chofer se detuvo frente al hospital, en

un ala anexa donde se celebraba el cóctel.

Bajé del auto y me acomodé el saco. La primera persona que vino a recibirme fue Robert, mi principal asesor. Llevaba en mi equipo desde la elección y lo consideraba mi mano derecha.

—Gobernador.

—Buenas noches. ¿Los invitados ya llegaron?

—La mayoría.

—Es suficiente.

Rechacé su discurso y sus anotaciones sobre algunos puntos importantes. Sacó un papel doblado del bolsillo y me lo entregó.

—Lo revisaré.

—El alcalde… —Robert ni siquiera terminó la frase antes de que el hombre apareciera frente a nosotros en cuanto cruzamos la entrada.

Arnold Stone era un tipo pomposo, de poco más de cincuenta años, cabello rizado y piel oscura. Iba por su segundo mandato como alcalde de New York. Un adulador profesional, pero eso lo hacía efectivo en su papel como político.

—¡Gobernador Barker!

—Hola, alcalde.

—Parece que nuestros caminos se cruzan nuevamente.

—Era de esperarse.

—Por supuesto, pero sigue siendo un placer. ¿No cree?

—Sí. —Forcé una sonrisa.

El alcalde caminó con nosotros hasta que pude ver a otras personalidades que ya habían llegado a la fiesta. Algunos rostros conocidos, otros no tanto. Muchos estaban ahí por el mismo y eterno juego social que no cambiaba con los años.

—Senadora. —Arnold hizo un gesto con la mano para que la mujer se acercara.

—Hola, caballeros.

Me acerqué y la saludé con un beso en la mejilla. Valery García era una mujer de una edad similar a la mía que trabajaba arduamente en la defensa de los latinos y otros inmigrantes en el país, lo que le aseguraba una buena cantidad de votos.

Escuché pasos acercándose. Los otros dos se giraron con una sonrisa y vi a un hombre acompañado de su esposa.

Era rubio, de ojos azules y con una presencia imponente. Tal vez el único de mis temores.

—Alcalde, senadora, gobernador…

Los otros dos lo saludaron con una sonrisa, y yo hice lo mismo. Aunque se presentaba como un hombre adinerado con influencia en múltiples sectores del Estado, cualquiera que lo conociera mínimamente sabía que había mucho más detrás de eso.

—Tenemos asuntos importantes que discutir, gobernador. Espero que podamos reunirnos a lo largo de la semana.

No respondí, y él tampoco insistió. En el fondo, sabía que no era exactamente el tipo de invitación que podía rechazar.

La pareja se alejó y la tensión se mantuvo en el aire por unos instantes. En momentos como ese, recordaba el precio que la política exigía en ciertas ocasiones.

—Siempre están aquí —dijo finalmente la senadora.

—Están en todas partes, todo el tiempo —agregó el alcalde.

Intenté no prestarle demasiada atención, sobre todo cuando otros invitados empezaron a acercarse a mí.

Tomé una copa de champán de la bandeja de un camarero y bebí un par de sorbos. Estaba completamente distraído cuando tuve una sensación de déjà vu.

Ya no llevaba el uniforme escolar, el mismo que usaba mi hija, pero su rostro me resultaba inquietantemente familiar. Era la misma chica que había llamado mi atención el día anterior.

Cabello castaño, del mismo tono que sus ojos, y facciones delicadas. Su cuerpo estaba envuelto en un vestido negro con una abertura lateral que alimentó mi imaginación.

Estaba acompañada de una mujer mayor, tal vez de unos treinta años, rubia y con un aire de seguridad y confianza mucho más marcado.

—Síguela —murmuré a Robert.

—¿A quién?

—La del vestido negro. —Señalé discretamente—. Quiero un nombre, información y, con suerte, será una compañía para el final de la noche.

—¿Seguro que quieres a esa? La rubia…

—¿Escuchaste lo que dije o no?

—Sí, gobernador.

—Bien.

Me terminé el champán y comí algunos aperitivos mientras mantenía la mirada fija en la chica. Siempre había preferido a las morenas.



Nilzi

LANGNER

Capítulo cinco

Estaba deslumbrada. En cuanto entré con mi tía al área reservada para la fiesta, miré de un lado a otro sin poder disimular mi asombro. Todos estaban vestidos de manera impecable y se comportaban con elegancia, incluso mientras comían.

Mi sorpresa aumentó cuando reconocí algunos rostros que solo había visto en la televisión. Mi tía tenía razón: ese lugar reunía a muchas personas influyentes e importantes.

—Señoritas, ¿gustan? —Un mesero se detuvo frente a nosotras y nos ofreció una bandeja con copas de champán.

Negué con la cabeza, pero mi tía tomó una copa. Miré por encima del hombro del mesero y me encontré con la mirada fija de un hombre en nuestra dirección. Tenía el cabello corto y canoso, la barba bien afeitada y vestía un traje negro impecable.

No tardé en reconocerlo.

—¡Es el gobernador! —Le di un leve codazo a mi tía, que siguió mi mirada.

—Sí, es él.

—No deja de mirar hacia acá —comenté—. Seguro te está mirando a ti.

Todos los hombres de la ciudad siempre la miraban. Hermosa, carismática y sensual, mi tía Vanessa podía elegir al hombre que quisiera, pero prefería seguir disfrutando de su independencia.

—Tal vez… —Se acomodó el cabello rubio, echándolo hacia atrás, y el hombre siguió observándonos. Hasta que alguien más se acercó a él y lo hizo apartar la vista.

—Ven conmigo. —Mi tía me tomó de la muñeca y me arrastró con ella—. Quiero presentarte a algunas personas.

—Claro...

Nos detuvimos frente a una mujer con un llamativo vestido blanco y negro que estaba

acompañada por un hombre.

—Mackenzie, quiero presentarte a mi sobrina, Nilzi. —Mi tía hizo un gesto hacia mí con ambas manos.

—Qué linda.

—Gracias. —Sonreí, algo incómoda.

—Mackenzie es una de las mayores influencias en el mundo de la moda y dueña de una de las agencias de modelos más grandes de la ciudad. Hemos trabajado juntas muchas veces.

—Hasta que te volviste demasiado grande —comentó la mujer.

—Un simple detalle. —Mi tía se encogió de hombros y movió el cabello con aire de despreocupación.

—¿Crees que ella tiene el mismo talento que tú? —Mackenzie me observó de pies a cabeza, evaluándome con una mirada que me provocó escalofríos.

—Todavía es un diamante en bruto, pero puedo asegurarte que el talento no es un problema.

—Veamos... ¿Podría ir el lunes a la agencia para hacer algunas pruebas?

—Por supuesto que sí —respondió mi tía, antes de que yo pudiera decir algo.

—Perfecto. Veremos si este diamante en bruto puede brillar.

Me emocioné. Era una gran oportunidad para mi carrera y la idea me llenó de adrenalina. ¿Quién sabe? Tal vez podría llegar a ser tan famosa y exitosa como mi tía.

Mackenzie se alejó y comenzó a atender a otras personas, seguramente en busca de la misma oportunidad que yo.

En cierto momento, todos fuimos convocados a reunirnos detrás de una cinta roja. Vi al gobernador acercarse con unas tijeras en la mano, y nuestras miradas volvieron a cruzarse, provocándome un escalofrío. Pareció que nos quedamos así por un largo momento, aunque probablemente fueron solo segundos antes de que él enderezara su postura y proyectara la voz para dar un discurso.

Habló durante unos diez minutos antes de cortar la cinta, lo que desató una ronda de aplausos.

No debía tener menos de cuarenta años, pero era un hombre atractivo, con una presencia fuerte y segura. Sabía cómo comportarse y cómo cautivar a la gente, como se esperaría de un político.

Poco a poco, los invitados comenzaron a retirarse, y mi tía sugirió que nosotras hiciéramos lo mismo.

A pesar de que era mi cumpleaños y mis amigos insistían en que había lugares mucho más interesantes para celebrar, para mí había sido una noche llena de oportunidades y hasta de lecciones. Observé a mi tía con atención, desde su porte hasta su forma de hablar con los demás. Si algún día quería ser como ella, todavía tenía mucho que aprender.

Estábamos afuera, esperando un taxi, cuando un hombre se nos acercó, obligándonos a girarnos hacia él.

—Me gustaría saber el nombre de la señorita.

—¿El mío? —Me sorprendí al darme cuenta de que se refería a mí y no a mi tía.

—Sí…

—Soy Nilzi.

—Guarde este número. —Me entregó un papel—. Envíe un mensaje más tarde.

—¿Para quién? —pregunté, sin entender.

—El gobernador tiene interés en hablar con usted.

—¿El go... el gobernador? —balbuceé, mirando al hombre con incredulidad.

Él solo asintió antes de darse la vuelta y marcharse, dejándome con aquel papel arrugado entre los dedos.

—¡El gobernador! —Mi tía sonrió con una expresión que sugería que había entendido algo que yo aún no comprendía.

—¿Qué podría querer conmigo?

—Nunca se sabe lo que pasa por la cabeza de esos hombres.

—Pero ¿por qué no contigo? —pregunté, aún más confundida, mientras mi tía abría la puerta del taxi y esperaba a que subiera antes de acomodarse a mi lado.

Ella era la mujer más hermosa y deseada de la ciudad. Si alguien debía recibir el número del gobernador, era ella y no yo.

—Llamaste su atención. Eso ya es un gran paso.

—De un hombre viejo. —Solté una risa.

—Pero muy poderoso.

Hasta ese momento, la situación me parecía un chiste, pero al ver la mirada de mi tía, comprendí que ella realmente veía esto como una oportunidad.

—¿Crees que debería mandarle un mensaje?

—¿Por qué no?

—Acabo de cumplir dieciocho y él debe tener al menos cuarenta.

—Recuerda algo, Nil: para conseguir lo que quieras en la vida, necesitas rodearte de las personas adecuadas.

No dije nada más. Solo me quedé mirando aquel papel, preguntándome qué podría querer el gobernador conmigo.

Al mismo tiempo que sentía un escalofrío de nerviosismo e incertidumbre, la curiosidad me invadía.

Podía ser mayor, pero tenía que admitir que era un hombre bastante atractivo.



Nolan BAKER

Capítulo seis

Entré a mi habitación, desabotonándome el saco antes de arrojarlo sobre el diván a los pies de la cama. Solté un profundo suspiro mientras pensaba en la fiesta y en la feliz coincidencia de haber encontrado a la chica que había visto el día anterior. Sin el uniforme, parecía menos adolescente, pero aún conservaba ese aire angelical y la expresión ingenua.

Por lo que Mía había dicho, su compañera estaba en el último año, lo que significaba que probablemente tenía la edad suficiente para no causarme problemas. Obviamente, mis electores lo verían como un escándalo de cualquier forma, y precisamente por eso, mis relaciones con mujeres más jóvenes eran algo que mantenía en absoluto secreto.

Por más que fuera viudo y, en teoría, libre, no veían con buenos ojos que me involucrara con una mujer joven, aunque tuviera edad suficiente para consentir. Pero yo era inteligente y sabía cómo conseguir su silencio a cambio de otros beneficios.

Saqué el celular y sonreí al darme cuenta de que mi primer movimiento había funcionado.

Nilzi:

¿Es el gobernador?

Nolan:

Sí.

Presumo que eres la mujer a quien mi asesor le dio mi número.

Nilzi:

Lo soy.

Nolan:

Es un placer conocerte, aunque me habría gustado que fuera en persona.

Nilzi:

Señor, ¿qué podría querer de alguien como yo?

Nolan:

Nada de “señor”, por favor.

Nilzi:

Lo siento.

Nolan:

Podríamos disfrutar de la compañía del otro.

Nilzi:

¿Y qué podría ofrecerle yo al gobernador?

Nolan:

Podríamos empezar con una buena conversación mientras cenamos. ¿Qué te parece?

Nilzi:

¿Esto es una invitación a salir?

Nolan:

Es una oportunidad para conocernos mejor.

Nilzi:

¿Dónde y cuándo?

Nolan:

Me gustan las chicas decididas. Mándame tu dirección, enviaré un chofer por ti

mañana en la noche.

Nilzi:

¿Mañana?

Nolan:

¿Tienes algún compromiso?

Nilzi:

No.

Nolan:

A menos que no sea un buen día para ti.

Nilzi:

Mañana está bien.

Nolan:

Entonces espero tu dirección.

Cuando me envió los datos, mi sonrisa se ensanchó aún más. Estaba seguro de que tendría una cena excelente con una compañía inmejorable.



Nilzi

LANGNER

Capítulo siete

Me pregunté qué diablos estaba haciendo en ese auto en cuanto subí en él.

Por supuesto, no di la dirección de mi edificio, porque ni siquiera sabría por dónde empezar a explicar si alguno de mis padres se enteraba de que iba a encontrarme con el gobernador.

Por más que la sensación en mi estómago fuera tan emocionante como la de una montaña rusa y tuviera muchas expectativas, en el fondo sabía que quizá estaba haciendo algo muy malo, aunque no hubiera ninguna señal clara de que fuera así.

Me pregunté qué haría mi tía Vanessa si estuviera en mi lugar. Y la respuesta era obvia: se lanzaría de cabeza. Si alguien no le tenía miedo a nada, era ella. Quería ser así, valiente, decidida y sin miedo. Siempre dispuesta a luchar por lo que quería.

Si deseaba convertirme en una mujer como ella, la atención del gobernador podía traerme algunas oportunidades.

Ajusté mi pequeña bolsa en el regazo y me froté las manos húmedas por el sudor frío. Les había dicho a mis padres que saldría con unas amigas a un karaoke en Koreatown y que no debían esperarme despiertos.

Aunque ellos siempre estaban preocupados y la ciudad tenía sus peligros, nunca les di motivos para alarmarse. Sin embargo, en el fondo, me sentía un poco culpable por mentirles.

Solo era una cena con el gobernador. Pronto estaría de vuelta en casa y todo estaría bien.

—Llegamos, señorita —avisó el chofer en cuanto el auto se detuvo frente a uno de los muchos hoteles lujosos de Manhattan.

Bajó del vehículo, rodeó la carrocería y abrió la puerta para mí. Luego me entregó una tarjeta magnética.

—El gobernador la está esperando en la suite doce mil cinco.

¿Suite?

Mi corazón comenzó a latir con fuerza. Pensé que solo cenaríamos y nos conoceríamos mejor, preferiblemente en un lugar abierto y con otras personas. Una suite de hotel daba lugar a muchas interpretaciones.

Si quería salir corriendo y cambiar de opinión sobre el encuentro, ese era el momento. Pero en mi cabeza, escuché la voz de mi tía recordándome que estaría dejando escapar una gran oportunidad.

Suite doce mil cinco.

Me quedé mirando la tarjeta entre mis dedos hasta que un botones se acercó.

—¿Necesita ayuda, señorita?

—¿Dónde están los ascensores?

—Por allá. —Señaló con una sonrisa amable.

—Gracias.

Con las piernas temblorosas y miedo de lo que podría pasar, entré en el ascensor y presioné el botón para el piso doce.

Pasaron solo unos segundos antes de que las puertas de metal se abrieran. La habitación era la segunda en el pasillo.

Me quedé parada, cruzando los brazos frente a mi cuerpo.

¿Qué estoy haciendo?

Podría irme…

¡Debería irme!

Pero en lugar de hacer lo que era lógico, toqué la puerta.

Antes de que pudiera correr de vuelta al ascensor, se abrió.

—Nil —dijo el gobernador con una sonrisa amplia, mostrando sus dientes perfectamente blancos.

—Ho... Hola...

—Mi chofer debió darte una llave.

—Lo hizo... —Le mostré la tarjeta.

—¿Te dio miedo entrar?

—Pensé que podía ser la habitación equivocada.

—Entra. —Abrió más la puerta, indicándome el camino.

—Creí que íbamos a cenar en un restaurante.

—La comida ya está servida. Solo te estaba esperando.

—¿En una habitación de hotel?

—Soy un hombre público, Nilzi. Es imposible que pueda sentarme en un restaurante sin que me reconozcan.

—Tiene razón —admití, con resignación.

—Nuestra cena se está enfriando. ¿Vas a entrar?

Asentí con la cabeza y caminé con pasos inseguros hacia el interior.

Me froté las manos sudorosas contra los costados de mi vestido, sintiendo mi corazón latir con más fuerza cuando él cerró la puerta, encerrándonos.

Llevaba una camisa blanca de vestir, con los primeros botones desabrochados, lo que me permitió ver parte de su torso. A pesar de su cabello grisáceo, estaba en mejor forma que la mayoría de los chicos con los que solía convivir, especialmente mis compañeros de escuela.

Respiré hondo antes de recorrer con la vista el espacio a nuestro alrededor. Era una suite amplia, con una sala previa donde había una mesa redonda con espacio para cuatro personas. Sobre ella, estaba servida una cena para dos.

Él sonrió con gentileza mientras corría la silla para que me sentara frente a él.

Poco a poco, comencé a tranquilizarme y mi corazón dejó de latir con tanta fuerza. No tenía razones para entrar en pánico. Era solo un hombre mayor, pero muy atractivo, que estaba

compartiendo su tiempo conmigo.

—Déjame poner tu bolsa por ahí —ofreció, extendiendo la mano para tomarla.

—Gracias. —Me quité la correa cruzada sobre el vestido y se la entregué.

El gobernador la acomodó sobre un mueble a nuestro lado antes de rodear la mesa y sentarse frente a mí.

—Me alegra que hayas venido —dijo, mientras destapaba una botella de vino y servía una copa para cada uno.

—Imagino que un hombre como usted debe estar muy ocupado.

—¡Por Dios! ¡Nada de "usted"! —Soltó una carcajada—. Al menos mientras estemos solos, llámame simplemente Nolan.

—Lo siento... —Desvié la mirada, algo avergonzada—. Nolan...

—Mucho mejor así. —Tomó su copa y la levantó, esperando que yo hiciera lo mismo para brindar.

No estaba muy acostumbrada a beber, aunque no era la primera vez. A mi madre no le gustaba, sobre todo porque aún no tenía veintiún años, pero no vi nada de malo en tomar solo unos sorbos.

Tomé la base de la copa y la levanté, golpeando el lateral contra la copa del gobernador.

—Por nuestro encantador encuentro —murmuró, con un tono seductor antes de llevarse la copa a los labios finos.

—Sí...

—Que sea el primero de muchos.

Sonreí de vuelta ante la forma en que me miraba. No había duda de lo cautivador que era ese hombre.

Retiré la campana del plato y vi que la comida consistía en carne poco hecha, acompañada de ensalada y puré, pero todo ricamente decorado, parecía haber costado una

fortuna. No estaba en un restaurante famoso, pero la comida era de uno.

—Te vi hace unos días. —Dejó la copa a un lado antes de volver a mirarme.

—En la fiesta...

—Antes de eso. En la escuela a la que va mi hija, a la hora de salida.

—¡Ah! —Dejé escapar, algo sorprendida.

Sonaba como si me hubiera estado observando desde las sombras, aunque sabía que no era exactamente así.

—Estás en preparatoria, ¿cierto? En el último año.

—Falta poco para el baile de graduación —dije, queriendo mostrarle que no era tan joven, aunque no estaba segura de si era una buena idea.

—Imagino que debes estar ansiosa por la universidad.

—Sí, pero aún estoy esperando algunas cartas de aceptación.

—Tal vez pueda ayudarte con eso. —Se inclinó hacia mí, dejándome algo incómoda—. ¿A dónde quieres ir?

—A Columbia o a la NYU, no quería alejarme de aquí, ni de mis padres.

—Mejor aún. —Sonrió más ampliamente—. Quizá pueda hacer algunas llamadas y asegurarte tu lugar.

—No es necesario... —Metí una mecha de mi cabello detrás de la oreja, avergonzada, y desvié los ojos hacia el mantel de la mesa.

—Quiero ayudarte con eso.

Confieso que estaba bastante nerviosa, temerosa de no ser aceptada. No era la mejor alumna, aunque tenía las notas suficientes para pasar, además, no estaba involucrada en actividades extracurriculares para destacar entre los demás.

Aunque mi tía estaba dispuesta a pagar la matrícula, aún necesitaba ser aprobada por el comité de admisiones.

—Estaría muy agradecida.

—Eso es genial. —Su sonrisa traviesa me dio escalofríos. Sin embargo, mi tía me había dicho que ese hombre podía traerme algunas ventajas.

Tomó los cubiertos y cortó un pedazo de carne, llevándoselo cuidadosamente a la boca. No podía negar que era muy atractivo, pero la forma en que me miraba, con esa mirada de depredador, me hacía querer encogerme.

—Eres tan bonita, Nilzi.

—Gracias. —Tomé un bocado de mi comida.

Él me observaba mientras comía, y sentí que mis mejillas se ruborizaban, cada vez más calientes. A medida que pasaba el tiempo con él, sola en su compañía, las mariposas en mi estómago se agitaban más. Aunque temía lo que pudiera pasar, había algo en mí que se sentía emocionada.

Un hombre mayor, más experimentado...

Hasta donde sabía, era viudo y no había nada de tan terrible en estar en ese momento incómodo con él.

Mientras comíamos el postre, que estaba junto al plato principal, vi a Nolan meter la mano en su bolsillo y sacar una caja cuadrada de terciopelo. Era demasiado grande para un simple anillo, pero no podía saber exactamente qué había dentro.

—Este es un pequeño obsequio para ti.

—¿Un regalo?

—Sí. —Con delicadeza, limpió la comisura de su boca con la servilleta mientras me observaba.

—Gracias...

Me quedé sin palabras sobre qué decir. Abrí la caja y encontré un collar bonito y delicado, con una rosa.

—Pensé que te gustaría La Bella y la Bestia.

—¡Me encanta! —Sonreí ampliamente.

Aunque sabía que era solo una agradable coincidencia, me encantó el regalo.

—¿Puedo ponértelo?

—Sí.

El gobernador se levantó, rodeó la mesa y se detuvo detrás de mí. Su mano recorrió mi cuello, apartando mi cabello hacia un lado, y las puntas calientes de sus dedos me dieron escalofríos.

Me estremecí y él se inclinó.

—¿Qué pasa? —Su voz cerca de mi oído me hizo estremecer aún más.

—Na... nada.

Tomó el collar de la caja y lo colocó alrededor de mi cuello, sujetando el broche.

—Tu perfume es suave.

—El tuyo es más fuerte —respondí automáticamente.

—¿Masculino?

—Sí...

El aroma era amaderado, marcado e intenso, como un whisky añejo.

Nolan inclinó la cabeza, acercándola a mi cuello, e imaginé que iba a besarme ahí, pero antes de que eso sucediera, se alejó y regresó a su lugar en la mesa, dejando mi corazón acelerado.

—¿Te está gustando la cena? —Bebió lo que quedaba de vino en su copa.

—Sí.

—¡Qué bueno!

Mi mano fue hacia mi cuello y sentí el colgante del collar que me había dado.

Sería una prueba de que esa noche era real.



Nolan BAKER

Capítulo ocho

Iba despacio, sabía que si iba con hambre al grano, acabaría alejando a la chica, y eso no era lo que quería.

Quería que se sintiera cómoda y a gusto con mi presencia antes de dar cualquier paso más decisivo. Chicas como ella solían deslumbrarse fácilmente, pero también eran cautelosas, como un gato salvaje.

Regalos y favores solían ser la forma más fácil de involucrar a mujeres de todas las edades, y yo era muy bueno en eso. No había llegado al gobierno sin saber tratar a las personas.

—Yo... creo que debería irme —murmuró, aún algo avergonzada, cuando empecé a mirarla de manera más intensa, especialmente clavando la vista en su escote, aprovechando la excusa de examinar el regalo.

—¿Ya? —Me lamenté.

—Mis padres se van a preocupar.

—Estás en excelente compañía —le guiñé un ojo y sus mejillas se enrojecieron aún más.

—Lo estoy..., pero...

—Está bien, lo entiendo.

Era obvio que prefería que se quedara y llevarla a la cama de la suite, penetrándola el resto de la noche. Solo de pensarlo, mi verga se ponía dura bajo la mesa, pero necesitaría ser paciente.

—Pero me encantaría otra invitación. —Trató de arreglar la situación para no alejarme y eso me dio señales de que estaba en el camino correcto.

—Será un placer. —Sonreí más ampliamente—. Le pediré al chofer que la lleve de regreso.

—Muchísimas gracias.

—No es nada. Tu compañía ha sido muy agradable.

—La tuya también.

Saqué mi celular y le envié un mensaje al chofer. No tardó mucho en responderme, ya que lo había dejado de guardia para esa noche, suponiendo que no tendría tanta suerte en llevarla a la cama en el primer encuentro.

—El chofer ya te está esperando en el estacionamiento.

—Muchísimas gracias, Nolan. —Se dirigió al aparador donde había dejado su bolso y lo tomó, cruzándoselo nuevamente sobre el hombro.

—De nada. —Me levanté de la mesa para acompañarla hasta la puerta.

Sujeté la manija, con mi mano cerca de su cadera, pero no la dejé salir antes de que nuestros ojos se encontraran. Nilzi volvió a sonrojarse, pero me miró fijamente.

—Te mandaré un mensaje —avisé.

—Estaré esperando.

—Buenas noches, Nil.

—Buenas noches, gobernador.

Me incliné, acercando mis labios a los suyos, casi como si fuera accidental, y le di un beso en la mejilla. Alargué el beso por unos instantes antes de alejarme y abrir la puerta.

Nil soltó un suspiro profundo y casi salió tambaleando hacia el pasillo. Me hizo un pequeño gesto con la mano, avergonzada, antes de caminar hacia el elevador.

La observé hasta que entró en la caja de metal y desapareció de mi vista.



Nilzi

LANGNER

Capítulo nueve

Mi corazón seguía acelerado cuando el chofer abrió la puerta trasera del coche para que me acomodara.

Estaba nerviosa, como si hubiera cometido un crimen, pero a la vez con la adrenalina al máximo, como después de practicar un deporte extremo. Sin embargo, la verdad era que no había pasado nada. El gobernador y yo solo habíamos cenado y charlado un poco. Había notado algunas otras cosas de él, además de detalles que ya sabía, como el hecho de que su hija estudiaba en la misma escuela que yo.

Aunque ya me estaba por graduar, ella tenía solo dos años menos que yo. Podríamos ser hermanas, y pensaba que no tenía idea de que había salido a cenar con su padre.

No había pasado nada, ni siquiera un beso, solo una cena tranquila, pero me sentía como una pervertida al pensar si debería o no haber pasado algo más. Podría tener apenas dieciocho años, pero no era tan ingenua.

¿Qué más podría ofrecerle a un hombre como él?

Dudaba que el gobernador me hubiera invitado a cenar para acercarme a su hija, ya que había muchas chicas más populares que yo en la escuela.

Saqué mi celular de la bolsa para ver la hora. Me asusté y tragué en seco al ver dos llamadas perdidas de mi mamá. Debía estar preocupada, pero ya estaba de regreso en casa. Solo le envié un mensaje avisando que ya estaba llegando.

Además de las llamadas de mi madre, había varios mensajes de mi tía, interesada en saber cómo había ido mi encuentro con el gobernador. Aunque era una mujer mayor, me imaginaba la curiosidad que debía tener.

Tía Vanessa:

¿Cómo fue?

¿Sigues con él?

Nilzi:

Ya estoy regresando a casa.

Tía Vanessa:

¿A dónde te llevó?

Nilzi:

A un hotel.

Tía Vanessa:

Cinco estrellas, supongo.

Nilzi:

Era un lugar bonito y lujoso. La cena estaba deliciosa.

Tía Vanessa:

Qué bien.

Usaron condón, ¿verdad?

Nilzi:

¡Tía!

Tía Vanessa:

Tienes que cuidarte, Nil. No vayas a quedarte embarazada ahora y arruinar todos tus planes.

Nilzi:

No pasó nada, tía.

Tía Vanessa:

¿No lo hiciste?

Nilzi:

Ni siquiera nos besamos.

Tía Vanessa:

¿Lo rechazaste?

Nilzi:

Él no intentó nada.

Tía Vanessa:

Entiendo.

Nilzi:

Dijo que me enviaría un mensaje después.

Tía Vanessa:

Espero que sí.

Nilzi:

Ya estoy llegando a casa, hablamos más tarde.

Tía Vanessa:

Está bien.

El chofer salió del coche y abrió la puerta para mí.

—Buenas noches, señorita.

—Muchas gracias —dije, mientras bajaba del coche y subía algunos escalones del edificio equivocado, saludando al hombre hasta que arrancó.

Había pasado por la dirección equivocada y esperé a que doblara la esquina para caminar por la calle y llegar al edificio donde realmente vivía con mis padres y mi hermana. Todavía

estaba un poco alterada por la cita con el gobernador, sin saber si había sido buena o mala, mientras me sentía tensa por los avances que él podría intentar conmigo.

No le había dicho nada a mi tía Vanessa y ella presumía que ya había perdido la virginidad, pero no era así. Ninguno de los chicos de la escuela o con los que solía estar me había atraído lo suficiente como para querer acostarme con ellos.

En el fondo, no estaba segura de si debía hacer algo con un hombre mucho mayor que yo y gobernador del Estado.

Entré al edificio, subí las escaleras, saqué la llave de la bolsa y abrí la puerta. Tan pronto como entré, me sorprendió ver a mi madre sentada en el sofá. Tenía una bolsa de agua caliente en la cabeza y se giró para mirarme.

—¿Nil?

—¡Mamá! ¿No deberías estar durmiendo?

—Me preocupé porque no llegabas.

—Salí con algunas amigas, no tenías que preocuparte.

—¿Ah, sí? —Me escrutó con ojos pesados hasta que se detuvo en mi garganta, donde probablemente vio el collar que me había regalado el gobernador—. ¿Amigas? —repitió, dejando claro que no me creía—. Estoy agradecida con Vanessa por lo que hace por ti, sobre todo por pagar tus estudios, pero tu tía no es tan buena influencia como me gustaría.

—Es tu hermana, mamá.

—Eso no significa que esté de acuerdo con todo lo que dice o hace. Vanessa siempre ha sido demasiado ambiciosa, eso la ha llevado lejos en muchas cosas. Solo temo que sigas ciegamente sus pasos y luego te arrepientas.

—No lo voy a hacer...

—Eso espero —dijo, mientras se levantaba del sofá, tiraba la bolsa térmica a un lado y caminaba hacia el pasillo—. No tardes mucho en irte a dormir.

—Está bien.

Me quedé un poco incómoda y toqué el collar. Mi madre pensaba que había sido mi tía quien me lo había dado, pero era mejor así que si supiera la verdad. La conocía lo suficiente como para saber que no aprobaría que hubiera salido con un hombre un poco más joven que ella.

Fui a mi cuarto, dejé la bolsa y tomé el pijama para cambiarme y prepararme para dormir, ya que tenía clase al día siguiente.



Nolan BAKER

Capítulo diez

Entré en mi oficina esa mañana y aflojé mi corbata, me estaba ahogando y sentía más calor de lo normal, así que encendí el aire acondicionado para no tener que quitarme el saco.

Tan pronto como me acomodé en mi silla de cuero, dejé el celular sobre la mesa. Robert, mi asistente, entró y se detuvo frente a mí.

—Buenos días, gobernador.

—Buenos días...

—Tengo algunos documentos para que los lea y apruebe, además de que necesitamos discutir su agenda de la próxima semana. Algunos asesores parlamentarios quieren reunirse con usted. También la senadora pidió una reunión, parece que quiere hablar sobre un proyecto que piensa presentar en Washington.

—¿Qué tengo para hoy en la tarde?

—Una reunión...

—Cancélala.

—Pero, señor... —Ni siquiera lo dejé terminar la frase.

—Reprogámela para la próxima semana. Tengo planeado ir a la escuela de mi hija.

—¿Va a buscarla otra vez?

No respondí, dejando que sacara sus propias conclusiones, sin contarle que mi mayor interés estaba en otra alumna.

—Necesito que llame al rector de Columbia y de la NYU por mí, aún esta mañana.

—¿Algún asunto en particular?

—Tranquilo, yo hablaré con ellos.

—Está bien.

—¿Algo más?

—Por ahora no.

Robert asintió con un movimiento de cabeza y salió de mi oficina, pocos momentos después, para atender las tareas que le había solicitado.

No imaginaba que necesitaría más que unos segundos de conversación con las personas adecuadas para asegurar que Nilzi fuera aceptada en ambas universidades, quedándole a ella la decisión de elegir a cuál iría y qué carrera seguiría.

Estaba ansioso por volver a verla, aunque sabía que me esperaba un largo día de trabajo antes de eso.



Nilzi

LANGNER

Capítulo once

—Qué collar tan bonito —comentó Layla, tan pronto como nos sentamos a comer en la cafetería de la escuela.

Llevaba mirándolo desde que llegué y pensé que había tardado bastante en decir algo.

—Gracias.

—Debió haber costado una fortuna —supuso, clavando el tenedor en un trozo de zanahoria en vinagre de su bandeja.

—No sé...

—Parece de esa colección de La Bella y la Bestia de esa marca...

—No me acuerdo de cuál marca —intenté cambiar de tema.

—¡Tu tía realmente es muy genial! Me gustaría tener una tía como ella —suspiró, echándose el cabello castaño hacia atrás.

No había sido mi tía quien me lo había dado, pero, al igual que con mi madre, pensé que era mejor no decir la verdad. Layla se pondría mal si le decía que había salido a cenar con el gobernador y que él me había dado el regalo.

Mi celular vibró justo después y lo tomé, encontrándome con un mensaje de él, casi como si el tipo pudiera leer mis pensamientos.

Nolan:

Tengo una sorpresa para ti.

Nilzi:

¿Cuál?

Nolan:

No es una sorpresa si te la cuento antes.

Nilzi:

Tienes razón.

Nolan:

Te encontraré después de tu clase.

Nilzi:

¿En la puerta de la escuela?

Nolan:

En un coche discreto con vidrios oscuros, en la esquina. Solo tienes que entrar por el asiento de atrás.

Nilzi:

Está bien.

Nolan:

Hasta más tarde.

Nilzi:

Hasta luego.

Guardé el celular justo cuando Layla estiró el cuello para leer mi conversación y preferí que no lo viera.

—¿Quién es? —Rió con curiosidad.

—Mi mamá —mentí.

—Ah... —Se mostró decepcionada, esperando que al menos fuera una conversación con

mi tía, algo que la animara, como una fiesta o algún gran evento—. ¿Cómo está?

—Mejorando.

—¿Los médicos descubrieron qué tiene?

—Aún no. —Torcí los labios.

Pensar que mi mamá podría tener algo grave o, peor aún, algo sin importancia, me aterraba. Cada semana que pasaba sin un diagnóstico y con su malestar sin mejora, más sufría mi familia, creando teorías que solo nos alarmaban y nos mantenían en silencio, preocupados.

Mi papá llegó a pensar que podría ser algún tipo de cáncer, pero ningún médico afirmaba ni desmentía nada, dejándonos aún más en la oscuridad y preocupados.

El timbre para la siguiente clase sonó antes de que terminara mi comida y dejé el resto en la bandeja mientras seguía la corriente de estudiantes de vuelta a las aulas.

Después del mensaje del gobernador, estaba bastante ansiosa. ¿Qué será esa sorpresa que no podía contarme por mensaje?



Nolan BAKER

Capítulo doce

Estaba en el asiento trasero del coche espacioso, observando a la gente pasar por la calle a través de la ventana con película polarizada, que impedía que los demás me vieran dentro. Estábamos parados en la esquina cuando sonó la campana anunciando el fin de la clase y vi, a lo lejos, al chofer de mi hija pasar en el coche para recogerla.

—¿Mía no viene con nosotros, señor? —Harold, mi chofer, pareció sorprendido.

—Hoy no.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? —Su pregunta apenas resonó en el coche antes de que escuchara un golpe en la puerta. Me incliné para desbloquearla y permitir que Nilzi entrara y se acomodara a mi lado.

—Gobernador. —Sonrió tímidamente al desviar la mirada después de mirarme.

—¡Hola, Nil!

Llevaba el uniforme, una chaqueta sobre una camiseta blanca y una falda de pliegues hasta las rodillas. Me costaba no quedarme mirando sus muslos, pero me contuve.

—Qué bueno que encontraste el coche tan fácilmente.

—No fue tan difícil. —Se pasó una mano por el rostro. Siempre se ponía un mechón de su cabello detrás de la oreja cuando se sentía avergonzada.

—Sácanos de aquí —ordené al chofer.

—Sí, señor —asintió Harold.

—¿Cuenta regresiva para la graduación? —Volví a mirar a Nilzi.

—El baile es al final del mes.

—¿Emocionada?

—Aún sin pareja.

—Qué pena que no pueda acompañarte.

Sus mejillas se sonrojaron de inmediato.

—No sería apropiado.

—Desafortunadamente —admití.

Como gobernador, tenía una imagen que cuidar, y aparecer en un baile de graduación de secundaria causaría un escándalo sin precedentes.

—La sorpresa...

—¿Estás ansiosa?

—Cuando alguien dice que tiene una sorpresa, es difícil no sentirse así.

—Lo entiendo. —Sonreí al abrir mi saco y sacar dos sobres que estaban guardados en el bolsillo interior, entregándoselos.

—¿Qué es esto? —Entrecerró los ojos, tratando de adivinar.

—Ábrelos.

—Está bien. —Apoyó un sobre en su regazo y abrió el otro.

Observé su expresión mientras se quedaba paralizada unos segundos, hasta que se giró hacia mí con los ojos muy abiertos.

—Realmente lo conseguiste. —Dejó un sobre en su regazo y abrió el otro—. ¡Las dos me aprobaron!

—Solo tuve que hablar con la persona correcta.

—¡Gracias! —Tiró los brazos alrededor de mi cuello, tan emocionada que los sobres cayeron al piso del coche.

—De nada.

—Ni sé cómo agradecer.

—Puedo pensar en una forma.

Ella se apartó, abriendo mucho los ojos al mirarme, probablemente había dicho esa frase sin pensarlo antes y cayó en la trampa.

Nilzi desvió la mirada, avergonzada, y frotó sus muslos uno contra otro. La forma en que se sonrojó avivó aún más al depredador que llevaba dentro.

Tomé su rostro por el mentón y la miré, fijando la vista en el fondo de sus ojos castaños, y ella no retrocedió cuando me incliné hacia ella y posé mi boca sobre la suya. Sus labios eran muy suaves y delicados, como los imaginaba.

Subí una mano por su nuca y me enredé con mis dedos en su cabello suelto, presionando mi lengua contra sus labios, encontrando la suya, y ella respondió a mi beso. Primero había mucha vergüenza, pero poco a poco se fue soltando, como una flor delicada que se abría ante mis caricias.

Puse la otra mano sobre su muslo, subiendo un poco. Mi miembro palpitaba dentro del pantalón y mi deseo era meter mis dedos dentro de su ropa interior, pero no necesitábamos hacer un show para el chofer.

Me alejé cuando ella comenzó a jadear y me acomodé contra el respaldo del coche.

Ella estaba muy roja, pero no se atrevió a decir nada.

—¿A dónde vamos, gobernador? —preguntó Harold, después de que el silencio se instalara en el asiento trasero.

—¿Puedo llevarte al hotel?

Nilzi me quedó mirando hasta que sus mejillas se pusieron tan rojas como el color vino de su uniforme. Pareció una eternidad antes de que asintiera con la cabeza.



Nilzi

LANGNER

Capítulo trece

Cuando el gobernador me llevó de regreso al hotel donde habíamos cenado la noche anterior, sabía exactamente lo que esperaba de mí después de haber sido tan amable al darme un regalo y conseguir que me admitieran en las dos universidades más importantes de New York.

Estaba cruzando los dedos para ser aceptada en al menos una de ellas y en ese momento podría elegir cuál me parecía mejor.

Tía Vanessa tenía razón, los hombres poderosos como él podían traer beneficios, pero nadie hacía nada sin esperar algo a cambio, y después de ese beso que me dejó la boca adormecida, él dejó claro lo que antes solo era una suposición.

Subí con él por las escaleras, donde no había cámaras, y fuimos a la misma suite de la noche anterior, como si estuviera reservada solo para el gobernador, aunque preferí no hacer preguntas al respecto.

En el momento en que él abrió la puerta, sentí que mi corazón casi salía por mi boca.

¿Nerviosa? Estaba teniendo un ataque de pánico. Al mismo tiempo, sentía una pulsación entre mis muslos que me estaba calentando.

No tenía experiencia alguna, a diferencia de él, que era mucho mayor, era padre y ya había pasado por un matrimonio.

—Yo... yo... —comencé a tartamudear.

—¿Qué pasa? —Escuché el sonido de la puerta siendo cerrada con llave cuando él me miró—. ¿Tienes miedo?

—Un poco —admití, y de alguna manera eso hizo que su sonrisa se ampliara.

—No te voy a hacer daño.

—Nunca lo he hecho —confesé, sabiendo que era un riesgo, pero de una forma u otra, él acabaría descubriendo que era virgen.

—¿Ni siquiera te la metieron un poquito?

Negué con la cabeza.

—Podemos empezar despacio. Cancelé mis compromisos de hoy.



Nolan BAKER

Capítulo catorce

—Por favor... —tartamudeó.

Sus labios temblaban, al igual que su expresión ligeramente temerosa.

Normalmente las chicas perdían la virginidad pronto, yo sabía que Mía todavía no la había perdido, aunque evitara entrar en detalles al respecto conmigo, pero no podía decir que me quejara de eso.

Había estado loco por ella desde la primera vez que vi su cuerpo y mi hambre por esa chica se hizo aún más intensa.

Me incliné hacia ella y volví a besarla, saboreando sus labios suaves y delicados mientras ella aún parecía tensa. Jugué con su lengua, saboreando el gusto del brillo de labios en su boca.

Sin duda sería un escándalo que alguno de mis electores me viera con una mujer tan joven, pero afortunadamente entre cuatro paredes podía guardar mis secretos.

Pasé la mano por encima de su uniforme, palpando sus pechos bajo la chaqueta y la camisa. Llevaba un sujetador sin bulto que disimulaba sus pechos de tamaño moderado.

Me gustaban las chicas jóvenes y saber que tenía que enseñarle me entusiasmaba aún más.

—Voy a quitarte la ropa. —Acerco mi boca a tu oreja—. Voy a besarte por todas partes.

Me moría de ganas de saborear aquella piel suave, de tener aquellos pechos intactos cerca de mi lengua mientras mi verga desgarraba aquel canal virgen por primera vez.

Tiré su chaqueta al suelo antes de levantarla y sentarla sobre una pequeña cómoda. Nil era liviana y el mueble ni siquiera crujió cuando la senté encima. Apoyó ambas manos en él mientras yo le abría la camisa blanca.

Le toqué el mentón y le levanté los ojos, haciendo que me mirara fijamente mientras la desnudaba.

—¿Te has desnudado alguna vez para otro hombre? —le pregunté mientras recorría su espalda con los dedos, le desabrochaba el sujetador y me daba cuenta de que mi tacto le producía escalofríos.

Negó con la cabeza.

—Te gustará. —Le bajé el sujetador y le lamí el pezón, haciendo que se encogiera, casi cubriéndose el pecho con los brazos.

Le agarré de las muñecas y le devolví las manos al mueble.

—Nuestra relación podría ser muy beneficiosa para los dos —comenté, mirando fijamente los pezones marrones que empujaban hacia delante.

—¿Estás hablando de la universidad?

—Y todo lo demás que puedo ofrecerte. Elige tu carrera, me aseguraré de que tengas una beca hasta que te gradúes.

—¿Harías todo eso por mí? —Estaba impresionada.

Afirmé con la cabeza.

—Solo tienes que recompensarme.

—¿Re... recompensarte? —tartamudeó, pero yo sabía muy bien que, aunque era joven, no era tonta.

—Eres una chica inteligente, Nil. —Incliné la cabeza y volví a chupar sus pechos suaves y sabrosos, jugando y mordisqueando mientras mis manos se metían dentro de su falda y palpaban sus tanga de algodón.

Dejó escapar un gritito cuando toqué su vulva, protegida solo por una fina capa de tela.



Nilzi

LANGNER

Capítulo quince

Tenía su mano bajo mi falda, mientras su boca exploraba mis tetas.

Una parte de mí estaba asustada, me decía que huyera antes de que fuera demasiado tarde. Apenas tenía dieciocho años y era completamente inexperta. El resto de mí, impulsada por la lujuria, quería saber hasta dónde llegaría el gobernador.

Las palabras del gobernador fueron muy claras: podía darme lo que quisiera siempre que yo le diera lo que él quería.

Sexo...

Mi tía Vanessa solía decirme que no había mucho secreto en el arte de controlar a los hombres, pero la verdad era que no tenía ni idea de dónde me estaba metiendo.

—¡Ah! —solté un gritito cuando apartó el elástico de mi tanguita y empezó a pasar el dedo por mi vulva.

¡Dios santo, Nil!, me grité a mí misma.

Tenía un tipo entre las piernas, no un adolescente cualquiera de mi colegio, sino un hombre de más de cuarenta años.

¡Sí, más de cuarenta!

Por si fuera poco, seguía siendo gobernador del Estado y su hija casualmente era mi compañera de escuela.

¿Qué pensaría Mía si supiera que estoy a punto de acostarme con su padre?

Deseché ese estúpido interrogatorio cuando el gobernador introdujo uno de sus dedos en mi interior y me hizo soltar otro grito.

—Qué apretado… —murmuró, mientras me miraba fijamente mientras se metía el dedo en la boca y chupaba el néctar que me había sacado.

Me quedé mirándolo con una mezcla de vergüenza y curiosidad mientras el gobernador deslizaba las manos por dentro de mi falda y me bajaba la tanga. Dejándome solo la falda y las medias de tres cuartos.

Podría haber hecho un pacto con el diablo, pero tenía demasiada curiosidad y ganas de seguir.

Era un hombre adulto, pero eso no lo hacía raro ni repugnante, al contrario, el gobernador era un hombre muy guapo y, en cierto modo, su experiencia me atraía. Parecía el mejor candidato para enseñarme sobre sexo en lugar de los adolescentes babosos del colegio.

Me sujetó la cara con una de sus fuertes y pesadas manos mientras la otra se dirigía a mi vulva, que ahora estaba completamente desprotegida. Nolan me abrió los labios vaginales mayores y me presionó el clítoris con la punta de uno de sus dedos, haciéndome gemir un poco más.

—¿Te tocas, Nil? —Presionó un poco más, haciéndome desear mover las caderas.

—A veces... —Escondí el rostro, avergonzada por admitirlo.

—Mírame. —Tomó mi rostro y dirigió mi mirada de vuelta a él—. ¿Por qué la timidez?

—Tengo curiosidad.

—No es como si fuera algo malo. —Comenzó a mover el dedo en círculos y, sin darme cuenta, abrí aún más las piernas—. ¿Esto te molesta?

—No...

—Me lo imaginé. —Descendió con el dedo y lo hundió un poco más dentro de mí.

Nolan volvió a acercar mi cara a la suya y volvió a besarme mientras su atrevida mano libre se apoderaba de mi vulva, tocándome de una forma que nunca antes había hecho.

Ese hombre sabía exactamente lo que hacía y cómo quería hacerlo.

Su lengua se deslizó por mi cuello, dejando un rastro de besos y mordiscos hasta que volvió a mis tetas. El gobernador me mordió el pezón y eché el cuerpo hacia atrás, estremeciéndome.

No podía imaginar que pudiera ser tan delicioso.

El miedo que aún podía sentir se esfumó y me invadió una mezcla de excitación y curiosidad.

—¿No vas a quitarme la falda? —me aventuré a preguntar, algo ebrio.

—Me gusta verte con ella y, además, no me molesta lo más mínimo. —Deslizó otro dedo dentro de mí, aumentando la presión en las paredes de mi vagina y solté un gritito de dolor.

Fue una leve molestia, pero pronto se le pasó mientras aumentaba el ritmo con el que deslizaba sus dedos dentro y fuera de mí.

El impulso de cerrar las piernas fue grande, pero eso no le impidió mover la mano entre ellas.

Nolan sabía lo que quería y yo tenía la sensación de que era solo el principio.



Nolan BAKER

Capítulo dieciséis

Mis dedos se empaparon de su flujo al hundirlos en su estrecho canal, mientras mi boca chupaba sus suaves tetas y mordisqueaba la delicada piel.

La inversión parecía estar dando sus frutos cuando me situé entre sus piernas, protegido únicamente por la falda, que la hacía parecer aún más sexy.

Me moría de ganas de meterle la verga, pero intenté ser un poco más paciente mientras seguía jugando con su vulva, observando cómo ponía los ojos en blanco y su expresión de placer mientras le metía los dedos.

Saber que era virgen y que yo era el primero que la tocaba así me volvía aún más loco.

Agarré sus pies y los coloqué sobre el mueble, dejando las piernas de la chica bien abiertas para poder examinarla a fondo.

Se bajó la falda un poco intentando disimular al ver mis ojos fijos en su intimidad y su vergüenza me hizo soltar una carcajada.

—Déjala así. —Le levanté la falda—. Quiero verte bien.

—Estoy avergonzada. —Volvió a apartar la mirada.

—No tienes por qué. Eres hermosa.

Me incliné hacia ella, besé su montículo y pasé la lengua por su clítoris, húmedo de excitación.

Dejó escapar un gemido y sus manos se posaron en mis hombros en un movimiento involuntario mientras yo salivaba chupándola.

—Ahhhh...

Mientras ella gemía, retorciendo mi chaqueta entre sus dedos, mi excitación crecía y mi verga ya palpitaba locamente dentro de mis pantalones.

Agarré el interior de sus muslos mientras ella forzaba sus piernas a cerrarse y aumenté el ritmo al que mi lengua la exploraba. Mi boca estaba completamente llena de su agridulce sabor cuando ella empezó a estremecerse, todo su cuerpo vibró hasta desplomarse en medio de mis embestidas orales.

Chupé un poco más, degustando el sabor y la calentura de tenerla en mi boca, sintiendo su himen con mi lengua. Hasta que me aparté para mirarla a los ojos.

—¿Te ha gustado?

Ella asintió con la cabeza, todavía agobiada por su timidez virginal.

Subí un poco más y volví a chuparle los pechos mientras se recuperaba. Mientras mis manos exploraban su cuerpo, bajando por su espalda y apretando su culo bajo la falda.

Estaba dispuesto a dar el mundo en su provecho, siempre y cuando pudiera divertirme mucho con ese cuerpo sabroso y no hubiera reglas sobre lo que podía y no podía hacer. Me moría de ganas de divertirme.

—¡Ah, gobernador! —gritó, con voz aún apagada mientras yo mordisqueaba su pezón y deslizaba mis dedos en su suave culo.

Lamí el valle entre sus pechos hasta llegar al otro, mientras una de mis manos se dirigía de nuevo a su vagina.

—No solo te voy a meter los dedos, muchacha.

—Cuidado... —suplicó, un poco temerosa.

—Voy a empezar poco a poco. Al menos al principio...

Eso era todo lo que podía prometer.

La agarré por las nalgas, tirando de ella hacia mi regazo y la llevé hasta la cama, tumbándola en el colchón y haciendo que su pelo se desparramara por la sábana blanca mientras me quitaba la ropa.

Al principio me miró con cierta curiosidad, pero cerró los ojos cuando me bajé los boxers, dejándome completamente desnudo.

La observé en la cama unos instantes más, desnuda, con las tetas hacia arriba, las medias cubriéndola por encima de los tobillos y la falda enrollada alrededor de la cintura.

Era como si un animal salvaje y hambriento rugiera dentro de mí. Quería devorar a aquella chica, meterle la verga hasta dejarme exhausto, pero tal vez ella no pudiera soportarlo todo la primera vez.



Nilzi

LANGNER

Capítulo diecisiete

¡Ayuda!

En el momento en que aquel hombre se arrodilló sobre la cama, haciéndome notar su peso sobre el colchón, volví a pensar en lo que me estaba metiendo. Sentía curiosidad por el sexo, por perder mi virginidad con un hombre maduro y experimentado, pero veía que él me veía como una presa.

Si había alguna posibilidad de huir, se evaporó cuando me di cuenta de que me estaba mirando de una forma hipnotizadora.

Mi cuerpo se arqueó cuando me agarró de los muslos y mi vulva volvió a palpitar, como si todo lo que Nolan le había hecho no fuera suficiente. Ni siquiera yo me había metido los dedos tanto como él, sin ninguna ceremonia.

No solo los dedos...

Aún me estremecía al pensar en su boca sobre mí, sus labios tan hábiles...

—¡Ah! —Incliné la cabeza hacia atrás, hundiéndola en la almohada al sentir la gruesa punta de su verga rozar mi entrada—. Nolan...

—Ahora no vayas a cerrar las piernas —dijo, en tono autoritario mientras empezaba a frotarse contra mí, excitándome aunque mi cuerpo seguía lleno de miedo.

—Ponte el condón... —conseguí susurrar.

—Esta vez no.

Su respuesta me hizo abrir mucho los ojos.

—¿Por qué?

—No quiero que nada me influya mientras quito tu virginidad.

—Pero... ¡¡¡Ayyy!!!

Sin dejarme terminar la frase, me metió la verga adentro.

Estiré los brazos, clavando las uñas en la sábana mientras sentía que el dolor se intensificaba a medida que él desgarraba mi virginidad.

Jadeó, gimiendo hasta que estuvo completamente dentro.

Nolan esperó unos segundos, inclinado sobre mí, mientras una lágrima brotaba del rabillo del ojo.

Me quedé un poco paralizada por el dolor cuando empezó a besarme, moviendo sus caderas hacia las mías.

Era demasiado tarde para dar marcha atrás. Estaba bajo el gobernador en la cama de una habitación de hotel, dejando que él fuera el primer hombre en estar dentro de mí.

A medida que el dolor se disipaba lentamente entre los movimientos, parecía estar disfrutando realmente del vaivén. Sus manos acabaron en mi culo mientras se introducía más y más.

Con sus dedos hundiéndose en mis nalgas y su ancho pecho rozando mis sensibles tetas, fui cediendo poco a poco, relajándome y embriagándome con el olor amaderado de su perfume. Hasta que sentí que endurecía sus músculos, poniéndose tenso, justo antes de que un líquido caliente se deslizara en mi interior.

Se alejó, sacándola hasta vaciar la última gota.

—Delicioso... —Me mordisqueó la oreja, haciéndome estremecer aún más debajo de él.

Admito que estaba un poco asustada. Eran muchas noticias y el hombre con el que estaba era un depredador.

Tardó un rato en salir de arriba mío y rodar a un lado de la cama, alargando la mano para tomar los pañuelos, usando algunos para limpiarme, dejándome notar la mezcla de sangre y semen.

—¿Tomas anticonceptivos?

Negué con la cabeza.

—Quiero que lo hagas.

No respondí nada, solo me quedé procesando sus palabras.

Quedaba bastante claro que el gobernador no planeaba que esta fuera la única vez que tuviera sexo conmigo, pero todavía estaba asimilando lo que acababa de pasar.

—¿Tienes hambre?

—Tal vez...

—Puedes pedir algo al servicio de habitación si quieres.

—Gracias.

Me levanté de la cama y fui al baño. Me temblaban un poco las piernas y parecía que acababa de salir de una batidora. No había nada diferente en mi cuerpo, pero seguía sintiéndome extraña.

Cuando volví al dormitorio, Nolan ya se había vestido y se estaba ajustando la chaqueta.

—Tengo que irme a casa, pero puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, mi chófer volverá para llevarte.

—De acuerdo.

Me senté en el borde de la cama, mirando a un lado y a otro mientras buscaba mi ropa y pensaba en lo que acababa de hacer. Era, sin duda, la aventura más loca y trascendente de mi vida.

Se fue y me dejó allí.

No es que fuéramos amantes desde hacía mucho tiempo, solo lo había conocido en persona hacía unos días. Además, el gobernador no me había prometido una relación, dijo que podía darme muchas cosas, pero desde luego esta no era una de ellas.

Aunque así fuera, no sabría decir cómo reaccionarían mis padres si les presentara a un novio más cercano a su edad que a la mía.

Eché la cabeza hacia atrás y suspiré.

Me embarcaba en un camino desconocido y no sabía exactamente cuáles serían los riesgos.



Nolan BAKER

Capítulo dieciocho

Llegué a casa, dejé mi maletín a un lado y seguí el sonido de la televisión encendida, dirigiéndome hacia la sala de estar, donde Mía estaba inclinada hacia mi hermana.

Ambas estaban sentadas en el sofá y no notaron mi acercamiento hasta que me detuve cerca de ellas.

—Hija... Keyla.

—¡Hola, hermano! —Se inclinó hacia mí y me sonrió.

—No sabía que vendrías.

—Quise visitar a mi querida sobrina, porque si dependiera de ti, ninguno de los dos aparecería, ni en casa de nuestros padres ni en la mía.

—Soy un hombre ocupado. —Cruce los brazos con una expresión firme.

—Ya lo sé. —Torció los labios con cierto tono sarcástico.

Debo admitir que nunca fui el hombre más familiar de todos, aunque Keyla se esforzara por hacer que pasáramos más tiempo juntos. Como no era el único, eso aliviaba un poco la presión.

Mi hermano, Philip, era neurocirujano y siempre estaba más enfocado en sus cirugías, simposios y turnos médicos que en pasar tiempo con la familia. Ambos compartíamos una obsesión por nuestras metas y una ambición por llegar a donde pensábamos que merecíamos.

La única ventaja es que él no fue tan tonto como yo, arriesgándose a casarse demasiado joven.

En cuanto a nuestros padres, se habían mudado a los suburbios después de jubilarse, alejados de todo, especialmente de los edificios y el ajetreo de Manhattan. Habían trabajado durante años como agentes inmobiliarios, vendiendo apartamentos y casas por el Estado, hasta que pasaron los negocios a manos de mi hermana.

—¿No deberías estar con tu prometido? —le pregunté, mientras me desabotonaba el saco.

Estaba agotado y solo quería una ducha.

—Papá... —murmuró Mía, llamando mi atención sobre algo que había olvidado.

—¿Qué pasa? —Me encogí de hombros.

—Mi compromiso terminó —dijo mi hermana, con los dientes apretados.

—Ah, claro.

Mi hija movió la cabeza en señal de desaprobación, como si yo hubiera sido muy insensible.

—Voy a subir a darme un baño. Pidan la cena.

—Pedimos pizza —comentó Mía.

—¿Pizza? —Torcí los labios—. No es muy saludable, jovencita.

—¡Ay, papá, por favor!

—Después dices que no me preocupo por ti.

—Preocupación es diferente de ser un pesado —refunfuñó mi hermana, lo que me hizo mirarla con cara de pocos amigos.

Negué con la cabeza y subí las escaleras hacia mi cuarto, dejándolas a las dos ahí. Tenía cosas más importantes en qué pensar que en la opinión de Keyla sobre cómo debía llevar mi vida.

Si supiera con quién estoy, seguro se volvería loca...

Me reí al entrar en mi habitación, cerrando la puerta con llave.

Yo era un hombre viudo, mayor, con una hija adolescente y una carrera política consolidada. Tal vez algún día me arriesgaría a postularme para la presidencia del país, pero los más conservadores seguramente desaprobarían mi relación con una mujer mucho más joven. Aunque, pensándolo bien, eso no es algo nuevo en la historia.



Nilzi

LANGNER

Capítulo diecinueve

Llegué a casa, ajustando mi mochila en la espalda y algo agitada por haber pedaleado lo más rápido que pude.

Le había pedido al chófer del gobernador que me llevara de regreso a la escuela porque necesitaba recoger mi bicicleta. Sería demasiado raro llegar a casa sin ella, además tendría que tomar un autobús al día siguiente.

El mayor problema fue que estaba adolorida, y el asiento pequeño e incómodo solo empeoró todo, haciéndome recordar constantemente que había tenido sexo con el gobernador.

¡Demonios!

Estaba tensa, pero no necesariamente arrepentida, porque no podía negar que la curiosidad y el sabor de la aventura me motivaron a seguir adelante.

—¡Nilzi! —Mi mamá se dio vuelta hacia mí tan pronto como entré empujando la bicicleta y me hizo tragar en seco.

—Ho... Hola...

—¿Dónde estuviste? —Se levantó del sofá con algo de dificultad y cruzó los brazos. Me lanzó una mirada de reproche.

—En la escuela.

—¿Hasta esta hora?

—Fui a celebrar con algunos amigos. —Intenté mejorar mi mentira, pero cada vez me estaba hundiendo más en un terreno pantanoso del que no sabía cómo salir.

—¿Celebrar qué?

—Bueno, yo... —Abrí la mochila, dudando, mientras buscaba las cartas de aceptación de las universidades que el gobernador me había dado—. ¡Fui aceptada!

Le entregué los sobres. Mi mamá abrió cada uno y los miró por un momento antes de esbozar una sonrisa.

—Qué gran noticia, hija.

—¡Sí!

Me sentí aliviada cuando su expresión cambió por completo.

—¡Felicitaciones!

—Gracias.

—La universidad es una gran responsabilidad.

—Me voy a dedicar mucho.

—Estoy segura de que sí. Tienes un gran futuro por delante, hija. —Me acarició la cara con ternura.

—¿Cómo te sientes hoy? —Cambié de tema.

—Mucho mejor. Tal vez en realidad no sea nada como dicen los médicos.

—Nadie se siente tan mal sin razón, mamá.

—Como te dije, ya estoy mejor. Ahora ve y guarda esa bicicleta, luego báñate para venir a cenar.

Me había bañado en el hotel, pero no me pareció mal darme otro baño, además, ayudaba a no levantar sospechas, porque sentía que mi mamá descubriría en cualquier momento lo que había pasado. Como si hubiera cometido algún tipo de delito, aunque no era exactamente el caso.

—¿Qué te pasó? —Me sobresalté cuando mi hermana apareció en el pasillo.

—¿Qué? No, nada...

—Tienes una cara rara.

—Debe ser solo tu impresión. —Me encogí de hombros.

Entré al baño con el pijama enrollado en una toalla y llevé mi celular conmigo, como si

temiera que sonara en cualquier momento. Y, en efecto, sucedió justo cuando cerré la puerta.

Vi el número, pero no lo reconocí antes de contestar.

—Hola...

—¿Nilzi?

—Soy yo.

—Habla Ken Walker, soy el asistente de Mackenzie Prince.

—¿La dueña de la agencia de modelos?

—Así es. Nos conocimos en aquella fiesta, estabas con tu tía.

—Lo recuerdo.

Me sorprendió recibir una llamada de ellos, ya que pensaba que ni siquiera se acordarían de mí, considerando cuánta gente compitió por un poco de atención de esa mujer aquella noche.

—Tenemos un trabajo para ti.

—¡¿En serio?! —Casi no lo creí al escuchar la respuesta tan claramente.

—Sí. Uno de nuestros clientes está buscando una modelo joven, con tus características, para una sesión de lencería. Si te interesa, te paso más detalles.

—Claro que me interesa.

—Será el lanzamiento de una nueva colección. Vas a posar con ropa íntima para que se publique en algunas plataformas físicas, como catálogos y revistas, además de en internet. El pago es de cinco mil dólares por dos o tres días de fotos en un estudio con uno de nuestros afiliados. Tu tía es muy hábil para estos trabajos, espero que no sea un problema para ti.

—No... ¡No lo es!

Realmente quería convertirme en modelo como mi tía y esta parecía ser una oportunidad de oro.

—Necesito que vengas a la agencia para discutir los detalles del contrato antes de hacer las fotos.

—¿Cuándo?

—Mañana, ¿está bien?

—Claro. Solo envíame la dirección y estaré allí.

—Perfecto.

Cuando el hombre colgó, estuve saltando en mi lugar, tan emocionada que casi no podía creerlo. Era increíble finalmente conseguir trabajos como modelo.

Tan feliz estaba que no me aguanté y envié un mensaje a mi tía.

Nil:

El secretario de Mackenzie me llamó. ¡Me ofrecieron un trabajo!

Tía Vanessa:

¡Qué noticia tan maravillosa!

Nil:

Sí, será mi primer trabajo serio como modelo.

Tía Vanessa:

El primero de muchos.

Nil:

¡Gracias a ti!

Tía Vanessa:

Sería imposible si no fueras tan bonita y simpática.

Nil:

Estoy muy feliz.

Tía Vanessa:

¡Yo también! Es realmente una noticia maravillosa.

Nil:

Hay algo más.

Tía Vanessa:

¿Qué podría ser tan increíble como esto?

Nil:

El gobernador consiguió que me aceptaran en las dos universidades. Ahora puedo elegir a dónde ir.

Tía Vanessa:

¡Muchas buenas noticias!

Nil:

Sí.

Me quedé mirando el celular por un momento antes de juntar valor para preguntar.

Nil:

¿Puedes ayudarme con anticonceptivos? No sé exactamente cuál tomar.

Tía Vanessa:

Parece que tu relación con el gobernador es seria.

Nil:

Pensé que lo aprobarías.

Tía Vanessa:

No olvides que esto es para tu beneficio. Un hombre como él nunca va a asumir

una relación contigo. No te enamores ni te entregues demasiado.

Nil:

Está bien.

Tía Vanessa:

Tengo una amiga ginecóloga de confianza que atiende online. Te voy a agendar una consulta.

Nil:

Gracias.

Tía Vanessa:

Siempre mantén el control de la situación, ¿de acuerdo?

Nil:

¿Cómo voy a saber si estoy en control?

Tía Vanessa:

Si tienes dudas, eso no es un buen signo.

Tragué en seco al leer su mensaje. Estaba muy lejos de tener el control de mi vida como mi tía, y temía terminar en una situación que no pudiera manejar.

Tía Vanessa:

Ahora salgo para un evento.

Nil:

Está bien. Que disfrutes la fiesta.

Tía Vanessa:

¡Felicidades, Nil!

Nil:

Gracias.

Me impresionaba la forma en que mi tía siempre tenía el control de la situación, sabía exactamente lo que quería y cómo conseguirlo, rodeándose de las personas adecuadas para lograrlo.

Yo, en cambio, me sentía como una pluma, siendo arrastrada de un lado a otro sin tener el control de lo que realmente estaba pasando. Tal vez estaba exagerando un poco las cosas y, al final, podría manejar la situación.
Al menos eso esperaba...

Intenté apartar esos pensamientos negativos y enfocarme en lo bueno. Tenía la aprobación en las universidades y había conseguido un trabajo increíble como modelo en una de las mejores agencias de New York.

Si lograba más trabajos como ese con regularidad, podría pagar mi universidad por mí misma, tal como lo había hecho mi tía.



Nolan BAKER

Capítulo veinte

Me asusté en cuanto entré a mi oficina esa mañana. Había un hombre de espaldas, sentado en mi silla, mirando por la ventana, con la mirada perdida y sin mostrar la más mínima preocupación de estar en el lugar equivocado.

En cuanto hice un sonido con la garganta, giró, volteándose para mirarme fijamente.

Llevaba un traje negro, impecable como cualquier hombre de negocios.

Me quedé en silencio mientras se quitaba las gafas de sol y se inclinaba hacia adelante, resaltando su cabello rubio cortado corto.

Era solo un hombre, pero lo suficiente para darme escalofríos.

—Hola, gobernador —dijo, sonriendo de manera maliciosa.

—Steven Lansky...

—Pensé que te habías olvidado de quién soy. —Tomó uno de los lápices que había en el soporte y lo enrolló entre los dedos.

—Es un poco difícil.

—Más que un poco, espero.

—¿Qué viniste a hacer aquí?

—Vine para recordarte quién es el responsable de que estés sentado en esa silla y que no te olvides de nuestras reuniones en el futuro.

—El proyecto que quieres aprobar va a llamar mucha atención en las cámaras.

—No te puse en esa posición para que me digas lo que piensas o dejas de pensar, solo para que sigas mis órdenes. Los tontos pueden llegar a creer que eres tú quien gobierna el Estado, pero en el fondo todos sabemos la verdad, ¿verdad?

—Para ti, imagino que también es conveniente actuar con discreción.

—Discreción, sí. Retroceder, no. Necesito que apruebes el proyecto cuanto antes para algunos negocios que tengo en mente.

—Tal vez necesite un poco más de tiempo.

—¿Crees que no te di suficiente tiempo?

—Sí, pero...

—No quieras que ponga a otro en tu lugar, gobernador —respondió, dejando el lápiz en su lugar y empujando la silla hacia atrás antes de levantarse.

El hombre pasó junto a mí y me dio una palmada en el hombro, como si fuéramos viejos amigos.

—No olvides que tu poder en New York está limitado a mi voluntad.

Steven no esperó que respondiera antes de salir de mi oficina, como si él tuviera más control sobre la situación que yo.

—¡Maldita sea! —gruñí, mientras me masajeaba las sienes.

La política era un juego mucho más arriesgado y complicado de lo que pensaba. Por más que hubiera llegado al cargo más influyente del Estado, ese hombre quería recordarme que no era realmente yo quien dictaba las reglas.

Steven Lansky no era alguien con quien quisiera estar cerca, pero al mismo tiempo se estaba convirtiendo en un aliado imprescindible para conseguir cualquier cosa en el Estado. Ya fuera legal o no.

Para todos los efectos, él era solo uno de los muchos multimillonarios de la ciudad, cuya familia había construido un imperio en diversos sectores de la economía. Donde se pudiera lavar dinero, ahí estaban: hoteles, restaurantes, estacionamientos, absolutamente todo. Sin embargo, no era un secreto para mí, ni para la mayoría de las personas más influyentes, que Steven no solo era un hombre rico con mucha influencia, sino que era el jefe de la mafia en el Estado.

Su visita no fue simplemente amistosa, sino un recordatorio de los riesgos y consecuencias de actuar en contra de sus deseos.

Lo que él quería que se aprobara reduciría la burocracia en el sector de la construcción, facilitando el lavado y la entrada de dinero. Pero era un procedimiento que, sin duda, beneficiaría no solo a la mafia, sino también a muchos otros delincuentes.

Muchos en la cámara se oponían, y posicionarme a favor podría perjudicarme políticamente.

—Señor... —dijo Robert, entrando en mi oficina unos momentos después.

—¿Por qué no le pediste que me esperara afuera?

—Dijo que quería entrar.

—¿Y lo dejaste?

Robert comenzó a temblar de nervios y yo moví los hombros, indicándole que dejara el tema. Mi asistente no tenía muchas opciones, ni sería tan loco como para enfrentarse a la mafia solo para hacer esperar al jefe fuera.

Robert tenía dos hijas pequeñas y siempre se preocupaba por regresar a casa todos los días. Tal vez yo era un poco más loco.

—Quería algo importante.

—No tienes que preocuparte.

—Pero...

Le lancé una mirada seria, haciendo que retrocediera.

—Está bien.

—¿Cuáles son mis compromisos para hoy?

—Voy a buscar su agenda.

—¡Hazlo rápido! —gruñí, dándome la vuelta hacia mi escritorio y acomodándome en la silla, que aún estaba caliente.

Definitivamente no era la mejor manera de comenzar mi día, pero no tenía muchas opciones.



Nilzi

LANGNER

Capítulo veintiuno

Después de la escuela, tomé un coche de aplicación que me llevó hasta la agencia de modelos para poder firmar el contrato y recibir más detalles sobre cómo sería el trabajo que iba a realizar.

Antes de entrar al edificio, pasé por un restaurante de comida rápida y compré algo para comer, como excusa para cambiarme de ropa. Si quería asegurar el trabajo, era mejor que no me presentara con el uniforme escolar.

Metí todo en mi mochila antes de salir, tomar los nuggets del mostrador y caminar hacia la entrada del edificio donde funcionaba la agencia de modelos.

Estaba muy ansiosa, tensa y, al mismo tiempo, con las expectativas por las nubes. Un cóctel de emociones que casi me hacía sentir dolor de estómago.

Era mi primer trabajo y quería que todo saliera perfecto.

Me acerqué a la portería y el hombre en la entrada me miró de los pies a la cabeza.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Voy a la agencia de modelos.

—Documentos, por favor.

Saqué la mochila y busqué mi identificación en uno de los bolsillos hasta que la encontré y se la entregué.

—Aquí tiene.

El hombre miró el documento antes de pasarlo por un aparato y me lo devolvió.

—Puedes subir hasta el décimo tercer piso. —Señaló un elevador.

—Gracias.

Pasé junto a él y entré detrás de otra mujer que parecía hacer una pequeña fila para el

elevador. Esperamos juntas hasta que una de las puertas se abrió. Yo presioné el botón para el décimo tercer piso y ella para el quinto, pero no intercambiamos palabras mientras el ascensor subía.

Ella bajó primero y yo esperé un poco más hasta llegar al piso de la agencia. Si antes estaba sorprendida, ahora estaba completamente deslumbrada.

—¡Guau!

Había un mostrador de recepción al frente, pero justo detrás vi un pequeño escenario negro en un espacio con algunas fotos en la pared, y la mayoría parecían ser de pasarelas.

No sabía si alguna vez llegaría a un escenario como ese, necesitaría mucho más tiempo y dedicación, pero me conformaba con dar un paso a la vez.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó la mujer en la recepción.

—El señor Ken Walker me llamó sobre una oportunidad.

—Debe estar en su oficina. —Señaló el camino.

—Muchas gracias.

—De nada.

Caminé por el pasillo, mirando a todas partes y fijándome en los cuadros en las paredes. Eran imágenes en blanco y negro que parecían mostrar a Mackenzie más joven, pero antes de estar completamente segura, escuché una voz que me llamaba.

—¿Señorita Langner?

—¡Hola! —Me giré hacia la voz y vi a Ken parado en la puerta de una de las salas, esperando que me acercara.

—Bienvenida.

—Gracias.

—Espero que te haya gustado lo que viste.

—Sí, me gustó mucho.

Estaba completamente deslumbrada, pero pensé que era mejor contener un poco mi entusiasmo.

—¡Qué bueno! —Hizo un gesto para que entrara a su oficina, y lo seguí hasta que cerró la puerta—. Tu tía nos envió una foto tuya y al cliente le gustó bastante. Esperamos que puedas hacer un excelente trabajo en la sesión, aunque todavía eres algo nueva en este mercado.

—¡Aprendo rápido! —aseguré.

—Eso espero. No vamos a querer decepcionar a un cliente como ese en tu primer trabajo.

Negué con la cabeza.

—Dijiste que sería una sesión de lencería.

—Sí, una nueva línea para adolescentes. Se va a promocionar principalmente para un público joven, y tú encajas en ese perfil.

—¿Son solo algunas fotos en tanga y sosten? —Me sentí un poco tensa al recordar cómo me había sentido desnuda frente al gobernador y todo lo que había pasado.

—¡Por supuesto! Todos nuestros trabajos son muy profesionales.

—Sí... —murmuré, algo avergonzada por haber dado la impresión equivocada. Lo último que quería era dar una mala impresión.

—Si estás de acuerdo con los términos del contrato, vamos a agendar la sesión para el próximo martes. Necesitaré que estés aquí en la agencia todo el día. Asegúrate de venir depilada, ya que los vellos interfieren con la edición de las imágenes. Tampoco te hagas ningún tipo de bronceado, especialmente esos que dejan marcas de bikini.

—Está bien.

Abrió uno de los cajones y sacó un contrato de cuatro hojas, empujándolo hacia mí.

—Puedes leerlo y firmarlo. —Me ofreció un bolígrafo.

—Gracias.

No era abogada ni entendía mucho sobre contratos, pero no vi nada raro. Hablaba sobre

la exclusividad de las fotos para que el cliente pudiera usar mi imagen para promocionar las prendas, y sobre todo mi remuneración. Recibiría el pago en una cuenta a mi nombre una semana después de que se tomaran las fotos.

Firmé al final del documento y se lo entregué.

—Aquí tiene.

—Espero que te guste trabajar con nosotros, señorita Langner.

—Será un placer.

Me tendió la mano y la estreché.

No veía la hora de hacer ese trabajo y esperaba que mi tía tuviera razón, que fuera el primero de muchos.



Nolan BAKER

Capítulo veintidós

Fue un día muy tenso, con la visita del jefe de la mafia y una pelea con la oposición.

Estaba tan estresado que incliné el cuerpo hacia atrás y me masajee las sienes, en un intento tonto de evitar que mi cabeza explotara. Me encantaba ser gobernador, especialmente el poder que eso implicaba, pero había días en los que todo lo que más deseaba era irme lo antes posible.

Me incliné hacia adelante, saqué el celular y vi que ya pasaban de las siete de la noche. Había enviado algunos mensajes a Nilzi más temprano, pero ella solo me respondió en ese momento.

Nilzi:

Perdón, no pude responder antes.

Nolan:

¿Estabas ocupada?

Nilzi:

Resolvía unos asuntos.

Al leer su mensaje, sentí una leve punzada de celos, pero preferí no dejarlos ver para que no pareciera una tontería.

Nolan:

Quiero verte.

Nilzi:

Ya estoy llegando a casa.

Nolan:

Seguro que puedes inventar alguna excusa.

Nilzi:

Mis padres sospecharán.

Nolan:

Ya no eres una niñita que no puede salir de noche. ¿O sí?

Nilzi:

Me las arreglaré.

Nolan:

Perfecto.

Te recojo en media hora.

Nilzi:

Está bien.

Me levanté de mi escritorio y salí del despacho, pasando junto a mi asistente, quien estaba al teléfono, pero colgó al verme.

—¿Necesita algo, gobernador?

—Estoy saliendo.

—Hasta mañana.

Solo asentí con la cabeza.



Nilzi

LANGNER

Capítulo veintitrés

Miré hacia la esquina del edificio donde le había dicho al gobernador que vivía. Había sido una buena idea, porque así mi madre no me vigilaría y los vecinos chismosos no me verían subir a un coche desconocido.

Aun así, estaba tensa. Pronto no tendría más excusas para quedar con él. Le había dicho a mi madre que Layla me había invitado a comer pizza en casa de sus padres y que no tardaría mucho.

Como yo estaba prácticamente de vacaciones y había sacado suficientes notas para terminar el bachillerato, no había motivo para que ella se preocupara. Al menos no mientras ella creyera la mentira.

Me froté las manos sudorosas, intentando calmarme, cuando vi un coche negro doblar la esquina. No era exactamente lo que esperaba, pero me llamó la atención cuando redujo la velocidad y se detuvo junto a mí. Tardé unos instantes en bajar la ventanilla y ver a Nolan dentro, solo.

—Entra. —Me abrió la puerta.

—Ah, hola...

—Estaba deseando verte. —Su sonrisa me dio palpitaciones.

No dije nada, pero en el fondo yo también lo estaba.

En cuanto me acomodé en el asiento, arrancó el coche.

Hubo un cierto subidón de adrenalina al encontrarme con aquel hombre a escondidas. Una mezcla de aventura y excitación, pero podría haberme dejado llevar sin pensar en las posibles consecuencias.

Quitó una de sus manos del volante y me la puso en el muslo cuando nos detuvimos en un semáforo.

—Quítate los pantalones. —Su voz firme y autoritaria resonó en el interior del coche.

—¿Qué? —Me agarró completamente por sorpresa.

—Quítatelo.

—Estamos en medio del tráfico, gobernador.

—Las ventanas están oscuras.

—Pero...

—Te quiero sin pantalones. —Ni siquiera me dejó terminar la frase.

Me tensé, un poco avergonzada, y al mismo tiempo empezó a palpitarme entre los muslos.

—Vamos, vamos. —Me apretó el muslo mientras aceleraba de nuevo el coche en cuanto se puso en verde.

Sintiendo que la cara me ardía por una mezcla de vergüenza y bochorno, me desabroché los jeans y me los bajé hasta los muslos, quitándome las sandalias para deslizar la prenda sobre los pies.

—¡Eso es! —Nolan devolvió su mano a mi muslo y la movió hasta mi ingle, deslizando sus dedos dentro del elástico de mi tanguita.

Me retorcí contra el respaldar del asiento del coche, apretando los labios para no gemir cuando empezó a tocarme la vulva con una mano, usando solo la otra para conducir. Sus dedos tocaron mis labios vaginales mayores, presionaron mi clítoris... Descubrí que deseaba más.

Abrí las piernas involuntariamente, dándole más espacio para que me tocara como quisiera. Era una completa locura y al mismo tiempo lo estaba disfrutando.

Me embriagaron las sensaciones cuando le vi girar el coche y entrar en el estacionamiento de un edificio cualquiera cerca de Broadway, donde se concentraban los mayores teatros de la ciudad.

El coche pasó por uno de los molinetes y Nolan subió varias plantas hasta una plaza de estacionamiento más apartada en un rincón, en la penumbra.

En cuanto detuvo el vehículo, se giró hacia mí.

—¿Adónde vamos?

—A ninguna parte.

—Pero... —Sus labios cubrieron los míos y me callé cuando su mano volvió a entrar en mi tanga.

Gemí contra su boca mientras sus dedos jugaban con mi mayor punto de placer.

Su lengua se entrelazó con la mía mientras sentía su otra mano introducirse dentro de mi blusa e invadir mi sujetador, retorciéndome el pezón de forma excitante y algo dolorosa.

Nolan me mordió el labio inferior en el momento en que deslizó uno de sus dedos en mi interior, invadiendo mi canal sin reservas y provocando que levantara involuntariamente las caderas.

Empezó a mover el dedo dentro de mí, mojando cada vez más mi tanga. Esta vez, su dedo no me molestó en absoluto, como si ya no hubiera razón para el dolor.

Me estremecí y me revolví ligeramente en el asiento cuando me bajó la blusa con las dos manos y me desabrochó el sujetador. Cuando me di cuenta, estaba solo en tanga en el asiento de su coche.

No iba a huir, eso ni siquiera se me pasó por la cabeza cuando volvió a besarme y bajó su boca hasta uno de mis pezones, chupando y succionando mi pecho. No tuvo reparos en tocarme por todas partes.

Mientras su lengua exploraba mis tetas, pasando de un pezón a otro, sus manos estaban en mi cintura y me bajaron la delgada tanguita, deslizándola por mis piernas hasta que se salió.

¡Dios mío! Estaba completamente desnuda en el coche del gobernador, con él besándome por todas partes. No quería ni pensar en lo que podría pasar si alguien nos veía, pero no me dejaba llevar por la vergüenza, porque la excitación que él me provocaba era mucho mayor.

—Qué bello es tu aroma... —Su boca subió hasta mi cuello, mordiéndome y chupándome de una forma que me produjo escalofríos.

—Ah, gobernador... —gemí, cuando sus manos volvieron a explorar mi vulva.

Mientras me metía unos dedos, vi que se bajaba la cremallera de los pantalones y se sacaba la enorme verga. La visión de su verga bien dura me hizo sonrojar, pero ya era demasiado tarde para evitarlo. Al igual que la primera vez, el gobernador iba a introducirme su verga en un momento u otro.

Nolan tomó una de mis manos y me obligó a sujetarla, envolviéndola alrededor de su extensión rígida y venosa.

—Eso es. —Guió mis dedos por su cuerpo mientras seguía tocándome con la otra mano.

Nos quedamos así un rato. Yo lo masturbaba, dirigida por él, mientras el gobernador hacía lo mismo conmigo.

Me estremecía en mi asiento, cada vez más excitada, mi placer en aumento, hasta que se detuvo, sujetándome la cara con ambas manos y obligándome a mirarlo.

—Ahora me la vas a chupar. —Me pasó uno de sus pulgares por los labios, apartándolo.

—¿Chu... chuparla…? —balbuceé, avergonzándome de nuevo.

—Sí, quiero tu boca en mi verga, lamiéndome, chupándome.

—Gobernador... —Me daba mucha vergüenza solo de pensarlo—. Yo nunca...

—Ya lo sé. —Su sonrisa se ensanchó—. Pero puedo enseñarte.

Tragué saliva cuando sus manos empezaron a alisarme el pelo, sujetándomelo en una coleta, y Nolan me empujó hacia delante, haciéndome inclinarme hasta que mis manos estuvieron sobre sus muslos y mi boca muy cerca de su dura y enorme verga.

Me sujetó el pelo con una mano y con la otra me rozó el suave glande en la boca, haciéndome sentir mucho miedo mientras empezaba a salivar. Había una especie de excitación que no podía entender exactamente de dónde venía, pero me excitaba.

—Abre la boca —me ordenó, presionando su verga contra mis labios y haciéndome separarlos lo suficiente para que Nolan la deslizara sobre mi lengua—. Eso es, nena —gimió, haciéndome comprender que le gustaba mucho lo que estaba pasando—. Ahora chúpamela

toda...



Nolan BAKER

Capítulo veinticuatro

Sujetaba con fuerza su suave pelo cuando Nilzi cerró los labios en torno a mi verga y empezó a chupármela. Había miedo e inocencia virginal que no hacían sino ponerme aún más caliente mientras su saliva y su lengua me exploraban.

Era su primera mamada, pero no me importaba en absoluto enseñarle; al contrario, su ingenuidad solo me ponía aún más caliente.

Empujé su cabeza hacia abajo para que mi verga llegara al principio de su garganta y vi que se retorcía un poco, así que aflojé el agarre de su pelo para encontrar un lugar más cómodo en su garganta.

Era difícil no gemir mientras me dejaba llevar por el placer de sus suaves labios envolviendo mi dura verga, su boca húmeda y cálida mientras subía y bajaba a mi orden. No me detuve, ni me atreví a apartarla mientras sentía crecer mi placer, simplemente me recosté en el asiento del coche y mantuve la mirada fija en el movimiento de su boca de una forma que me excitaba aún más.

El placer iba en aumento y sentí el impulso de moverme más deprisa. Me costó resistir el impulso de agarrarla del pelo y moverla a mi manera, lo bastante rápido como para acabar enseguida, pero no lo hice. Sufrí la deliciosa tortura de su boca moviéndose lentamente arriba y abajo, aumentando poco a poco el éxtasis hasta que exploté en su garganta.

—Trágate toda mi leche, nena —le ordené, sujetándola firmemente por el pelo, sin dejar que apartara la boca mientras eyaculaba en su garganta.

Nilzi necesitó unos segundos para recuperarse del shock antes de chuparme y tragarse hasta la última gota.

Cuando por fin le solté el pelo y se lo dejé caer alrededor de la cara, levantó la cabeza y me miró fijamente.

—Buena chica. —Sonreí mientras le limpiaba la comisura de los labios con el pulgar.

—¿Hemos terminado? —se atrevió a preguntar.

Suelto una carcajada.

—Por supuesto que no. Acabamos de empezar. Ve al asiento trasero.

Me miró fijamente unos instantes y asintió con la cabeza, moviéndose entre los dos asientos delanteros y el trasero.

Abrí la puerta, me subí la cremallera de los pantalones para rodear el vehículo y me uní a ella en la parte más espaciosa del coche.

Me fijé en su cuerpo desnudo, mientras estaba sentada de una forma más tímida, cruzada hacia delante y con las manos entrelazadas sobre las rodillas.

Empujé su hombro, haciéndola girar hacia mí y recostarse contra la otra puerta. Tiré de sus muslos y la obligué a doblar las piernas mientras apoyaba los pies en el asiento.

Levanté una de mis manos y encendí la pequeña luz que había sobre nosotros para poder verla bien.

—Mucho mejor así.

Avergonzada, Nilzi cruzó los brazos sobre sus tetas en un movimiento involuntario.

—No vas a ocultármelas. —Agarré sus muñecas y tiré de ellas hacia abajo.

Me incliné para chupárselas de nuevo y obtuve algunos gemidos de ella.

Le retorcí los pezones con la lengua, mientras mis manos volvían a recorrer sus muslos, manoseándolos hasta llegar a su entrepierna. Pasé los dedos por el exterior de su vulva y los volví a deslizar dentro de su vagina, haciendo brotar su humedad mientras me movía hacia delante y hacia atrás.

—¡Ay! —gritó—. Mmm, gobernador…

Nilzi intentó cerrar las piernas en un movimiento involuntario, pero yo las mantuve bien abiertas.

Fue sin duda la forma perfecta de sentirme mejor después de un día agotador e irritante.

Le pasé la lengua por el vientre hasta el interior de los muslos, chupándole la vulva y haciendo que sus gemidos se intensificaran.

—¡Gobernador! —Se contoneó aún más cuando introduje mi lengua entre sus grandes labios vaginales.

Me agarré a sus muslos, manteniendo mis manos firmemente sobre ella mientras chupaba sus partes íntimas. El hecho de ser el primero facilitaba las cosas y me hacía sentir un poco más seguro con las enfermedades. Era agradable poder chupársela sin preocupaciones.

Sus gritos se hicieron aún más enfáticos cuando empecé a girar la lengua alrededor de su entrada, aumentando un poco la velocidad antes de detenerme y chupar su clítoris, succionándolo con gusto mientras mi boca se llenaba de su sabor.

Su vulva suave y delicada era una delicia.

Al mismo tiempo que la chupaba, mi verga se puso dura de nuevo, palpitando dentro de mi boxer.

Nilzi empezó a jadear, desvaneciéndose, y me di cuenta de que había alcanzado su punto álgido. Chupé un poco más antes de subir a besarla de nuevo, dejándole probar el sabor que había quedado en mi boca.

Mientras mi lengua se entrelazaba con la suya, mis manos volvieron a recorrer su esbelto cuerpo sin reservas, apretando su culo, sus muslos y sus pechos, demostrándole que era mía para hacer con ella lo que quisiera y que no perdonaría ninguna parte de su cuerpo hasta que me cansara.

Sujetándole el culo con una mano, utilicé la otra para volver a sacarme la verga de los pantalones y tiré de ella hacia mí, haciendo que se sentara en mi regazo, de cara a mí.

—Nolan... —Se estremeció, gimiendo mi nombre mientras la ajustaba a mí, deslizando mi verga bien dura hasta su entrada.

Seguía muy apretada, pero esta vez fue más fácil meterla porque no tuve que romperle el himen.

Pasé ambas manos por su espalda hasta sujetar sus nalgas e hice que empezara a moverse.

Su canal me apretó aún más fuerte mientras la hacía rebotar sobre mi regazo.

Besé su cuello, lamiendo hasta su oreja mientras sus manos se apoyaban en mis hombros, dándole un poco más de estabilidad.

Estaba recibiendo exactamente lo que quería de ella, sexo delicioso.

Empecé a guiarla para que se diera la vuelta, disfrutando del roce de su delicado cuerpo contra el mío. Sus pezones rozaban mi chaqueta y sus uñas se clavaban en la tela.

Le mordí la garganta mientras le metía los dedos en el culo y empezaba a moverla más deprisa en busca urgente de otro orgasmo. No paré, haciéndola botar sobre mí hasta que exploté en su canal, expulsando a chorros el resto del esperma que llevaba dentro.

Agotado, incliné mi cuerpo hacia atrás, relajándome en el asiento, y ella se quedó encima de mí, retorciéndose ligeramente mientras mi verga se encogía, exhausta.

Después de recuperar el aliento, la saqué de mi regazo y cogí una caja de pañuelos de la guantera para que pudiéramos limpiarnos.

Permaneció en silencio, parecía estar asimilando lo ocurrido, con una expresión como si la hubiera atropellado. Admito que eso me gustó.

—¿Puedo vestirme? —preguntó, torpemente.

—No es exactamente lo que quería, pero puedes.

Era duro admitir que tenía que parar en mis propios límites. No sería capaz de mantenerme duro durante las próximas horas.

Nilzi volvió al asiento delantero y recogió su ropa. Recuperé el aliento unos segundos más antes de enderezarme y volver al asiento del conductor.

Antes de arrancar el coche, abrí de nuevo la guantera y saqué una caja de terciopelo, entregándosela a Nilzi.

—¿Más joyas? —Parecía sorprendida.

—Son los pendientes que van con ese collar.

—Muchas gracias. No tenías por qué hacerlo.

—Me empeño en mimar a mi chica. —Le acaricié el muslo.

—Necesito llegar a casa.

—Te llevaré.

—Gracias.

Saqué el coche del estacionamiento y volví a la dirección donde la había recogido.



Nilzi

LANGNER

Capítulo veinticinco

Estaba en medio de una montaña rusa.

Mientras una parte de mí me decía que estaba muy mal reunirme con el gobernador en secreto para acostarme con él, como si fuera su amante, aunque él fuera viudo, la otra parte solo podía dejarse llevar por la adrenalina y la magia de estar con un hombre mayor que podría darme el mundo.

Mi madre seguramente me diría que me alejara de ese tipo. Él solo quería aprovecharse de mí, pero ¿no podría disfrutar de las cosas buenas?

—Nilzi Langner —me llamó una mujer, sacándome de mis pensamientos y obligándome a levantarme.

—¡Hola! —saludé algo incómoda.

—La voy a llevar a la zona de maquillaje para que se prepare para las fotos.

—Está bien.

Ese era otro momento que me dejaba con mariposas en el estómago. Mi primer gran trabajo como modelo. Haría algunas fotos para una marca de lencería juvenil y quién sabe, tal vez me convertiría en la modelo oficial de alguna marca famosa, como le había sucedido a mi tía.

Con suerte y algunos años más, podría tener mi rostro en muchas propagandas por la ciudad, siendo parte de los catálogos de moda femenina más importantes del país.

—Por aquí —indicó la mujer, señalando una puerta para que entrara.

—Gracias.

Era una especie de camerino, con un espejo enorme rodeado por muchas luces y una mesa llena de pinceles y productos de maquillaje como nunca había visto.

—¿Señorita Langner? —Un hombre de cabello teñido de rosa se giró hacia mí con una sonrisa.

—Hola.

—Bienvenida.

—Muchas gracias.

—Parece tensa —comentó, señalando la silla para que me sentara.

—Solo un poco nerviosa. Es mi primera vez.

—Con esa carita tan linda, estoy seguro de que vendrán muchos trabajos más —comentó de manera relajada, lo que me hizo sentir más tranquila.

—Ojalá.

—Estoy seguro de ello. —Tomó un pincel y contorneó mi rostro, haciéndome cosquillas —. Las indicaciones son para un maquillaje muy ligero, así que comenzaré con base y un poco de polvo solo para tapar algunas manchitas.

—Ok.

—Pero tu piel está muy bien cuidada, solo te recomendaría aplicarte un poco más de protector solar.

—Lo pongo por la mañana, al despertar.

—Debes volver a aplicarlo durante el día para evitar que el sol haga estragos en esa carita hermosa.

—Lo reaplicaré.

—¡Muy bien!

Incliné la cabeza hacia atrás, dejando que comenzara con mi maquillaje. Cuando terminó, me llevaron a un vestidor y una asistente me entregó las primeras piezas para la sesión.

No era nada extravagante ni tan pequeño como mi madre temía cuando le conté sobre el ensayo. Aunque no le gustara mucho la idea de que siguiera los pasos de mi tía, no insistió en

que cambiara de opinión. En el fondo sabía que la decisión era mía. Solo me advertía que toda elección tenía consecuencias y debía estar preparada para afrontarlas.

Mi papá… bueno, todavía no le había contado y esperaba que no tuviera un ataque cuando volviera de su viaje de negocios y se enterara de las fotos. Era como si fueran bikinis, no había por qué hacer un drama.

—¿Estás lista? —llamó la asistente desde el otro lado del biombo, donde me estaba cambiando.

—Sí.

—Toma esta bata. —Me entregó la prenda—. Para que te sientas más cómoda.

—Muchas gracias.

Mi tía tenía razón cuando me dijo que todos eran muy profesionales y me harían sentir cómoda.

Me puse la bata y la mujer rubia me llevó hasta la parte del estudio donde estaban los equipos de fotografía, con varias luces y reflectores, además de un fondo blanco infinito.

En cuanto entré, el hombre que estaba agachado configurando la cámara se giró hacia mí y me recibió con otra sonrisa cálida.

—Tú debes ser Nilzi. ¿Puedo llamarte así?

—Claro. —Sonreí de vuelta.

—¿Lista para las fotos?

—¡Sí!

—Necesito que te sientas muy cómoda y relajada. Nadie va a interesarse por una foto donde la modelo tiene cara de espanto, ¿verdad?

—Imagino que no.

—Estás entendiendo el espíritu. Tenemos todo el día para hacer las fotos, así que no te preocupes, las repetiremos las veces que sean necesarias hasta que quede perfecto.

—¡Genial!

Sostuvo la cámara y señaló el espacio detrás de las luces.

—¿Podemos empezar?

Asentí mientras me quitaba la bata y se la entregaba a la asistente. Me posicioné frente al fotógrafo y dejé que me dirigiera, indicándome las poses mientras me preparaba para las fotos.

Fue mucho más tranquilo de lo que imaginaba.

Cambié de ropa cinco veces antes de que paráramos para el almuerzo y todos estaban tan relajados que terminé sintiéndome muy cómoda. Si siempre fuera así, estaba segura de que podría acostumbrarme rápidamente.



Nolan BAKER

Capítulo veintiséis

Una semana después...

Llegué a casa tarde, no porque me hubiera encontrado con Nilzi, sino después de una avalancha de compromisos parlamentarios y otros políticos molestos pidiéndome favores.

Sentía un leve dolor de cabeza, pero en lugar de tomar alguna pastilla, serví una copa de whisky en mi minibar y la tomé de un solo trago.

Iba a tomar un baño, esperando relajarme un poco.

—¡Mía! —llamé a mi hija, al darme cuenta de que no estaba a la vista en ninguna parte de la mansión—. ¿Hija?

Me preguntaba si había salido con sus amigas sin avisarme. Pensé que no debía preocuparme, pero, considerando el cargo que ocupaba y toda mi importancia para el Estado, era mejor no dejar a mi hija por ahí sin seguridad.

Subí hasta el piso de los cuartos, buscando al ama de llaves para preguntarle por mi hija, pero vi la luz encendida debajo de la puerta de su cuarto y golpeé antes de abrir.

—¿¡Papá!? —Se sobresaltó, sentándose en la cama y quitándose los auriculares al verme.

—Te llamé —dije, en un tono firme.

—Estaba escuchando música. —Indicó los auriculares—. No te escuché.

—Te pones esos auriculares y te olvidas del mundo.

—Ay, papá, no empieces —gruñó, revolviendo los ojos. Decidí no hacer un problema por algo tan tonto solo porque yo estaba molesto.

—¿Cómo te fue en la clase hoy? —saqué un tema aleatorio que me pasó por la cabeza.

—¿En serio, papá?

—¿Qué pasa?

—Las clases ya terminaron, estoy de vacaciones de verano.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! —Hizo un puchero, mientras ponía su celular sobre la mesa de noche, llamando mi atención hacia una revista que estaba encima.

Tuve la sensación de que conocía a la chica en ropa interior, pero tuve que acercarme y tomar la revista en mis manos para estar seguro.

Tan pronto como vi la imagen con claridad, una furia intensa se apoderó de mí, haciendo que apretara el papel.

—¿Papá? —Mía me miró tratando de entender mi expresión.

—¿Dónde conseguiste esta revista?

—Es una de esas revistas idiotas para adolescentes. Hilary hizo unos test tontos y la dejó aquí ayer.

—¿Qué es esto? —Señalé la imagen de Nilzi en ropa interior en la parte de atrás de la revista.

—Publicidad... —Mía me miró confundida, sin entender por qué me había alterado.

—¿Lencería?

—Sí, papá. Las mujeres usan ropa interior, como si no lo supieras. Ese conjunto está bastante bonito.

—¡Mía!

—Ay, papá, en serio. Creo que estás cansado. Devuélveme la revista —Extendió la mano para que se la entregara.

—¿Puedo quedármela?

—¿Quieres una revista tonta de adolescentes? —Frunció el ceño, sin entender—. Creo que Hilary no se va a dar cuenta.

—¡Está bien!

Dí media vuelta y salí de su cuarto.

—Papá, ¿estás bien?

No respondí, ella tampoco insistió, volvió a ponerse los auriculares y se sumergió en su mundo.

Entré a mi cuarto con la maldita revista en la mano, mirando la imagen de Nilzi en ropa interior en la parte de atrás, como si cualquiera pudiera verlo. Ella sonreía y parecía relajada. Nada de la vergüenza casi angelical que sentía cuando teníamos sexo.

Eso parecía una pesadilla y me contuve para no arrancar la página.

Mi intención era tomar un baño y descansar, pero en lugar de eso, bajé hasta la cochera, tomé mi coche y manejé hasta la dirección de Nilzi. Quería una buena explicación para esa foto indecente.

Paré en la esquina, sujetando el volante con fuerza y bufando como un animal furioso.

Saqué el celular del bolsillo y le envié un mensaje.

Nolan:
Baja ya mismo, te estoy esperando en mi coche.

Me quedé esperando.

Esperando…

Aunque tal vez no había pasado tanto tiempo. Nilzi no me respondió, lo que solo me hizo sentir más molesto.

Impasible, dejé de esperar su respuesta y la llamé. Sonó una vez hasta que se cortó, pero insistí, llamando nuevamente.

Pareció una eternidad hasta que atendió.

—Nolan, ¿qué pasa? —Su voz sonaba apagada por la música alta de fondo.

—¿No estás en casa?

—No, ¿por qué?

—Estoy aquí para verte.

—Es tarde.

—Otro motivo más para que no estés en la calle —dije, con tono rudo.

—Estoy en mi fiesta de graduación.

—¿¿Dónde??

—En el gimnasio de la escuela.

—Ya voy para allá.

—¿Qué? ¿Para acá?

—Cuando llegue te aviso para que salgas.

—Pero, Nolan...

Colgué la llamada antes de escuchar lo que más tenía que decir, estaba tan furioso que no quería escuchar nada más que una buena explicación para esa foto en la revista. No quería ver a mi chica expuesta por ahí.

Sabía la dirección de la escuela, manejé hasta allí, parando afuera, donde escuchaba la música alta y veía algunos adolescentes borrachos afuera, todos emocionados y celebrando el fin de la secundaria.

Miré de un lado a otro y no vi a Nilzi.

La maldita revista estaba sobre el asiento del conductor, alimentando mi ira y recordándome la razón por la que estaba allí.

Tomé el celular y le envié otro mensaje.

Nolan:

Ya llegué, ven.

Nilzi:

Estoy en medio de la fiesta.

Nolan:

¡Ven rápido!

Nilzi:

Está bien.

Me quedé esperando dentro del coche, observando a cada uno de los jóvenes que salían de la fiesta, incluso a aquellos que se estaban besando detrás de un árbol. Intenté no pensar que Nilzi podría estar allí con otro hombre, porque ya estaba lo suficientemente molesto por la foto de ella en lencería circulando en una revista.

Estaba a punto de llamar nuevamente, exigiendo que apareciera, cuando finalmente la chica apareció en mi campo de visión. Llevaba un vestido azul claro, decorado con algunas piedras, cuya falda llegaba hasta las rodillas, y el escote era más generoso de lo que me hubiera gustado.

En cuanto se acercó al coche, destrabé la puerta del copiloto para que pudiera entrar.

—¿Qué está pasando? —Parecía irritada.

—Soy yo quien pregunta.

—Es solo mi baile de graduación. —Se veía aún más confundida.

—No estoy hablando de eso. —Saqué la revista y se la mostré.

—¿Ah, ya salió la campaña? —Sonrió, pero no de la manera que esperaba—. Quedó bien.

—¡¿Bien?! —gruñí, como un animal furioso—. ¿Qué carajos es esto, Nilzi?

—Una campaña para venta de lencería.

—Estás semi desnuda en la parte de atrás de una revista donde todo el mundo puede ver.

—La agencia quedó muy contenta con mi trabajo y creen que conseguirán más contratos para mí. Con suerte, tal vez logre convertirme en modelo fotográfica como mi tía. Va a ser increíble.

—¡No hay nada de increíble! No vas a hacer fotos como esas otra vez.

—¿Qué... Cómo...? —balbuceó, sorprendida, abriendo los ojos—. Es mi carrera como modelo.

—No quiero que andes posando desnuda por ahí.

—¡No estoy desnuda!

—Con suficiente ropa como para ponerme furioso. No me gustó lo que hiciste y no quiero que eso se repita. ¿Me oíste bien?

—¡No necesito tu autorización! No eres mi padre.

—Ya te dije que puedo darte lo que sea, no hace falta que te expongas de esa forma. Si es por dinero, dime cuánto necesitas y te lo doy... —Me detuve en medio de la frase cuando sentí sus dedos estallando en mi rostro.

La bofetada no me dolió, pero fue suficiente para sorprenderme.

—¿Por qué hiciste eso?

—¡Porque estás siendo un idiota!

—No estaría comportándome así si no hubieras hecho esa estupidez con las fotos.

—Hago lo que quiero, no tengo que pedirte permiso.

—No es así...

—¡Ya sé lo que quiero! ¡Que me dejes en paz! —Agarró la revista con fuerza y la tiró sobre mí.

Antes de que pudiera detenerla, Nilzi abrió la puerta de mi coche y salió. Comenzó a caminar por la acera, pisando fuerte.

—¡Ey, muchacha! —gruñí, aún más furioso con toda la situación.

También salí del coche, un tanto impulsivo, pero esperaba que esos adolescentes borrachos no me reconocieran.

—¡Nilzi!

—¡Vete!

—¡Espera!

—Ya te dije que quiero paz. Voy a regresar a mi baile.

Corrí hacia ella y tomé su muñeca, tirando de ella hacia mí y obligándola a mirarme. Sus manos se extendieron sobre mi pecho, intentando empujarme, pero yo era mucho más fuerte. Ambos estábamos bufando de la ira.

Nos miramos fijamente durante unos segundos hasta que intentó zafarse nuevamente y no la dejé.

—No puedes hacer esto. —Nilzi intentó moverse.

—Pensé que teníamos un acuerdo.

—¿Acuerdo?

—Ponle el nombre que quieras.

—Estoy teniendo sexo a escondidas con un hombre mucho mayor que yo.

—Como si no estuviera dispuesto a recompensarte.

—¿Arruinando mi sueño?

—¿Sueño? —No pude evitar reírme—. ¿Desde cuándo posar semidesnuda puede ser el sueño de alguien?

Soltó una de sus manos de mi agarre y me volvió a abofetear.

—Eres un idiota, gobernador.

—¡Ah, no exageres!

Logró liberarse y salió corriendo.

—Déjame en paz.

—¡Nilzi! —Fui tras ella de nuevo.

No estaba dispuesto a dejar la situación así, ni a irme con la idea de que ella estaba convencida de que tenía razón sobre lo que había pasado.

La chica dobló una esquina, junto a unas casas, y la alcancé unos metros después, tomándola por la cintura y empujándola contra un poste de luz, que parpadeó con el impacto.

—¡Suéltame!

—Vas a venir conmigo.

—No voy a ningún lado contigo.

—¡Claro que sí!

Apretó los dientes, haciendo un gesto negativo.

—Cuando te ofrezco tantas cosas es porque quiero que seas mía, ¡solo mía!

—No es como si hubiera tenido sexo con otro tipo, solo fueron fotos.

—No me gusta pensar en otros hombres viéndote en lencería por ahí.

—Entonces tendrás que acostumbrarte. —Levantó la cabeza con una actitud aún más confiada, lo que solo infló más mi ira.

—De ninguna manera. —Sostuve su mentón e incliné mi cabeza, besando su boca con hambre y un toque de autoridad.



Nilzi

LANGNER

Capítulo veintisiete

Sus labios apretaron los míos con una furia poco común y yo también me sentí muy irritada por su comportamiento hacia la publicidad. Estaba tan contenta por el proyecto y la oportunidad que oírlo decir esas palabras me dolió.

Le apreté los hombros, clavándole las uñas en la camisa mientras me metía la lengua en la boca. Sus pesadas manos bajaron hasta mi cintura, apretándome dolorosamente.

—No puedes... —susurré contra sus labios.

—Soy el gobernador. —Me mordió el labio inferior de una forma demencial que me removió el cuerpo—. Puedo hacer lo que quiera.

Estaba embriagada, como si mi ira se hubiera anestesiado cuando acercó su boca a mi oído.

—Vamos a mi coche.

—¿Y si no quiero?

—¿Quieres que te meta la verga en medio de la calle?

Estábamos en una zona residencial y seguramente si alguien nos veía llamaría a la policía. No creí que Nolan se arriesgara tanto, pero parecía completamente fuera de sí.

—Vámonos de aquí. —Lo empujé para que se alejara y el gobernador tiró de mí por la muñeca para que lo siguiera.

Yo seguía enfadada, pero eso no le impidió llevarme de vuelta al coche y acomodarnos dentro.

Él inhaló profundamente, sujetando el volante con ambas manos antes de girar la cabeza para mirarme.

—Prométeme que esto no volverá a pasar.

—No.

—¿Hmm?

—No voy a prometerlo.

—¿Por qué?

—Quiero ser modelo.

—No necesitas quitarte la ropa para eso.

—A veces será necesario.

—Parece que lo estás disfrutando. —Apretó la mandíbula y sujetó el volante con aún más fuerza.

—Eres tú quien está exagerando.

—Voy a encargarme de tu carrera como modelo.

—¡No! Puedo esforzarme por mi cuenta.

—No volverás a tomarte fotos como esa.

Encendió el auto y salió manejando lejos de la escuela. Cuando me di cuenta, estábamos entrando en lo que parecía el estacionamiento de un hotel.

—No me provoques. —Se giró hacia mí con una expresión aún más amenazante. Sin embargo, me esforcé por no retroceder.

Podría ser el gobernador, pero eso no significaba que pudiera decidir cada paso de mi vida.

—Necesito volver a casa.

—Te ibas a quedar unas horas más en la fiesta.

—O quizá debería regresar.

—No vas a hacerlo. Vamos a subir a una habitación.

—¿Por qué?

—Si alguien va a verte desnuda, seré yo.

Nolan era posesivo, pero ya debería haberlo notado antes.

Estaba enfadada, pero ese enojo alimentó el palpitar entre mis muslos y me impacientó aún más.

Lo siguiente que supe fue que me estaba tirando de la muñeca, conduciéndome al ascensor y a una de las plantas del hotel.

No sabía exactamente en qué parte de la ciudad estábamos, pero eso no parecía ser lo más preocupante en ese momento, ya que me empujó a una de las habitaciones del hotel.

Nolan seguía resoplando y pude ver claramente sus celos. Por mucho que me pareciera una completa locura, me gustaba verlo así y saber que sentía algo al pensar que me miraban otros hombres.

Volvió a besarme cuando me inmovilizó contra la pared, rodeándome la cintura con su fuerte brazo.

Su boca apretó la mía con furia y hambre, de una forma que rápidamente me robó el aliento y me dejó jadeando.

Movió las manos hacia abajo y luego hacia arriba por el interior de mi vestido, levantando la falda hasta encontrar mi tanga y tiró de ella hacia abajo de un tirón firme, haciendo que cayeran sobre mis sandalias.

Nolan me apretó contra la pared con el pecho mientras me metía un dedo sin miramientos.

—No quiero oír hablar de tu vagina expuesta en ningún sitio que no sea para mí.

—Ni siquiera estaba expuesta. —Intenté defenderme.

—Será mejor que lo recuerdes. —Aumentó la velocidad con la que su dedo entraba y salía de mí, demostrando cuánto control tenía sobre mi cuerpo.

—Nolan...

—Es mucho mejor para ti si eres una buena chica.

—Pero yo... ¡Ay! —gemí, echando la cabeza hacia atrás cuando me tocó el clítoris y empezó a estimularlo.

El gobernador me hizo callar con excitación antes de arrancarme el vestido, bajarle la cremallera por detrás y empujarlo al suelo. Me quedé sin sujetador y mis tetas rebotaron con facilidad delante de él.

Estaba lista para que sus dedos siguieran dentro de mí, invadiéndome frenéticamente, pero Nolan se bajó los pantalones y me levantó sobre su regazo, apretándome aún más contra la pared mientras me penetraba con su enorme verga profundamente, sin dejarme espacio para pensar con claridad.

Sentí una sensación de ardor y un ligero dolor, no estaba preparada para que me penetrara tan rápido. Mi impulso fue inclinarme hacia delante y clavarle las uñas en los hombros mientras me apretaba más contra la pared.

Nolan estaba furioso y lo hizo muy evidente en la forma en que apretó su cuerpo contra el mío, empujando hasta el punto de hacerme gritar en una mezcla de dolor y placer casi visceral.

Yo también estaba enfadada con él, enfadada porque el gobernador pensara que podía elegir por mí, interponerse en algo con lo que tanto había soñado, pero en el fondo quería sexo y con cada fuerte presión que me daba, todo mi cuerpo reverberaba de éxtasis.



Nolan BAKER

Capítulo veintiocho

Estaba fuera de mí...

Los celos se habían apoderado de mí de una forma que me hacía rugir el pecho, y saber que ella no estaba dispuesta a echarse atrás me enfurecía aún más. Odiaba no tener el control al cien por cien y trataba de demostrarlo a través del sexo. Quería enterrarle mi verga como si fuera un animal salvaje, un lobo hambriento. Quería marcar su cuerpo con el mío para que no olvidara que era mía.

Me moví cada vez más rápido, cada vez más fuerte, hasta que el orgasmo se apoderó de mí y eyaculé en ella hasta la última gota de semen, aún sujetándola contra la pared mientras todo mi cuerpo se ponía rígido por el clímax. Hasta que perdí las fuerzas y tuve que bajarla.

Ella me empujó, pasó junto a mí y fue al baño para limpiarse.

—No volverás a tomarte fotos como esas —reafirmé.

—No te corresponde decidir eso —gritó desde dentro, decidida a sacarme de mis casillas.

—Ya te dije que no.

—Y yo te dije que no eres mi padre para darme órdenes.

—Pero yo soy... —Me detuve a mitad de la frase, sin saber cómo definir exactamente nuestra relación.

—¿Qué? —Salió del baño y me miró fijamente.

—Quien decide.

—Tal vez en tu oficina.

No entendía cómo podía estar tan decidida a enfrentarse conmigo de esa manera. Nilzi era dulce y amable, pero parecía que habíamos tocado un tema que nos volvía unos malditos animales salvajes.

—¿Cuánto te pagaron por esas fotos? —pregunté.

—Eso no te incumbe.

—Puedo darte el doble.

Me soltó otra bofetada que impactó en mi mejilla y me hizo retroceder.

—¡Basta!

—¡No soy una prostituta! —me gritó.

—Nunca dije eso.

—Pero me tratas como si lo fuera.

—Fuiste tú quien salió casi desnuda en una revista para que todo el país te viera.

—Es solo publicidad. No tiene nada de malo.

—No estoy de acuerdo.

Ella negó con la cabeza y se recompuso.

—Me voy.

—Ahora no. —Extendí la mano para sujetarla del brazo, pero se apartó y dio un par de pasos hacia el costado.

—Me sacaste de mi baile de graduación.

—Es mucho mejor estar conmigo. —Mi tono estaba cargado de arrogancia.

—No estoy tan segura.

—¡Nilzi!

—¡Me voy!

—No voy a llevarte. Vuelve aquí.

—Ni siquiera estoy pidiendo que me lleves. Puedo pedir un auto sin problema.

La forma en que me hablaba me sacaba de quicio, pero antes de que pudiera detenerla,

Nilzi salió por la puerta de la habitación del hotel, dejándome ahí.

Me sentía un imbécil por haber sido dejado de esa manera por una chica. Sin embargo, no tenía idea de qué hacer.

Di unos pasos hacia atrás y me dejé caer en el sofá, soltando un resoplido. Incliné la cabeza hacia atrás y me pasé la mano por el cabello.



Nilzi

LANGNER

Capítulo veintinueve

Las lágrimas caían por mis ojos cuando abrí la puerta del coche de aplicación y me acomodé en el asiento trasero. Frotaba mis ojos tratando de evitar que siguieran, pero parecía imposible.

La reacción de Nolan me había devastado. No esperaba que me convirtiera en la primera dama del Estado. Tía Vanessa me había advertido sobre las intenciones de ese hombre, pero no imaginaba que él me fuera a tratar de esa manera.

Mi carrera como modelo era un sueño. Aspiraba a algún día tener el mismo éxito que mi tía y, quién sabe, tal vez recompensar lo que ella había hecho por mí. No sentía vergüenza por haber hecho una campaña de ropa interior. Independientemente de lo que haya ganado por las fotos, estaba feliz por la oportunidad y todas las puertas que podría abrirme en el futuro.

Nolan podría haber abierto puertas, pero no quería que él cerrara esa, porque era muy importante para mí.

—¿Está todo bien, señora? —preguntó el conductor.

—Sí.

—¿Quiere un pañuelo?

—Por favor...

Abrió la guantera, lo tomó y me lo entregó.

—Gracias.

—De nada. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. ¿Un mal baile de graduación?

—Ojalá fuera eso.

—La ventaja es que nada es tan malo que no pueda sanarse.

—Lo recordaré después.

—Es un buen consejo.

Me recosté en el asiento, observando las luces de la ciudad pasar por la ventanilla hasta que el conductor paró frente al edificio donde vivía. Bajé del auto y él se despidió de mí.

Le deseé buen trabajo y entré.

Afortunadamente, ya había dejado de llorar cuando abrí la puerta del apartamento donde vivía con mis padres, porque él estaba sentado en la sala, viendo televisión, y se volteó hacia mí en cuanto escuchó el ruido.

—¡Hola, hija!

—Hola, papá.

—¿Cómo estuvo el baile?

—Bien —mentí, sin entrar en detalles sobre lo que había sucedido.

Mi papá solía ser un hombre tranquilo, pero aún así prefería no imaginar lo que pensaría si supiera de mi relación con el gobernador.

Él es demasiado viejo para ti...

Era lo mínimo que seguramente escucharía.

—¿Cómo está mamá? —Pensé que sería mejor cambiar de tema.

—Un poco cansada, ya se fue a acostar.

—¿Cuándo tiene consulta con el médico?

—La próxima semana.

—Ojalá tengamos buenas noticias.

—Sí.

—Voy a mi cuarto, a tomar un baño y dormir también.

—Buenas noches, querida.

—Gracias, papá.

Fui por el pasillo y entré al cuarto que compartía con mi hermana. Ella estaba acostada en la cama, mirando su celular, y solo se giró para asegurarse de que era yo antes de seguir con lo que estaba haciendo.

Tomé mi pijama, doblado sobre un puff cerca de la ventana, y me dirigí al baño en el pasillo, encerrándome allí dentro.

Entré al baño a ducharme. Aunque ya me había limpiado en el hotel, aún sentía a Nolan en mí, su olor y su semen después del sexo frenético. Seguía adolorida, pero no era eso lo que más me preocupaba.

Pensaba que Nolan al menos podría apoyarme en lo que realmente era importante para mí.

Tomé una ducha rápida, me puse el pijama, regresé al cuarto y tomé mi celular, acostándome de espaldas, igual que mi hermana.

Había algunos mensajes de mi amiga Layla y llamadas perdidas de ella.

Layla:

Amiga, ¿qué pasó contigo? ¿Dónde estás? ¡Nilziiii!

Nilzi:

¡Hola, Layla!

Layla:

¡Caray, qué susto!

Nilzi:

Perdón.

Layla:

Me preocupé, desapareciste de repente en medio de la fiesta y ni me avisaste. Pensé que algo podría haber pasado. ¿Tu mamá está bien?

Nilzi:

Sí. Ella está bien.

Layla:

¿Y tú?

Nilzi:

También.

Layla:

¿El baile estuvo tan malo?

Nilzi:

No fue eso.

Layla:

Entonces, ¿estabas huyendo de tu pareja? Jajaja.

¿Estabas tan sin opciones para aceptar la invitación de Galer?

Nilzi:

Estaba sin pareja.

Layla:

Parece que no te preocupaba mucho.

Nilzi:

Tenía otras prioridades.

Layla:

Tu mamá, ¿verdad? Entiendo lo difícil que debe ser.

Layla era una buena amiga, pero hasta ese momento no le había contado nada de lo que

estaba pasando conmigo. Para ser honesta, me daba algo de miedo lo que la gente podría pensar de mi relación con el gobernador. Sin embargo, en ese momento solo quería desahogarme.

Nilzi:

No tiene nada que ver con mi mamá, ella está bien.

Layla:

¿Algo con tu tía?

Nilzi:

¿Puedes guardar un secreto?

Layla:

¿Qué pasa, Nil? Somos mejores amigas. He guardado tus secretos desde la primaria.

Nilzi:

Es más complicado esta vez.

Layla:

¿Descubriste que no te gustan los hombres?

Nilzi:

¿Qué? ¡No!

Layla:

Dijiste que es complicado, pero quiero que sepas que estoy de tu lado en cualquier decisión que tomes.

Nilzi:

No soy lesbiana, Layla.

Layla:

Ok, entonces, ¿qué pasa?

Nilzi:

Estoy saliendo con un hombre mayor. Creo que estaba... No sé. Después de hoy ya no sé cómo va a ser.

Layla:

¿Mayor cuánto?

Nilzi:

Más de cuarenta.

Layla:

¿Es una broma?

Nilzi:

No.

Layla:

No me imagino viéndote con un tipo tan mayor, jajaja.

Nilzi:

Él es mucho más guapo que la mayoría de nuestros compañeros de clase.

Layla:

¿Es un tipo de la academia?

Nilzi:

Ni siquiera voy al gimnasio.

Layla:

¿Dónde lo conociste?

Nilzi:

En una de las fiestas a las que fui con mi tía.

Layla:

¿Es algún empresario?

Nilzi:

Es el gobernador.

Layla:

¿Nolan Baker?

Nilzi:

Sí.

Layla:

¡Estás bromeando!

Nilzi:

Ojalá fuera broma.

Layla:

No me digas que ese collar te lo dio él.

Nilzi:

Sí, fue él.

Layla:

Eres como la sugar baby del gobernador.

Nilzi:

No exageres.

Layla:

¿Te fuiste de la fiesta por él?

Nilzi:

Sí.

Layla:

¿Qué te dio esta vez?

Nilzi:

Nada.

En realidad, tuvimos una gran discusión.

Layla:

¿Y por qué?

Nilzi:

Hice unas fotos para una campaña de ropa interior y no le gustó.

Layla:

¿Celos? Qué tierno.

Nilzi:

¡Fue un idiota! Dijo que me daría todo el dinero que quisiera para que no lo volviera a hacer.

Layla:

Si paga bien, ¿qué tiene de malo?

Nilzi:

¡No soy una prostituta!

Layla:

Lo siento.

¿Y ahora qué van a hacer?

Nilzi:

No lo sé, pero siempre quise ser modelo, Layla.

Layla:

Lo decías desde pequeña.

Nilzi:

Hice algunos trabajos cuando era niña y adolescente, pero esta era mi primera gran oportunidad en una agencia reconocida y él estaba dispuesto a arruinarlo todo.

Layla:

Ahora entiendo por qué estás tan molesta, pero seguro que lo solucionan.

Nilzi:

No lo sé.

Layla:

¿Y... tuvieron sexo?

Nilzi:

¡Eh!

Layla:

Me dio curiosidad.

Nilzi:

¡En serio!

Estoy molesta, triste y solo quiero dormir un rato.

Layla:

Te entiendo. Hablamos después.

Nilzi:

Gracias.

Solté un largo suspiro al acostarme, hundiendo la cabeza en la almohada.

Esperaba un mensaje de Nolan, al menos una disculpa por cómo se había comportado, pero no pasó nada.

Dormí con el celular en la mano, sin recibir ni un "lo siento".



Nolan BAKER

Capítulo treinta

—¡Vamos, papá! —Mía me jaló del brazo para que me levantara del sillón aquella mañana.

—No necesitamos ir.

—Es el cumpleaños del abuelo, sí que tenemos que ir. No sé qué pasó, pero tienes que dejar de poner esa cara de funeral. Deja la política para mañana, por favor...

Mi hija adolescente estaba emocionada mientras yo solo quería quedarme allí sin hacer nada. Estaba tan molesto por lo que había pasado con Nilzi que ni siquiera podía disimularlo. Afortunadamente, Mía pensaba que se trataba de algún conflicto político y no de mi involucramiento con una mujer que podría ser su hermana.

—¿Qué van a pensar si no aparecemos?

—Que estaba ocupado.

—No te veo tan ocupado.

—Mía...

—¡Vamos, papá! ¡Levántate!

Estaba decidido a no moverme, aunque sería difícil convencer a mi hija de que había una razón realmente importante para que faltáramos al almuerzo de cumpleaños de mi papá.

—¡Está bien! —Me levanté, rendido—. Solo me voy a cambiar.

—¡Date prisa o llegamos tarde!

—Es solo un almuerzo...

—¡Papá! —Hizo un puchero.

Nunca fui el tipo de hombre más familiar, siempre preferí quedarme en mi rincón. Normalmente era mi difunta esposa quien me arrastraba a esos eventos. Después de su muerte,

ese rol lo asumió Mía.

Fui a mi cuarto, me cambié el pijama arrugado por algo más presentable y bajé en unos minutos, encontrándome con mi hija sentada en el sofá, lista para irnos.

Había un guardia con nosotros, sentado en silencio en el asiento del copiloto mientras yo conducía hacia el barrio residencial en las afueras donde mis padres vivían, en una casa grande y espaciosa, con un jardín para los nietos, pero que Mía nunca había aprovechado realmente.

No eran millonarios, pero hicieron buenas decisiones e inversiones que les permitieron darles a sus tres hijos una educación adecuada y privada, además de asegurar una jubilación cómoda después de entregar la agencia inmobiliaria a mi hermana.

Detuve el coche a la entrada, viendo que mis hermanos ya estaban allí. También había otros vehículos de amigos y familiares que habían llegado para pasar el día con mi papá. Mía fue la primera en bajarse, cargando un paquete con papel de regalo, lo que supuse que era un regalo.

Me quedé parado, mirando el retrovisor hasta que el guardia se giró hacia mí.

—¿Está todo bien, señor?

—Sí. —Abrí la puerta y bajé del coche.

Seguí el sonido de las voces y las conversaciones hasta la parte trasera de la casa, donde una mesa estaba puesta y reunía rostros conocidos. Allí estaban mis hermanos, mi tío y algunos amigos de mi papá del club de golf.

—¡Gobernador! —Uno de ellos se giró al verme.

—Vamos a dejar eso de lado —pidió mi mamá.

Solo me encogí de hombros, sin decir nada, mientras me acercaba a ella.

—Qué bueno que viniste, hijo.

—Mía me arrastró.

Ella soltó una risa como si estuviera bromeando.

Pasé por ella y fui a saludar a mi papá, que estaba conversando con un amigo.

—¡Feliz cumpleaños!

—Gracias, hijo.

—De nada.

—Me alegra que hayas venido.

Solo le sonreí brevemente.

Mía entregó el regalo que había comprado para su abuelo y él se dedicó a consentir a su única nieta.

—¿Cómo va el importante gobernador?

Me giré al escuchar a mi hermano acercarse con tono burlón.

—Quizá no mucho mejor que tú.

—Sería difícil. —Se encogió de hombros.

Éramos más cercanos cuando fuimos niños y adolescentes, pero la vida adulta nos separó.

Yo siempre estaba ocupado con compromisos políticos, mientras él se dedicaba a la casa y, más tarde, se unía a la junta directiva de uno de los hospitales más grandes de New York.

—Qué bueno que todos estamos aquí —dijo mi hermana, acercándose con el celular en la mano—. Vamos a sacar una foto.

—No... —murmuré.

—¡Vamos, Nolan! Tenemos que registrar estos momentos juntos.

Negué con la cabeza, pero fui vencido cuando mi hija tomó el celular de mi hermana para sacar la foto.

Al final, no estuvo tan mal pasar el día con mi familia. Las conversaciones me ayudaron a olvidar, al menos por un rato, los motivos por los cuales estaba tan molesto.



Nilzi

LANGNER

Capítulo treinta y uno

No me mandó mensaje pidiendo disculpas, ni me llamó en los días siguientes. Yo tampoco cedí, dejando que una ausencia extraña llenara mi rutina, ya de por sí vacía por las vacaciones de verano.

Había terminado la preparatoria y aún tenía que decidir a qué universidad iría, aunque temía que la pelea con Nolan pudiera complicarlo todo.

Hasta el momento, mi aceptación no había sido revocada, así que todavía podría estudiar en cualquiera de las universidades a las que había aplicado.

Había ahorrado el dinero que gané trabajando como modelo y pensaba que si conseguía más trabajos durante el verano, podría cubrir el primer año de universidad.

Aunque ser modelo era lo que realmente quería hacer, no necesariamente necesitaba un título universitario para lograrlo. Sin embargo, sería importante para mis padres ver que estaba dedicándome a algo serio; además, no estaría de más tener un diploma de educación superior, que también me abriría otras puertas.

Quería estudiar publicidad, algo relacionado con el marketing que me ayudaría a entender mejor lo que los clientes esperaban de mí.

Con todo lo que había sucedido en el último mes, me olvidé de la cita que había agendado con la doctora recomendada por mi tía, a pesar de las ventajas de una consulta online.

Afortunadamente, la secretaria de la doctora me recordó por la mañana. Cuando llegó la hora, fui a mi cuarto y me encerré allí. Mi hermana había salido con sus amigas y pude aprovechar ese momento para estar sola.

Me acomodé en la cama, puse la almohada en mi espalda y me coloqué los auriculares antes de entrar a la llamada en la aplicación.

—¡Hola! —Sonrió la doctora al otro lado unos segundos después.

—¡Hola!

—¿Tu nombre es Nilzi?

—Sí, así es.

—Perfecto, Nilzi. ¿En qué puedo ayudarte? —La doctora estaba siendo amable, aunque parecía haber hecho esto muchas veces antes.

—Quisiera una recomendación de anticonceptivo.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—¿Vas a empezar tu vida sexual ahora o ya has tenido relaciones antes?

—He tenido algunas veces... —Me dio vergüenza confesarlo, pero no parecía ser un problema para la doctora, ni algo que me fuera a juzgar.

—¿Cómo te cuidaste? ¿Usaste condón? No sé si tienes novio o pareja fija, pero el condón no solo previene embarazos, también ayuda a prevenir enfermedades.

—Solo lo hice con un chico —admití—, pero no usé nada para prevenir.

—¿Nada?

Negué con la cabeza.

—Considérate afortunada. A menos que quieras quedar embarazada ahora.

—¡Claro que no!

—Te voy a recetar las pastillas.

—¿Puedo empezar a tomarlo hoy?

—No, espera a tu próximo ciclo menstrual. Cuando te baje, tomas una pastilla por día durante veintiún días y luego haces una pausa de siete.

—Entiendo.

—¿Tienes alguna duda?

—No.

—Si tienes alguna en cualquier momento, me puedes mandar un mensaje, mi contacto está en el correo.

—Muchas gracias, doctora.

—De nada. Fuera de eso, ¿cómo te sientes? ¿Has notado algo raro? ¿Algún síntoma que te haya molestado?

—Tengo un poco de dolor de cabeza y estoy más irritada de lo normal, probablemente sea el síndrome premenstrual.

—Es bastante probable. Vas a empezar con las pastillas y si sientes que está causando algún efecto raro, avísame. No creo que pase nada, pero como nunca lo has tomado, mejor que me avises. El cuerpo humano es una caja de sorpresas, y lo que le pasa a uno no siempre le pasa al otro.

—Entendido.

—Vas a recibir un mensaje con la receta y puedes comprarlas en cualquier farmacia.

—Gracias.

—De nada.

La doctora fue muy amable y se ofreció a resolver cualquier duda, lo cual me dejó aún más contenta con la atención que me brindó.

Cuando colgamos la llamada, recibí la receta como me había dicho, pero también mi celular vibró con un mensaje de aplicación.

Layla:

¿Estás en casa?

Nilzi:

Sí.

Layla:

Entonces voy para allá.

Pensé en decir que era mejor no, pero sería bueno pasar un rato con mi mejor amiga, sobre todo porque los últimos días solo había estado mirando el techo de mi cuarto sin hacer nada.

Tía Vanessa había venido la noche anterior para ver cómo estaba mi mamá y hacerme una visita. Me felicitó por la sesión de fotos, diciendo que estaba orgullosa de mí y que el trabajo me abriría más oportunidades.

La situación con el gobernador aún me atormentaba, pero decidí no hablar de ello. Ella tampoco preguntó, casi como si supiera que algo no estaba bien y esperaba que yo me sintiera cómoda para contarle.

Estaba sola en casa, mis padres habían salido a trabajar y mi hermana aún no había regresado cuando escuché el sonido del intercomunicador y dejé que Layla entrara.

—¡Amiga! —Se lanzó a abrazarme cuando abrí la puerta.

—¡Ey!

—Traje esmalte rojo y un pote de helado.

—No estoy deprimida…

—¿Ya viste tu cara?

Negué con la cabeza.

—Entonces mejor olvídalo.

—Pensé que ibas a ir con tu mamá a la empresa, ayudarla hasta que empiecen las clases de administración en Harvard.

—Me merezco unas vacaciones. Eso lo empezaré a hacer el próximo mes.

—Tú sabrás. —Dejé escapar una risa.

La madre de Layla tenía una empresa dedicada a la venta de muebles, con varias tiendas

en New York y otras repartidas por todo el Estado. Considerando el nivel de vida de mis compañeros, podría decir que era la más pobre entre ellos.

—¿Empezamos pintándonos las uñas o tomando helado?

—Voto por el helado.

—¡Buena elección!

Ella entró al salón y yo cerré la puerta antes de ir a la cocina a tomar dos cucharas para comer el helado directo del envase. Era de fresa con pedazos de fruta, mi amiga me conocía muy bien.

Nos sentamos en el sofá de la sala y encendí la televisión en cualquier canal al azar.

—¿Ya te arreglaste con el gobernador?

—No. —Abrí el envase de helado y tomé una buena cucharada—. Creo que tal vez sea mejor así. No era una relación que iba a funcionar de todos modos.

—¿Por qué no?

—¿Layla, en serio?

—Tal vez podrían haber vivido una linda historia de amor. —Se encogió de hombros.

—No estamos en un cuento de hadas.

—¿Entonces, por qué te involucraste con él?

—Es un hombre encantador. —Me metí más helado en la boca.

Me pareció mejor no contarle a Layla que mi tía me había hablado sobre los beneficios de salir con un hombre como él. No quería que pensara que solo me interesaba su dinero, y la situación se había salido de control demasiado rápido.

—Viejo. —Se rió.

—Experimentado —corregí.

—¿Ya tuvieron sexo, no?

—¡Layla!

—Solo di sí o no.

—Tuvimos sexo... —Desvié la mirada, sintiendo que mis mejillas se ponían rojas, e imaginé que se habían puesto tan rojas como las fresas del helado.

—¿Y no fue asqueroso?

—¿Por qué habría sido asqueroso?

—No sé.

—Fue todo menos asqueroso.

—Por lo que veo, el gobernador tiene su encanto.

—Estuvo bien…

—¿En serio? ¿No van a hacerlo más?

—Desde que discutimos por las fotos, no ha vuelto a hablarme.

—¿Y no le dijiste nada?

—No soy yo la que está equivocada. —Apreté los dientes.

—Sí, pero él puede ser del tipo orgulloso.

—Creo que es mejor así. —Me recliné hacia atrás, hundiéndome en el respaldo del sofá —. No porque tenga dinero y poder, puede tratarme como le dé la gana.

—En eso tienes razón.

—¡Lo sé! —Hinché el pecho, motivada, queriendo convencerme a mí misma de eso.

Tomé un poco más de helado, sorbiéndolo lentamente mientras pensaba en todo lo que estaba pasando.

Él era el primer y único hombre con el que me había involucrado, sería mentira si dijera que era tan fácil dejarlo atrás.



Nolan BAKER

Capítulo treinta y dos

—Niña tonta... —murmuré para mí mismo, mientras miraba mi celular y veía que no había ningún mensaje de ella.

Sabía que había riesgos de involucrarme con una mujer tan joven e inmadura, y ahora estaba experimentando esos riesgos, aunque me incomodaba mucho. Pensaba que, con el paso de los días, ella se daría cuenta del error y entendería que era mucho mejor estar conmigo, que podía ofrecerle todo, en lugar de seguir exponiéndose por ahí. Ella misma me había dicho que no quería ser una prostituta, pero no era exactamente lo que parecía.

—¡Maldita sea! —bufé al dejar el celular sobre la mesa.

—¿Está todo bien, señor? —preguntó Robert, al entrar en mi oficina justo en el momento de mi explosión y mirarme con cierta preocupación.

—Sí —respondí, de manera breve.

—¿Algo relacionado con los parlamentarios?

—Asuntos personales.

—Si hay algo en lo que pueda ayudar...

—Yo me ocupo —lo interrumpí con tono seco—. ¿No estabas buscando algunos documentos que necesitaba firmar? —Cambié de tema.

—Sí, señor. —Se acercó y puso un sobre marrón frente a mí—. Son documentos relacionados con la licitación para las obras en las carreteras estatales del norte.

—Los leeré y los firmo.

—Gracias.

—¿Eso es todo?

—Por ahora sí, más tarde tiene una reunión con la senadora.

—Está bien, ya puedes irte. Avísame cuando llegue.

—Claro. —Robert asintió con la cabeza y salió de mi oficina, cerrando la puerta detrás de él.

Intenté concentrarme en los documentos, enfocarme en ellos y redirigir mi energía para no seguir pensando en esa chica.



Nilzi

LANGNER

Capítulo treinta y tres

Después de haber comprado el anticonceptivo recetado por la doctora, me quedé esperando a que me bajara la menstruación. Estaba ansiosa por empezar a tomarlo, aunque tal vez no fuera a volver a tener sexo, lo mejor era estar prevenidada.

Según mis cálculos, ya debería haberme bajado el día anterior, pero no ocurrió. Pensé que tal vez había calculado mal, nunca he sido muy buena con eso. Sin embargo, como la doctora me dijo que podía enviarle un mensaje si tenía alguna duda, decidí hacerlo.

Nilzi:

Doctora, ¿puedo tomarlo en la fecha estimada de la menstruación o tengo que esperar a que baje?

Probablemente ella estaba atendiendo, porque demoró un poco en contestarme.

Doctora:

El día que te baje.

Nilzi:

Ah, ok.

Doctora:

¿Por qué, tienes un retraso?

Nilzi:

Tal vez no, no estoy segura.

Doctora:

¿Ya te hiciste alguna prueba?

Nilzi:

¿Prueba, qué prueba?

Doctora:

De embarazo.

Casi me caigo de espaldas con el celular en la mano cuando leí su última respuesta. De ninguna manera había considerado esa posibilidad.

Nilzi:

No me he hecho ninguna.

Doctora:

Creo que podrías comprar una de esas de farmacia, las más baratas.

Nilzi:

¿Crees que estoy embarazada?

Doctora:

Tuviste relaciones sin preservativo. Es una posibilidad si tu flujo está retrasado.

Nilzi:

Espero que no.

Doctora:

Hazte la prueba, si es negativa podemos estudiar otra causa posible, como algo que te esté estresando o algún cambio en tu rutina.

Nilzi:

Gracias, doctora.

Doctora:

De nada.

Hablar con la doctora se suponía que debía calmarme, pero en realidad me aterrorizó. Solo tenía dieciocho años, muchos planes por delante y la posibilidad de una carrera como modelo. Un embarazo podría destruir todo.



Nolan BAKER

Capítulo treinta y cuatro

Volví a la oficina después de una mañana de compromisos externos.

Aflojé la corbata, sintiendo el calor, y me hundí en mi silla de cuero detrás del escritorio.

—Tiene una reunión en una hora —avisó Robert al entrar justo detrás de mí.

—Está bien —solté el aire con fuerza.

De esta forma, ni siquiera tendría tiempo de salir a comer algo.

—¿Necesita algo?

—Puede ser pescado y papas fritas.

—¿Va a almorzar aquí, señor?

—¿Tengo otra opción? —Levanté una ceja y Robert se encogió de hombros, arrepintiéndose de la pregunta.

—Me ocuparé de ello.

Asentí con la cabeza y él salió de mi oficina.

Tomé mi celular personal, pensando que podría ser mi hija cuando el dispositivo vibró. Sin embargo, mi sorpresa fue aún mayor cuando vi que era un mensaje de Nilzi. Después de esas semanas que habían pasado desde nuestra pelea, llegué a pensar que la chica me había borrado de sus contactos. Sin embargo, era obvio que ella terminaría arrepintiéndose y dando marcha atrás.

Sonreí, imaginando que había retomado el control de la situación.

Nilzi:

¿Estás muy ocupado? ¿Puedo llamarte?

Nolan:

¿Qué quieres?

Nilzi:

Prefiero no hablar por mensaje.

Me levanté de la silla y cerré con llave la puerta antes de tomar el celular nuevamente y llamarla.

No tardó mucho en contestar.

—Sabía que pronto te ibas a arrepentir de cómo me trataste y volverías. —Mi tono estaba lleno de ego.

—Nolan... —murmuró mi nombre, sollozando, lo que me dio la impresión de que podría estar llorando al otro lado.

Imaginaba su arrepentimiento, sin embargo, pensaba que el llanto era un poco exagerado. No creí que me extrañara tanto.

—Voy a pedirle a mi chofer que te pase a buscar esta noche y nos encontremos en el hotel.

—¡No! —respondió rápidamente, sorprendíéndome.

—¿Qué?

—No es eso, no es lo que estás pensando.

—¿Entonces qué es? —Adopté una postura más defensiva.

—Yo... Yo... —balbuceó.

—Habla ya.

—Yo... Estoy embarazada.

—¿Qué dijiste? —Mi shock fue tan grande que las palabras salieron atropelladas de mi

boca, sonando como una frase extraña.

—Acabo de hacerme una prueba de sangre después de haber hecho otras dos pruebas de farmacia. Todas dieron positivo.

—¿Estás jugando conmigo? —Mi postura cambió por completo, adoptando un tono mucho más agresivo.

—Desafortunadamente no.

—Te dije que tomaras anticonceptivos.

—Iba a empezar...

—¿Entonces no los tomaste antes?

—No...

—¿Qué estabas planeando, muchacha? ¿Quedarte embarazada del gobernador y qué? ¿Darme un golpe?

—¡Yo no estaba planeando nada! —Alzó la voz, molesta, pero quien tenía derecho de estar enojado era yo.

—No eres tan idiota.

—Nunca había tenido sexo antes, no estaba acostumbrada y tú no quisiste usar condón...

—¿Ahora vienes a decir que la culpa es mía? —gruñí, aún más molesto—. Solo tenías que tomar la píldora y esto no habría pasado. Soy un gobernador, el hombre más poderoso del Estado de New York, no puedo tener un hijo con una niña como tú.

—Pero...

—Si esa era tu intención, debes saber que no voy a dejar que eso arruine mi carrera.

—No pedí esto.

—¡Entonces haz algo al respecto!

—¿Hacer algo? —sollozó, confundida.

Escuché un golpe en la puerta y Robert intentó entrar, pero se dio cuenta de que estaba cerrada.

—Señor, traje su almuerzo.

Colgué la llamada sin pensarlo mucho.

No dejaría que un escándalo de ese tipo arruinara mi carrera. Al final, solo era una chica y podría perfectamente encontrar la manera de mantenerla lejos.



Nilzi

LANGNER

Capítulo treinta y cinco

Cuando colgó el teléfono en mi cara, como si el embarazo fuera solo un problema mío, caí hacia atrás en la cama y lloré aún más intensamente. Estaba completamente destrozada, desesperada y sumida en una angustia que nunca había experimentado antes.

De hecho, no sabía en qué me estaba metiendo cuando me involucré con el gobernador, pero no pensaba que las consecuencias fueran a ser tan desastrosas.

Estaba aprendiendo a cuidar de mí, dando los primeros pasos en una carrera. ¿Cómo iba a cuidar a un niño?

Haz algo al respecto...

La voz de él resonó en mi cabeza, dejándome aún más devastada. Un embarazo no era algo que simplemente se solucionara. Estaba muy lejos de ser solo un dolor de muelas o un brazo roto.

Agarré la almohada y me cubrí la cara, gritando de desesperación.

Estaba completamente aterrada, sin rumbo. Esperaba que hablar con Nolan me ayudara, después de todo, no había hecho a ese bebé sola, pero sus palabras solo empeoraron todo. El gobernador consiguió herirme aún más de lo que lo hizo después de nuestra discusión por las fotos que me había tomado.

Mi tan anhelada carrera como modelo y todos mis sueños parecían desmoronarse, escapando de mis manos.

—¡Epa! ¿Qué está pasando? —preguntó mi hermana al entrar en el cuarto y verme llorando desconsolada en la cama.

—Nada. —Ya no era buena mintiendo, y esa vez soné aún peor.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Está bien. —No insistió más, aunque era evidente que había algo mal en mí.

Afortunadamente, mi hermana solo tomó algo en la habitación y salió, dejándome sola de nuevo para que pudiera seguir llorando.

Mis padres seguramente tendrían un colapso cuando se enteraran de que estaba embarazada, y ¿qué les iba a decir?

Es del gobernador.

Sería difícil que me creyeran, pero si eso sucedía, la situación se complicaría aún más, porque dudaba que aprobaran al hombre con el que me había involucrado.

Estaba perdida, sin rumbo y con una presión en el pecho tan grande que parecía que me estaba asfixiando poco a poco. Iba a tener un ataque de pánico antes de que terminara el día si no conseguía respirar con normalidad.

La única persona que pasó por mi cabeza fue mi tía. Ella ya me había ayudado tanto y parecía la persona indicada para hablar, aunque sabía que también iba a disgustarse con la noticia.

Me metí en este lío con los ojos cerrados y ahora estaba atrapada en un pantano que me estaba tragando.

Tomé mi celular y traté de llamar a mi tía. Sonó dos veces hasta que se cortó y no me respondió, pero minutos después recibí un mensaje.

Tía Vanessa:

No puedo hablar ahora, te llamo después.

Era obvio que estaría trabajando u ocupada con cualquier otra cosa. Aun así, necesitaba llamarla. Tenía que hablar con ella o con cualquier otra persona que pudiera darme algo de calma, ya que el gobernador me había dejado sola.



Nolan BAKER

Capítulo treinta y seis

Las reuniones que tuve por la tarde se pasaron bastante lentas. Para ser honesto, no pude concentrarme lo suficiente en ellas como para que el tiempo avanzara.

¿Embarazada?

Si no fuera una broma de mal gusto, preferiría estar en medio de una pesadilla de la cual despertaría pronto.

Nilzi no era la primera chica joven con la que me involucraba, pero sí era la primera virgen. Así que, o había ideado un plan muy astuto para chantajearme, o era extremadamente ingenua. De cualquier manera, eso no hacía la situación menos peligrosa para mi carrera.

Tenía varios enemigos, principalmente otros políticos que estaban listos para pedirme la cabeza o arruinar tanto mi imagen que sería imposible seguir al mando del Estado, mucho menos ganar una reelección.

Dependiendo de la mierda que me echaran encima, podría ni siquiera conseguir trabajo como asesor de otro político.

¡Maldita sea!

Pensar en eso me estaba haciendo enfurecer.

—¡Papá! ¿Papá?

Parpadeé, dándome cuenta de que Mía intentaba hablar conmigo durante la cena esa noche.

—¿Qué pasó? —pregunté, en un tono brusco.

—Yo te pregunto lo mismo. Estás muy raro.

—Problemas en la oficina.

—Ah, debí haberlo imaginado. —Se encogió de hombros y clavó el tenedor en un trozo

de carne que acababa de cortar—. Espero que lo resuelvas pronto.

—Yo también... —murmuré, mirando hacia el fondo del comedor.

Mía ya tenía dieciséis años. Era una adolescente independiente que había aprendido a lidiar con la ausencia de su madre después del accidente. No imaginaba que estuviera pensando en tener un hermano o hermana ahora. Ni yo quería otro hijo.

Aunque mi impulso era barrer el tema bajo la alfombra, sabía que, de una manera u otra, volvería a atormentarme.



Nilzi

LANGNER

Capítulo treinta y siete

Estábamos en una cafetería cerca de la Séptima con Broadway, donde mi tía iba a participar en el lanzamiento de una nueva colección en unas horas, pero afortunadamente, ella se tomó un momento para encontrarse conmigo.

Tomé los dos vasos de café y un paquetito con galletas cuando el camarero nos llamó por nuestros nombres y volví a la pequeña mesa redonda, acomodándome frente a ella.

Mi tía Vanessa pasó la mano por su cabello rubio, impecable y sedoso, como en los anuncios de champú, antes de mirarme fijamente.

—¿Qué está pasando? —preguntó, inclinándose sobre la mesa—. Los mensajes que me enviaste me dieron la sensación de que el mundo se estaba acabando y yo no me había enterado.

—Tal vez sea así. —Solté un suspiro pesado, profundo y doloroso.

—No entiendo, Nilzi.

—Algo pasó... —Contuve la respiración.

—¿Algo como qué? —Sacó el café de la boca para preguntarme.

Intenté encontrar las palabras correctas, la mejor frase o forma de contarlo, pero no lo conseguí.

—Yo... —Inhalé profundamente, apretando el vaso de café entre los dedos, casi derramándolo.

—¡Dame eso! —Mi tía me quitó el vaso antes de que hiciera un desastre o me quemara —. ¡Ahora habla! Ya me estás poniendo nerviosa.

—Yo ya estoy muy nerviosa.

—¡Nil!

—Estoy embarazada, tía —solté de golpe, al darme cuenta de que no había forma de

hacer que esa revelación fuera más fácil.

Sus ojos azules se abrieron de par en par, abrió la boca varias veces, pero no salió ningún sonido. La mujer valiente que tanto admiraba por siempre tener una respuesta lista, no supo qué decir durante varios minutos, lo que hizo que mi palpitación aumentara aún más.

Pasaron horas, o al menos eso sentí, cuando finalmente me preguntó.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Me hice varios exámenes y la doctora que los consiguió para mí lo confirmó.

—Pero, ¿no ibas a tomar anticonceptivos, niña?

—Eso fue luego de tener sexo varias veces.

—Te dije que usaras preservativo.

—Lo sé, pero...

—¿Quién es el padre? —me interrumpió.

—El gobernador Becker.

—Te dije que tuvieras cuidado con él...

—Dijo que me podría ofrecer el mundo.

—Sí, pero él quería tu inocencia y parece que lo consiguió.

—Yo... —Mi voz tembló y me di cuenta de que volvía a tartamudear.

Mi tía suspiró antes de tomar otro sorbo de café.

—Lástima que todavía es demasiado pronto para un trago —murmuró para sí misma—. ¿Se lo contaste?

Moví la cabeza, afirmando.

—Y...

—Me dijo que encontrara una solución. Dijo que sería un escándalo enorme para su carrera.

—Claro que ese hijo de puta iba a actuar así. —Apretó los dientes—. Sabía que eras demasiado ingenua para meterte con ese tipo de sujeto. Lo siento, pero vamos a arreglar esta situación.

—¿Arreglar? —Levanté las cejas.

—Conozco algunas clínicas y colegas que han recurrido a ellas...

—Tía, ¡no! —dije, sorprendida, al darme cuenta de que estaba pensando lo mismo que el gobernador.

—¿Cómo que no? —Frunció el ceño, confundida—. ¿Pretendes tener a este bebé?

—¿No es lo correcto?

—Querida, lo correcto es relativo.

—No puedo simplemente deshacerme de él.

Me observó por unos instantes mientras pensaba en mi respuesta, hasta que finalmente volvió a hablar.

—Sabes que, cuando nazca, no podrás echar atrás la decisión.

Asentí con la cabeza.

—Bueno, esa es tu decisión y tendrás que vivir con ella si es lo que quieres. Vas a necesitar muchas cremas para evitar las estrías y control con el peso si aún sueñas con una oportunidad de ser modelo.

—Yo sueño...

—Antes de que se te note la panza, podemos conseguir algunos trabajos y después... Bueno, con suerte, necesitarán a una embarazada para alguna campaña o esos fotógrafos que hacen fotos para bancos de imágenes. No son los mejores trabajos, ni pagan mucho, pero pueden ayudar...

—¡Gracias, tía! —Me incliné sobre la mesa y le rodeé el cuello con los brazos.

Ella se sorprendió, pero momentos después correspondió a mi abrazo.

Aunque aún me sentía en el ojo de un huracán, hablar con mi tía me tranquilizó un poco y me ayudó a ver una luz al final del túnel.

Podía encontrar una forma de salir de esa situación.



Nilzi

LANGNER

Capítulo treinta y ocho

Cuando regresé a casa al final de aquella tarde, después de que mi tía se fuera a preparar para el evento, estaba decidida a enfrentar la situación de frente y encararla.

Aunque me sentía aterrada y mi estómago estaba hecho un nudo, no iba a huir ni a tomar una decisión apresurada solo para resolverlo y luego arrepentirme profundamente, sintiéndome culpable.

No iba a abandonar a mi bebé como lo hizo el gobernador con nosotros. Pero para lograrlo, tendría que enfrentar muchos desafíos.

El primero: contarles a mis padres...

Solo de pensarlo, mis piernas empezaban a temblar.

Tan pronto como llegué a casa y dejé mis cosas en mi cuarto, me dirigí a la cocina a preparar la cena. Era algo que nunca hacía, y por sí sola esa acción ya los pondría alerta, pero fue lo mejor que se me ocurrió para calmar los ánimos.

Preparé pollo empanado, algunas hamburguesas y compré pan fresco, además dejé lista la ensalada para quien quisiera servirse.

—¿Mmm, qué olor es ese? —preguntó mi papá, al abrir la puerta del salón en el momento en que yo estaba sacando una botella de refresco de la nevera.

—Preparé la cena. —Sonreí de manera forzada cuando entró a la cocina para ver qué estaba pasando.

—¿Qué milagro es este? —gruñó mi hermana, al salir de su cuarto, frotándose los ojos como si hubiera pasado la tarde durmiendo. Una de las ventajas de las vacaciones de verano.

—Tu hermana está animada hoy —comentó mi papá, como si no notara que algo no estaba bien.

—Ya lo veo —murmuró.

—Hum, tendremos hamburguesa para la cena hoy. —No mucho después, mi mamá apareció. Su apariencia seguía algo decaída, pero se veía mejor que antes.

—¿Por qué no me ayudas a poner la mesa? —le pedí a mi hermana, quien me miró de reojo, pero acabó asintiendo.

Esperé a que todos se sentaran y se sirvieran antes de intentar hablar. Solo de imaginarme su reacción, mi garganta se cerraba. Me sentía mal, incluso un poco torturada.

Inhalé y exhalé varias veces, alternando la mirada entre mi familia reunida en la mesa y mi hamburguesa.

—¿Te sientes mal, Nil? —preguntó mi mamá, cuando probablemente dejé claro que algo no iba bien.

—No...

—Pareces rara.

—Tengo algo que contar.

—¿Ya decidiste a qué universidad vas? —preguntó mi papá.

—No...

—Sabía que había algo cuando comenzó a cocinar —murmuró mi hermana, pero todos la ignoraron. Los ojos de nuestros padres estaban fijos en mí.

No había pensado en la universidad desde que descubrí lo de el embarazo, para ser sincera, estudiar en este momento me parecía una locura con todo lo que ya tendría que enfrentar.

—No sé si voy a ir a la universidad —admití, después de un rato.

—Pero lo deseabas tanto —respondió mi mamá, sorprendida.

—Es que la situación cambió.

—¿Qué situación? —Frunció los ojos, como si intentara ver dentro de mi alma de una manera que me dio escalofríos.

Con la expresión de mis padres, me parecía aún más difícil decir algo. Tuve que cerrar los ojos y respirar profundamente una docena de veces antes de lograrlo.

—Es que... Bueno, yo... —No encontraba las palabras.

—¿Qué te pasa? —Mi hermana ya estaba nerviosa e impaciente.

—Deja que Nil hable —mi mamá regañó a la menor antes de volver a concentrarse en mí —. ¿Nilzi?

Ya había llegado demasiado lejos como para no terminarlo.

—Yo... —Me incliné hacia adelante y froté mis manos, mojadas de sudor frío, sobre mis rodillas—. Yo... Estoy embarazada.

—¿Qué? —Mi papá se echó hacia atrás, casi cayéndose—. ¿Qué historia es esta?

—No es historia. —Mi garganta me quemaba tanto como si hubiera tomado tequila barata, aunque no tocaba una gota de alcohol desde hacía mucho tiempo.

—¿Desde cuándo? ¿De quién? —Mi mamá me bombardeó con preguntas.

—Lo descubrí hace poco. No importa de quién.

—Quizás ni sabe —comentó mi hermana, y mi impulso fue lanzar el plato a su cabeza, pero me contuve. En el fondo, no quería que mi relación con el gobernador fuera expuesta y que la verdad saliera a la luz. No era tanto por él, sino porque no quería que mi familia me juzgara, y mucho menos tener a los fotógrafos siguiéndome, esperando un momento incómodo para capturarlo.

—Te dije que tu hermana no era una buena influencia para ella —empezó a quejarse mi papá con mi mamá.

—Vanessa tiene sus defectos, pero no es como si todo lo que pasara con nuestras hijas fuera culpa de ella. Mi hermana también hizo muchas cosas buenas, sobre todo por Nilzi.

—Y ahora está aquí, embarazada. Lo peor, sin saber ni de quién.

—¿Participaste en una orgía? —se burló mi hermana, y me negué a responder.

—¿Qué vas a hacer con este bebé? —Mi papá se inclinó hacia mí, haciendo que me encogiera en la silla.

—¿Cómo que qué va a hacer con el bebé? —repitió mi mamá con un aire serio y cuestionador.

—No tenemos espacio para otra persona en este apartamento.

—Vamos a encontrar una solución.

—¡Vaya, qué fácil!

Mi papá no estaba para nada contento con la situación y no podía culparlo. Me habría gustado traerles mejores noticias en lugar de dejarles esa bomba, pero no había mucho más que pudiera hacer en ese momento, más que contarles la verdad.

Cuando mi barriga empezara a crecer, sería cada vez más difícil esconderlo, así que era mejor decir la verdad de una vez por todas.

Molesto, mi papá resopló y se levantó de la mesa, saliendo sin terminarse el sándwich.

Mi mamá me miró por un momento y luego extendió la mano para acariciar la mía.

—Todo va a estar bien.

Era lo que más quería escuchar en ese momento.

—Gracias.



Nolan BAKER

Capítulo treinta y nueve

Nilzi no volvió a llamarme y pensé que era lo mejor. Parecía haber dejado atrás el intento tonto de hacerme caer en la estafa. Yo tenía problemas mucho mayores que enfrentar que ella, aunque en algún momento u otro pensara en eso, era mejor concentrarme en lo que realmente importaba.

Hubo otra ronda de votación sobre la propuesta que los Lansky querían que fuera aprobada a toda costa. Si la enmienda pasaba por el parlamento, sería una nueva era de facilidades, especialmente para los negocios relacionados con el contrabando.

No quería ser el gobernador responsable de eso, sin embargo, la mafia me estaba presionando. Sabía bien que no eran hombres que se conformarían con un "no" como respuesta.

Siempre supe, desde el primer momento en que me metí en la política, que necesitaba aliados poderosos y que siempre habría peces más grandes que yo tratando de imponer sus reglas. El principal problema era que, en mi caso, esos tiburones más grandes no dudaban en mandarme matar si no hacía exactamente lo que querían.

Steven había sido muy claro al recordarme quién realmente mandaba en el Estado, y esa frase suya resonaba a diario en mi cabeza.

—Señor... —Robert llamó a mi puerta.

—Pasa.

—Gracias. —Abrió la puerta y se detuvo cerca de la mesa, observándome—. ¿Día difícil?

—Ni me lo digas. —Solté un largo suspiro mientras entrelazaba las manos detrás de la cabeza—. Aún necesito algunos votos para que la medida sea aceptada.

—¿Realmente cree que es beneficioso?

—Como si tuviera otra opción… —Apreté los dientes.

—Siempre es la lucha del más fuerte, después de todo.

—Sí, siempre...

—¿Necesita algo?

—Quiero un café, mi cabeza está a punto de estallar.

—Lo traeré.

Asentí y salió de la sala.

Si quería evitar otro escándalo, debía ser cauteloso y no dejar en claro que estaba tratando de favorecer a los Lansky. Aunque todas las pruebas contra ellos desaparecían más rápido de lo que se generaban, todos sabían muy bien el peligro que representaba esa familia y la fuente principal de sus negocios.

No eran políticos cualquiera y me eliminarían si no hacía lo que esperaban de mí.



Nilzi

LANGNER

Capítulo cuarenta

Meses después...

No fue fácil contarle a mis padres sobre el embarazo, ni aceptar que dentro de algunos meses habría un ser pequeño dependiendo exclusivamente de mí para todo.

Seguía estando desesperada, eso era innegable, pero la idea se iba volviendo más fácil a medida que me iba acostumbrando a ella.

Incluso mi papá ya no me miraba como si estuviera a punto de prender fuego por mis venas.

Mi tía Vanessa estaba haciendo todo lo posible para ayudarme, aunque aún pensaba que era una locura que tuviera a ese bebé sola.

De hecho, era una locura. Cuando me di cuenta, volví a ponerme aterrada. Lloré durante días y noches, hasta que mis lágrimas se secaron...

—¿Nilzi? —Escuché a alguien llamándome desde atrás y salí de mis pensamientos.

Giré en la silla y me levanté del camerino, acercándome al productor que me esperaba en la puerta.

—¿Estás lista?

—Sí.

Con los trabajos que la agencia de Mackenzie y mi tía Vanessa habían conseguido para mí, estaba ayudando un poco en casa, pagando la asistencia médica para que me acompañaran durante el embarazo, además de las vitaminas, exámenes y medicamentos. Afortunadamente, aún lograba ahorrar un poco para tener una reserva cuando naciera el bebé.

Los trabajos eran más sencillos, nada demasiado glamoroso, involucrando marcas y personas famosas como hacía mi tía. Sin embargo, toda modelo necesita empezar desde algún

lugar, y el hecho de que mi barriga hubiera crecido y aún pudiera conseguir trabajo era algo bueno.

Seguí al productor por un largo pasillo hasta el estudio y sonreí a la fotógrafa que iba a tomar las imágenes, junto con una cámara que estaba pegada a ella.

El producto era una crema para la piel, que prometía un embarazo sin estrías ni manchas en la piel. Aún no la había probado para saber si era realmente buena. Sin embargo, no era por mi opinión por la que me estaban pagando.

Me quité la bata, quedando con un short blanco y un top que cubría mis senos doloridos de manera cómoda. Mi barriga estaba al aire y, con seis meses de embarazo, colgaba hacia adelante, lo que me causaba dolor en la espalda.

—Vamos a comenzar con las fotos —dijo el productor—. Después haremos la grabación del video para el comercial de televisión.

—Está bien.

—¡Eso! Mantén esa sonrisa.

—Gracias.

Me posicioné frente al fotógrafo, que comenzó a tomar fotos mías. Me indicaba dónde debía colocar las manos y cómo sujetar el frasco de crema.

Los trabajos generalmente eran tranquilos y los profesionales hacían todo lo posible para que me sintiera cómoda.

Con cada nuevo trabajo, todo parecía volverse más fácil, me iba acostumbrando un poco más a la dinámica del estudio.

—Pásate un poco de crema en la barriga.

—¿Así? —Abrí el tubo y lo apreté en mis manos, aplicando el líquido alrededor de toda mi barriga. La sensación reconfortante era agradable.

—Así está bien. —Me examinó al mirar la lente de la cámara—. Solo gira un poco más de lado... unos centímetros... Eso está perfecto.

Seguí las indicaciones hasta que él tomó todas las fotos que consideró necesarias.

—Muy bien, Nilzi.

—Gracias.

—¡Lo hiciste increíble!

—Un pequeño descanso para la modelo. —Una asistente vino cargando una bandeja con un vaso de jugo y algunos mini sándwiches.

—¡Eres lo máximo! —le agradecí, porque tenía mucha hambre.

—No es nada. —Se encogió de hombros.

Después del snack, nos dirigimos a las grabaciones. Eran solo treinta segundos de propaganda, pero tomaron tres horas de grabación, poses, ángulos variados, yo sosteniendo y aplicando la crema. Afortunadamente, habría una narración en off y no tendría que decir nada.

Algunas personas se sentían curiosas, querían saber quién era el padre de mi bebé, aunque nunca me vieran acompañada de ningún hombre que no fuera mi padre. Algunos preferían pensar lo que querían sin dirigirse directamente a mí. Sin embargo, dudaba que alguna de las teorías realmente señalara al gobernador del Estado como el padre de mi hijo.

Sí, un varón...

Fue algo que descubrí en una ecografía hace algunos meses. Lo que más deseaba era ver su rostro, aunque aún faltaran varios meses.

Mi amiga Layla y mi tía Vanessa eran las únicas que sabían la identidad del padre de mi bebé. Layla me había prometido que llevaría el secreto a la tumba y mi tía sabía que el escándalo solo empeoraría la situación.

Ya había tenido tiempo suficiente para aceptar que el gobernador no haría nada por mí ni por el bebé. Ya manejaba mejor el hecho de ser madre soltera y evitaba pensar demasiado en él.

—¿Quieres un poco de agua? —me preguntó la asistente, cuando hicimos una pequeña pausa.

—Por favor.

—Te la traigo.

—Gracias.

Me quedé allí hasta que anocheció y volví a casa en un auto de aplicación.



Nolan BAKER

Capítulo cuarenta y uno

Estaba en el asiento trasero del auto, leyendo el discurso que iba a dar al final del día, el cual sería transmitido en todo el Estado, cuando el vehículo se detuvo en un semáforo.

Mis ojos estaban pesados y dejé caer la cabeza hacia un lado, mirando por la ventana, fijándome en los vehículos que se habían detenido a mi lado.

Había un taxi, de esos amarillos y tan característicos de New York. En la parte superior, tenía una placa, una pequeña cartelera, nada diferente a las que había visto en miles de autos como ese a lo largo de mi vida.

Pero no era una publicidad cualquiera, parecía promocionar un cosmético, aunque lo que me llamó la atención fue la modelo. Era Nilzi. Estaba con una barriga grande, haciendo del embarazo algo innegable.

Sentí un golpe de shock y luego todo a mi alrededor pareció tambalear.

Después de que ella me habló sobre su embarazo, si realmente era cierto, no pensé que lo llevaría adelante. Considerando el tiempo que había pasado desde su llamada y el tamaño de su barriga, era improbable que la chica hubiera conseguido un novio y se hubiera embarazado de él.

Ese bebé era mío...

—¡Maldita sea!

—¿Dijo algo, gobernador? —preguntó el conductor.

—Llévame a otra dirección.

—¿Pero no íbamos a la mansión del gobernador?

—Da la vuelta.

—Sí, señor. —Estaba algo confundido, pero obedeció mi orden.



Nilzi

LANGNER

Capítulo cuarenta y dos

Estaba en casa, con las piernas elevadas sobre una montaña de almohadas y el vientre apuntando hacia el techo mientras sentía a mi bebé moverse suavemente, como si fueran pequeñas mariposas cerca de mi pelvis.

Mis padres se habían ido a trabajar y mi hermana estaba en la escuela. Generalmente, pasaba los días sola, a menos que tuviera alguna sesión de fotos, pero no era algo que viera como un problema.

Ya me había acostumbrado y con mi bebé dentro de mí, sabía que nunca más estaría realmente sola.

Después de que pasó el miedo del embarazo y cuando ya ignoraba todo el malestar, podía ver los beneficios y sentirme feliz. No había planeado nada de esto, pero al final, estaba manejando la situación mejor de lo que había imaginado.

Mi celular empezó a sonar y lo tomé, pensando que tal vez era alguien de la agencia o incluso mi tía. Afortunadamente, la demanda de trabajos para una mujer embarazada estaba siendo generosa, y no había muchas modelos en esa categoría. La mayoría no cometía el mismo error que yo.

Pero cuando vi el número, contuve la respiración.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que recibí una llamada de él que casi había pensado que ya habría desechado mi número, y al final, me parecía mejor así.

Colgué la llamada y dejé el celular a un lado. No quería hablar con él. Pensaba que era lo mejor. Sin embargo, insistió, llamando una, dos, tres veces... pero yo colgué todas. Hasta que recibí un mensaje.

Nolan:

¿Por qué no atiendes?

Nilzi:

¿Por qué crees que atendería?

Nolan:

Necesito hablar contigo.

Nilzi:

No lo has hecho en los últimos cinco meses, ¿por qué lo harías ahora?

¡Déjame en paz!

Nolan:

Estás embarazada.

Nilzi:

No actúes como si no te lo hubiera dicho.

Nolan:

Pensé que no ibas a llevar esto adelante.

Nilzi:

Querías que lo resolviera y lo estoy haciendo.

Nolan:

Parece que sigues haciendo muchas fotos.

Nilzi:

Es mi trabajo, no es asunto tuyo.

Nolan:

¿Estás en casa? Baja y sube a mi coche. Estoy aquí esperando.

Nilzi:

¿Por qué crees que querría verte?

Nolan:

Tal vez deberíamos hablar.

Nilzi:

No tengo nada más que decirte.

Nolan:

No seas infantil.

Nilzi:

No soy yo quien está siendo infantil después de que me dijiste que abortara.

Nolan:

No fue exactamente lo que dije.

Nilzi:

Pero fue lo que dejaste entender.

Nolan:

Si no bajas, subiré yo.

Nilzi:

Puedes subir. Nunca te di mi dirección. Además, es el gobernador quien tiene que alejarse del escándalo.

No respondió, pero intentó llamarme de nuevo y lo ignoré. Colgué la llamada antes de que el teléfono comenzara a sonar.

No quería escuchar nada más de lo que tuviera que decir después de todos esos meses. Además, sentía que no sería nada bueno.



Nolan BAKER

Capítulo cuarenta y tres

—¡Mierda!

—¿Qué pasa, señor? —Mi chofer se sorprendió con el grito que solté desde el asiento trasero del vehículo oficial.

—Llévame a la mansión.

—Pero...

—¡Llévame!

—Está bien. —A pesar de su confusión, arrancó el coche y regresó por el mismo camino de antes.

Tan pronto como estacionó, salí del vehículo sin esperar que el chofer abriera la puerta por mí. Estaba resoplando, molesto, fuera de mí. Era una mezcla de emociones y pensamientos que me dejaban desequilibrado.

Cuando ella me habló de su embarazo, pensé que solo podía ser una sospecha, ni siquiera consideré la posibilidad de que esa chica estuviera esperando un hijo mío. Sin embargo, al ver su barriga, esa idea se volvió innegable.

Seguía pensándola como una tonta por no haber usado anticonceptivos, o aún más idiota si pensaba que iba a darme el golpe con el embarazo. La verdad era que el bebé venía en camino y si se enteraban de eso, podía arruinarme.

No era algo sencillo que pudiera barrer debajo de la alfombra. Tendría que hacer algo con la situación.

—¿Está bien, señor? —Mi chofer vino detrás de mí para ver si estaba bien.

—Sí —respondí con tono brusco, mientras me dirigía a mi oficina.

—Gobernador... —Robert cruzó mi camino.

—Ahora no. —Extendí la mano para interrumpirlo.

—Pero...

Golpeé la puerta en la cara de mi asistente, cerrándola detrás de mí, y caminé hasta la silla de cuero, hundiéndome en ella.

Tomé mi celular y busqué el nombre de Nilzi en un sitio de búsqueda. Aparecieron varias fotos. Había hecho un sinfín de trabajos como modelo desde que dejamos de vernos. Era un hecho que prefería esa profesión antes que estar conmigo, lo cual me molestaba aún más.

Podría haberle dado todo lo que quisiera, pero prefería contradecirme.

Eso por sí solo ya era suficiente para sacarme de quicio. Sin embargo, el hecho de que estuviera embarazada lo hacía todo aún peor. Tenía ambiciones de convertirme en presidente algún día y sabía que en esas disputas, los rivales sacaban a la luz todos los trapos sucios del pasado para lanzarlos al ventilador.

Saber que tenía un hijo bastardo con una mujer de dieciocho años sería un platillo perfecto para un buen escándalo.

Ella tenía la edad para consentir, para decidir involucrarse conmigo, pero no sería así como me juzgarían.

—¡Mierda! —gruñí al golpear la mesa con la mano.

Tenía que hacer algo con esa situación. Hacerla un poco más aceptable si no quería esperar a que el mundo se desplomara sobre mi cabeza.

Niña terca...

—Señor... —Robert tocó la puerta.

—Pasa.

Con cautela, abrió la puerta y entró, esperando no recibir un rugido de mi parte.

—¿Un día malo? —Se arriesgó a preguntar.

—Ni te imaginas —murmuré, inclinando la cabeza hacia adelante y masajeando las

sienes, que me pulsaban.

—El presidente del partido quiere reunirse con usted, solo quisiera confirmar si puedo agendar para mañana por la mañana.

—Si mi agenda está libre…

—Lo está.

—Está bien. Robert... —Respiré profundo antes de que se diera la vuelta para salir de la habitación.

—Sí, señor.

—¿Qué crees que pasaría si, hipotéticamente, una mujer estuviera embarazada de mí?

—Si la noticia se filtrara, se esparciría rápidamente. Querrían saber quién es esa mujer, los motivos del vínculo, y todos los medios de comunicación del país e incluso del mundo pelearían por hacerle una entrevista.

—En resumen, un escándalo.

—Sí, señor. —Asintió, con un corto movimiento de cabeza—. Hipotéticamente, la mejor solución sería casarse antes de que se haga público el embarazo.

—¿Y si la barriga ya se nota?

—Bueno...

—¿No se puede evitar el escándalo?

Sacudió la cabeza, diciendo que no.

—Eso sumado al hecho de que tiene dieciocho años.

—¿Dieciocho? —Robert abrió los ojos.

Asentí con la cabeza.

—¿No es hipotético?

—No... —confesé.

Robert era mi mano derecha en la política y necesitaba su ayuda para encontrar una solución.

—Tiene dos años más que su hija.

—No te pago para que me juzgues —gruñí.

—¿Cuántos meses de embarazo?

—Unos cinco meses.

—Creo que debería casarse con ella.

—¿Casarme? —Dejé escapar un grito, indignado.

—Sí.

—Estás exagerando...

—No necesito explicarle lo importante que es la familia para los votantes. Saber que abandonó a una mujer embarazada y no asumió al niño puede arruinar su imagen de la peor forma posible.

—Es...

—Si se casa con ella, pensaremos en una forma de anunciar el embarazo.

Casarme otra vez no era algo que quería, pero en el fondo, sabía que Robert tenía razón.



Nilzi

LANGNER

Capítulo cuarenta y cuatro

Giré en la cama, moviendo mi cuerpo de un lado a otro. Mi barriga ya había crecido lo suficiente como para hacerme sentir incómoda.

Escuchaba a otras mujeres decir que la situación empeoraría, pero el saber que mi bebé estaba ahí me mantenía emocionada.

Me giré de espaldas, colocando mis manos sobre la curva cuando sentí una patadita bajo mi piel.

—Hola, hijo...

Estaba ansiosa por ver su carita, aunque la ecografía me mostraba algo, sería diferente sostenerlo en brazos y mirarlo directamente.

Mi celular comenzó a sonar nuevamente y lo tomé, bufando al ver que era el gobernador otra vez.

Después de haberme abandonado por completo, él estaba muy decidido a hablar conmigo, pero la verdad es que no quería.

Estaba tan molesta, herida y llena de rabia por todo lo que me había hecho, y sobre todo por la forma en que me trató cuando descubrió que estaba embarazada. Esperaba al menos un poco de apoyo y consuelo, pero me dejó completamente sola.

No podría decir que estaba completamente abandonada, porque mi familia me ofreció apoyo. Aunque a mis padres no les gustó ni un poco lo que había pasado, ellos estaban a mi lado, no me dejaron sola, me acompañaban a las consultas y hacían todo lo posible por hacerme sentir cómoda.

Mi papá aún quería saber quién era el idiota que era el padre del bebé, probablemente pensaba que era un compañero de escuela cualquiera, alguien que había entrado a la universidad y se mudó al otro lado del país sin importarle ni a mí ni al niño.

Afortunadamente, ya se habían acostumbrado a la idea de que sería madre soltera.

Mi tía Vanessa me estaba ayudando, consiguiendo varios trabajos para que pudiera ganar dinero, lo cual me hacía muy feliz. Aunque fueran pequeñas apariciones o fotos para comerciales o bancos de imágenes. Solo el hecho de que el embarazo no estuviera interfiriendo con el comienzo de mi carrera, ya era increíble.

El gobernador llamó nuevamente.

No estaba dispuesta a contestar, no quería hablar con ese hombre que me había lastimado tanto.

Había sido muy ingenua al involucrarme con él, sin embargo, el embarazo y toda la situación habían contribuido a que me endureciera y no estaba dispuesta a tratar con él de la misma manera que antes.

El celular empezó a vibrar y lo tomé para leer el mensaje. Sabía que no debía seguir hablando con él, pero la curiosidad fue más fuerte que yo.

Nolan:

Tienes que contestarme.

Nilzi:

No tengo.

Nolan:

Necesitamos resolver esta situación.

Nilzi:

Ya está todo muy claro para mí desde hace meses.

Nolan:

No es tan simple.

Nilzi:

Para ti lo fue.

Nolan:

¡Basta de esto, Nilzi!

Nilzi:

Puedes mandar en el Estado, señor gobernador, pero no en mí.

Nolan:

Tenemos que hablar.

Nilzi:

No quiero.

Nolan:

Voy a ir personalmente.

Nilzi:

No tienes mi dirección.

Nolan:

Soy el gobernador.

Nilzi:

Claro...

Nolan:

No tenemos que llegar a esto.

Nilzi:

Solo déjame en paz como lo hiciste en los últimos meses.

Nolan:

Fue un error de mi parte.

Nilzi:

¡¿Error?!

Nolan:

Hablemos y resolvamos esta situación.

Nilzi:

¿No entiendes la parte de "no quiero hablar contigo"?

Nolan:

La situación no puede seguir así.

Nilzi:

Así estuvo en los últimos meses y parecía que no te importaba hasta que te diste cuenta de que no aborté como querías. Si piensas que me vas a convencer de hacer eso, olvídalo. Mi hijo y yo estaremos muy bien sin ti.

Nolan:

No es eso.

Nilzi:

¡Basta! Solo déjame en paz.

El gobernador envió varios otros mensajes, pero no leí ninguno. Estaba herida y ya había dejado que ese tema se alargara demasiado. Solo quería la paz que él me había dado en los últimos meses.

Ya había lidiado con el abandono, superado el miedo de tener un bebé sola, tan joven, y hecho planes sobre cómo sería cuando él naciera. Ya estaba incluso mirando un departamento para vivir con mi bebé, porque sabía que el de mis padres era pequeño para una persona más. No había espacio para una cuna en la habitación que compartía con mi hermana, ni para un cambiador, bañera ni otras cosas que necesitaríamos.

Que el maldito gobernador se mantuviera bien lejos de mí.

—¡Nil! —Mi madre golpeó la puerta del cuarto antes de entrar.

—¡Hola!

—La cena está lista.

—Gracias.

Me giré en la cama, poniendo primero las piernas en el suelo antes de levantarme. Mi barriga ya me impedía doblar el cuerpo y hacer algunos movimientos que antes eran triviales, como encorvarme.

Mi madre parecía mejor en los últimos meses, como si el susto de una posible enfermedad hubiera pasado. Los exámenes no mostraban nada, y los médicos pensaban que podría ser estrés del trabajo. Estábamos contentas de que estuviera bien.

Cuando llegué a la sala, mi padre estaba moviendo una silla hacia la mesa del comedor y mi hermana aún no se había levantado del sofá donde veía televisión.

—¿Todo bien, hija? —preguntó mi padre, mientras yo asentía con una sonrisa a medias.

En realidad, estaba bastante molesta con las llamadas y mensajes de Nolan, pero no era algo que quería compartir con mi padre.

—Tengo algunas opciones de departamento que voy a visitar mañana.

—Sabes que no necesitas irte de casa —dijo mi madre, colocando la fuente con lasaña frente a nosotros.

—Aquí no cabe un bebé, mamá.

—Nos arreglaremos...

—Nil tiene razón —comentó mi hermana—. No cabe el bebé.

—¡Megan! —mi madre la regañó.

—Estoy diciendo la verdad —respondió, encogiéndose de hombros.

—Está bien, mamá.

—El alquiler de un departamento es muy caro, sobre todo en Manhattan.

—Tal vez me mude a Queens.

—¡Está lejos!

—Pero con precios más bajos —argumenté.

—Aún tenemos algunos meses para decidir eso —concluyó mi padre.

—Sí —asentí.

Aunque parecía que el tiempo pasaba rápido, también sentía como si fuera una eternidad. Porque, a pesar de todos los miedos, estaba muy ansiosa por sostener a mi hijo en brazos.

Mi madre sirvió un trozo de lasaña y me lo entregó.

—Gracias —dije, tomando los cubiertos e inclinándome para cortar un pedazo.

Estaba llevando la comida a mi boca cuando escuchamos el sonido del interfono. Todos nos quedamos mirando unos a otros, sorprendidos.

—¿Están esperando a alguien? —preguntó mi padre.

Las tres negamos con la cabeza.

—Qué raro —dijo, empujando la silla hacia atrás y levantándose para ir a la puerta a ver quién era.

Seguí comiendo, tenía mucha hambre, hasta que oí hablar de nuevo a mi padre.

—¿El gobernador?

¡Mierda!

—¿Puedo entrar, señor Langner?

—Disculpe, ¿pero qué hace aquí? —Mi padre estaba completamente confundido. Solo había visto a Nolan en la televisión y seguramente había votado por él, pero no había motivo para que el gobernador viniera a nuestra casa. Al menos no que nuestra familia supiera.

No imaginaba que el desgraciado fuera tan insistente como para hacer eso.

—¿Puedo hablar con su hija?

—¿Qué quiere con mi hija? —Mi padre estaba aún más confundido, pero no recibió respuesta porque me levanté alterada.

—¡No tengo nada que hablar contigo!

—¡Nilzi!

—¡Lárgate, Nolan!

—Espera, ¿ustedes se conocen? —Mi madre estaba boquiabierta y seguramente para mi familia no tenía ningún sentido.

—Así no vamos a resolver la situación.

—Para mí ya está resuelta.

—¿Resuelta qué? —Mi padre quería entender.

—¡Lárgate! —insistí, apretando los dientes.

—No, sin antes hablar.

—¿Hablar de qué? —Mi padre quiso saber.

Me puse tensa porque Nolan parecía a punto de soltar todo. No había contado sobre la paternidad de mi hijo y no pensaba que esa fuera la mejor forma de que mis padres se enteraran.

Fui hacia él, lo tomé del brazo y lo arrastré hacia el pasillo, cerrando la puerta tras de mí, separándonos de mi familia.

—¿Te volviste loco? —Cerré los dientes con unas ganas enormes de estrangularlo con mis propias manos.

—Intenté hablar contigo de otras maneras.

—Pensé que eras lo suficientemente inteligente como para entender cuando te digo que no quiero hablar contigo.

—No es así como vamos a resolver las cosas. —Bajó la mirada, observando el tamaño de mi barriga que estiraba la tela de mi camiseta.

—No quiero resolver nada contigo.

—Deja de ser una niña mimada...



Nolan BAKER

Capítulo cuarenta y cinco

Paré en medio de la frase cuando ella levantó la mano y sus dedos estallaron contra mi mejilla. La bofetada me tomó por sorpresa mientras me quedaba mirando su expresión llena de rabia.

—¡Eres un cretino!

—¿Crees que esta es una situación fácil para mí? —susurré, mientras masajeaba la mejilla que había recibido el golpe.

—¿Y para mí? ¿Piensas que esto va a ser fácil, que ya lo está siendo? Estoy engordando. No importa cuánto crema me ponga, no he logrado deshacerme de las estrías. No duermo bien. Me duelen la espalda, las piernas. Y eso aún es lo fácil, porque en unos meses va a nacer y tendré que cuidar una vida, un ser que va a depender de mí para todo. Ni siquiera sé si voy a poder cargarlo.

—Él... —De todo lo que dijo, fue eso lo que más resonó en mi cabeza y me dejó impactado.

—Sí, es un niño.

Un niño…

Amaba a Mía a mi manera, pero no podía negar que había una expectativa de tener un hijo varón.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Un par de meses.

Me quedé en silencio, procesando la información, todavía impactado.

—Lárgate, Nolan.

—¡No! Es mi hijo.

—Ni siquiera querías que continuara con el embarazo.

—Fue un error.

—¡¿Error?! —Apretó los dientes, aún más furiosa—. ¿Cómo tienes el valor de hablarme así?

—Ya me arrepentí. Lamento la forma en que te hablé antes.

—¿Crees que es tan fácil así? ¿Decir que lo sientes y que yo voy a perdonar todo lo que me hiciste?

—Es un comienzo.

—Eres tan arrogante. —Mantuvo la expresión cerrada.

—¿Crees que vas a poder cuidar a ese niño sola?

—Como si te importara eso hasta ayer.

—No creí...

—¿Que yo tuviera el valor de tener al bebé sola?

—Sí.

—¡Pues sí! Lo tengo. No te necesito.

—No es tan simple.

—Parecía muy simple cuando me dijiste todas esas atrocidades cuando te conté que estaba embarazada.

—Podemos superar esto. —Metí la mano en el bolsillo, buscando una caja de terciopelo, y la extendí hacia ella. Estaba dispuesto a pedirle matrimonio allí mismo, pero ella golpeó mi mano, tirando la caja al suelo.

—¿Crees que me vas a convencer con regalos? Solo déjanos en paz.

Giró sobre sus talones, regresando al interior del apartamento, y cerró la puerta en mi cara sin pensarlo dos veces.

Me quedé allí, parado, mirando el suelo, como si la caja con el anillo me estuviera mirando de vuelta.

Esperaba que Nilzi se emocionara con mi propuesta de matrimonio, pero ni siquiera me dejó hablar. Estaba tan molesta por lo que le había dicho antes que ni siquiera me dejaba acercarme.

Recogí el anillo del suelo, lo metí de nuevo en el bolsillo y miré la puerta. Pensé en golpear de nuevo, tratar de convencerla de que su actitud era ridícula, pero parecía que solo empeoraría las cosas.

Estaba acostumbrado a tener todo bajo control y hacer las cosas a mi manera. Sin embargo, Nilzi me dejó completamente perdido, como si cualquier cosa que dijera solo empeorara lo delicado de la situación.

—Qué mierda... —murmuré, para mí mismo.

No podía quedarme allí, o llamaría la atención de los vecinos, pero al mismo tiempo, necesitaba pensar qué hacer.

Dí media vuelta y caminé hacia el elevador. Tendría que pensar en algo.



Nilzi

LANGNER

Capítulo cuarenta y seis

En cuanto cerré la puerta, irritada, me encontré con mi familia de pie. Todos me miraban, intentando entender qué había sucedido, y me di cuenta de que no sería nada fácil convencerlos de que no había nada entre el gobernador y yo.

—¿Desde cuándo conoces al gobernador? —La primera pregunta vino de mi hermana.

—Desde hace algunos meses...

—¿Qué quería él aquí? —mi padre continuó el interrogatorio.

—¿Por qué ese hombre te conoce? —La pregunta vino de mi madre y, de repente, me vi inundada por un montón de preguntas.

—¿Qué está pasando, Nilzi?

—Parecían cercanos —comentó mi hermana.

—¡Nilzi!

—¡Esperen! —Levanté las manos en señal de alto.

Retrocedieron un poco, pero sabía que no me libraría de la situación tan fácilmente.

—¿Por qué vino el gobernador hasta aquí, Nilzi? —insistió mi padre, y me di cuenta de que no había otra salida más que la verdad.

—Porque él es el padre de mi hijo —murmuré.

—¡Oh, Dios mío! —Mi madre se tambaleó hacia atrás y mi padre la sostuvo antes de que cayera al suelo.

—Estás bromeando. —Mi hermana se quedó boquiabierta.

Negué con la cabeza.

—¡Eso es una locura! —Mi padre explotó—. Ese hombre es un viejo y tú eres solo una niña.

—Ya no soy una niña.

—Él tiene mi edad.

—Unos diez años menos.

—¡Eso es más del doble de tu edad, Nilzi! ¡Ese hombre debería estar en prisión!

—No exageres, papá.

—¿Exagerar? ¿Te das cuenta de la locura que me estás diciendo, hija? Ese hombre...

—Papá, ya no soy más una niña.

—¿Y qué vino a hacer aquí después de todo este tiempo? ¿No le contaste sobre el embarazo?

—Sí. —Tragué saliva, frotándome las manos sudorosas.

—¿Y qué hizo?

—Quería que yo lo resolviera.

—¿Resolverlo? —Mi hermana no entendía, y mi padre apretó los dientes aún más, comprendiendo todo.

—¡Voy a matar a ese hombre!

—No es así como se resuelven las cosas, Frederick.

—¡Debería! Llamemos a la policía.

—¡Papá!

—¿Qué vino a hacer aquí? —Mi madre cruzó los brazos.

—Vino a resolver la situación.

—¿Cómo?

—Ni siquiera quise escucharlo —admití.

—Una locura, mi niñita... —balbuceaba mi padre, como si solo pudiera ver la diferencia

de edad entre el gobernador y yo, nada más.

—¡Papá!

—Él tiene que enfrentar las consecuencias de lo que hizo —dijo mi madre—. Si hablamos con un periódico...

—¡No! —la interrumpí—. ¡Por el amor de Dios! Mi vida será un infierno si se enteran de que el gobernador es el padre de mi bebé.

—¿Y qué piensas hacer?

—Dejarlo como está.

—Pero, hija...

—Él tiene que hacerse responsable —insistió mi padre.

—Ya todo está resuelto.

—Una pensión puede...

—¡Mamá!

—Solo estoy diciendo que no tienes que enfrentar esto sola. No es una situación fácil y vas a necesitar recursos para cuidar al niño, sobre todo si piensas mudarte a otro lugar con espacio para él.

—Ya estoy ahorrando dinero.

—Trabajando como modelo. —Mi padre resopló. No tomaba en serio mi trabajo, ni creía en su potencial, aunque yo le asegurara a mi tía que me daba un estándar de vida mucho mejor que el nuestro.

—Sí.

—Son trabajos temporales.

—Voy a conseguir un buen contrato, pero es cuestión de tiempo —les aseguré, no solo a ellos, sino también a mí misma.

—¿Cuándo?

—Tienen que confiar en mí...

—Solo estamos muy preocupados por ti. —Mi madre intentó suavizar la situación al darse cuenta de que ya estaba bastante nerviosa.

—Todo estará bien antes de que sepan quién es el padre de mi bebé. ¿Por qué no puede quedar todo como está?

—No es un chico de la secundaria...

—Sigue creyendo que lo es —interrumpí.

—Hija...

—Por favor, papá...

—Es el gobernador... —Balanceaba la cabeza de un lado a otro, mostrando lo desconcertado que estaba, y supe que no sería fácil que dejara de lado esos pensamientos perturbadores.

—Vamos a cenar. —Mi madre cambió de tema por completo—. La comida ya se está enfriando.

Asentí con la cabeza y me aparté de ellos para volver a la mesa del comedor.

Quería evitar ese tema, pero parecía que evitar la verdad era prácticamente imposible, por más que lo hubiera intentado durante meses.



Nolan BAKER

Capítulo cuarenta y siete

—¿Qué está pasando, papá? —preguntó Mía cuando me dejé caer en una de las sillas del salón, como si el peso del universo entero estuviera sobre mis hombros.

—Nada. —Bufé, echando la cabeza hacia atrás.

—No es lo que parece. ¿Problemas políticos?

—Sí y no...

—¿Qué?

—No necesariamente.

—No entendí nada, papá. —Caminó hasta el sofá a mi lado y se acomodó allí, mirándome, esperando alguna explicación.

—Todo siempre impacta en la política.

—¡Ah, sí! —Se inclinó hacia adelante, apoyando las manos sobre sus rodillas—. Debería recordarlo.

—Sí.

—¿Pero qué pasó? —Estaba curiosa.

Debería haberla detenido, decirle que eso no era cosa de niños, como siempre hacía, pero la situación también afectaría su vida.

—Vas a tener un hermano.

—¿¡Qué!? —Mía se desplomó hacia atrás en el sofá—. Ni sabía que tenías novia. ¿Quién es ella?

—Es más complicado que eso.

—Pero, papá, ¿quién es ella?

—Tal vez la conozcas.

—¿Qué quiere decir? ¿Es alguna asesora, empleada...?

—Estudió en tu escuela.

Mía abrió los ojos aún más al escuchar mi respuesta.

—¿Cómo?

—Se graduó el verano pasado.

—¿Eso quiere decir que...? —Necesitó unos segundos para procesarlo, como si no fuera tan fácil ver lo obvio—. Papá, ¿me estás diciendo que ella tiene como máximo unos veinte años?

—Sí.

—¿Estás bromeando, no?

Solo negué con la cabeza.

—Mamá se debe estar revolcando en su tumba. —Se levantó molesta y salió del salón dando un portazo.

No imaginaba que esa conversación fuera a ser fácil, pero Mía no quiso decir nada más.

Sí, la diferencia de edad entre Nilzi y yo era grande, y sabía perfectamente que podría haber problemas si la gente descubría nuestra relación, pero el embarazo de ella hacía que todo fuera aún más delicado.

Se suponía que solo iba a ser sexo. Una chica a la que consentía con todo lo que quería, siempre y cuando dejara las piernas abiertas para mí, pero no podía prever cuánto se saldría de control la situación.

Nilzi estaba embarazada.

Un niño...

Mi niño...

Quizá debería haber actuado de manera diferente cuando ella me contó que estaba embarazada, pero ya era tarde y no podía echarme atrás.

Aún tenía que encontrar una solución antes de que otras personas lo supieran y tuvieran una reacción aún peor que la de mi hija.



Nilzi

LANGNER

Capítulo cuarenta y ocho

Mi padre seguía sin poder creerlo, mi madre intentaba procesar lo que había pasado y mi hermana aún estaba atrapada entre lo raro y lo increíble.

Sí, Nolan era un hombre mucho mayor que yo y gobernador del Estado, pero de todo lo que había sucedido, seguramente eso no era lo que más me preocupaba. Estaba muy molesta con sus actitudes y no podía simplemente olvidar todo porque él hubiera cambiado de opinión.

El teléfono volvió a vibrar con un mensaje suyo, asumiendo que no respondería si intentaba llamarme de nuevo.

Nolan:

No podemos dejar este asunto así.

Nilzi:

¿Ahora te preocupas por lo que piensan los votantes?

Nolan:

No es eso.

Nilzi:

Me estás tomando por más tonta de lo que soy. Creo que ya me engañaste suficiente, gobernador.

Nolan:

Bueno, no es solo eso.

Nilzi:

Ah, claro que no.

Nolan:

¡Es mi hijo!

Nilzi:

Como si te importara.

Nolan:

Claro que me importa.

Nilzi:

Solo te importa tú mismo, gobernador.

Muy bien podrías engañar a otra chica de mi edad y usarla para satisfacerte.

Nolan:

No estás entendiendo.

Nilzi:

Creo que el que no entiende eres tú.

Nolan:

Es mucho más fácil si cuidamos a este niño juntos.

Nilzi:

¿Y cambiaste de opinión mágicamente?

Nolan:

Ya te dije que me di cuenta de que cometí un error.

Nilzi:

No tienes idea de lo difícil que fue para mí.

Nolan:

Solo quiero que me dejes compensarte.

Nilzi:

¿Crees que con solo chasquear los dedos todo se resolverá?

Nolan:

No, pero si no me dejas intentar...

Nilzi:

¿Por qué lo haría?

Nolan:

Porque soy el padre y no puedes alejarme de mi hijo.

Nilzi:

¿No puedo?

Nolan:

Él tiene mi sangre, tengo derechos.

Nilzi:

¡Ah, claro! ¿Ahora te acuerdas de eso? Porque si dependiera de ti, ni siquiera estaría embarazada.

Nolan:

No es así.

Nilzi:

Sabes que sí.

Nolan:

¿Qué quieres? Solo dime.

Nilzi:

Ya te lo dije, déjanos en paz.

Nolan:

Quiero a mi hijo.

Nilzi:

Sé sincero y admite que solo te importa tu maldita carrera.

Me quedé sosteniendo el celular en mi mano, mirándolo por un buen rato. Él no pudo responderme inmediatamente. Estuvo tecleando por un tiempo que me pareció interminable, como si estuviera midiendo cada palabra, pensando cuidadosamente en lo que decir para darle la vuelta a la situación a su favor.

Nolan:

En parte tienes razón. Cuando lo descubran, va a ser un escándalo enorme. Primero por la diferencia de edad, luego por el embarazo. De cualquier forma, lo van a descubrir y van a hacer un escándalo de esto. Es más fácil si controlamos cuándo y cómo se enterarán.

Pero cuando me dijiste que era un niño… algo dentro de mí se revolvió.

Nilzi:

¿Si fuera una niña no te importaría saber?

Nolan:

No es eso. Tengo una hija, amo a Mía.

Nilzi:

No tienes un niño.

Nolan:

Esto me afecta de una manera que es difícil de explicar.

Nilzi:

¿Crees que eso es suficiente para convencerme?

Nolan:

Solo espero que lo entiendas.

Nilzi:

¿Cómo lo entendiste tú?

Nolan:

Lo siento mucho.

Nilzi:

Es demasiado tarde.

Nolan:

Solo si tú quieres que sea.

Nilzi:

Pensé que eso ya había quedado claro.

Déjanos en paz, gobernador.

Envié ese último mensaje y no respondí los siguientes. Nolan era un político, bueno con las palabras y con convencer a los demás, pero no se trataba de un gobernador y una electora; no me iba a dejar convencer tan fácilmente.

Estaba segura de que su única preocupación era su imagen ante la sociedad. No le importaba ni a mí ni al bebé. Si no hubiera descubierto que seguí adelante con el embarazo, nunca más se habría cruzado en mi camino.

Pero él podía estar tranquilo, porque no tenía ninguna intención de dejar que otras personas supieran quién era el padre de mi bebé.

—¿No vas a reclamar lo que te corresponde?

Me giré en la cama un poco incómoda y miré a mi hermana.

—¿Reclamar? —Fruncí el ceño, tratando de entender a qué se refería.

—Él es rico.

—¿Y qué?

—Que debe darte dinero para que cuides al bebé.

—No es eso lo que me preocupa.

—Pero debería.

—¿En serio, Megan? —Revolví los ojos, molesta.

—Apuesto a que papá y mamá están de acuerdo conmigo. Él lo hizo, tiene que asumir la responsabilidad.

—Es mucho más complicado que eso.

—Parece que estás haciendo un drama.

Mi hermana no comprendía la situación de la misma manera porque no sabía lo que había pasado entre nosotros, mucho menos cómo me había tratado cuando le conté sobre el embarazo. Sin embargo, no era algo que quisiera contarle.

—Estoy bien y mi hijo también.

—Está bien. —Se encogió de hombros.

Me volví a girar en la cama y seguí mirando la pared.

No iba a fingir que nada había pasado y dejar que Nolan se impusiera en mi vida.



Nolan BAKER

Capítulo cuarenta y nueve

Masajeaba mis sienes, inclinado sobre mis rodillas mientras miraba el horizonte a través de la ventana de mi oficina. No había dormido la noche anterior. Ni siquiera podía cerrar los ojos sin irritarme.

Ya había enfrentado muchos desafíos, especialmente cuando se trataba de lidiar con la oposición, pero Nilzi se estaba mostrando aún más difícil de manejar. Ni siquiera había podido hablar sobre el matrimonio, porque ella estaba completamente cerrada, no quería escucharme de ninguna manera.

Para ser casi una niña, se estaba imponiendo demasiado y eso me volvía loco.

—¿Señor? —dijo Robert, entrando a la oficina, y ni me di cuenta cuánto tiempo había pasado.

—Hola.

—No parece ser un buen día.

Solo negué con la cabeza.

—¿Mía está bien?

—Sí.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Nilzi...

—¿La chica que está embarazada?

Asentí.

—¿Cuál es el problema? ¿Cambió de opinión sobre casarse con ella?

—Ni siquiera pude hablar de eso. —Solté un suspiro pesado al girar en la silla para mirarlo mejor.

—¿Cómo es eso? —Levantó una ceja, confundido.

—No quiere saber nada.

—¿Sobre casarse?

—Sobre querer que esté cerca. —Me incliné hacia adelante, poniendo ambas manos sobre la mesa—. Ni siquiera me dejó hablar del matrimonio...

—Tiene personalidad. —Robert soltó una risita, y mi expresión se endureció aún más.

—¿En serio?

—Perdón, señor. —Se encogió de hombros, incómodo, después de que mi expresión se volviera más severa—. Por el lado positivo, nadie sabe lo que está pasando, y usted aún puede pensar en formas de resolver la situación.

—Sí... Al menos eso.

No estaba seguro de si debería estar tan tranquilo.

—¿Qué quiere que haga?

—Por ahora, nada.

—¿Está seguro?

—Sí.

Esa era una situación que tenía que resolver yo, aunque no fuera tan simple como me gustaría.

—¿Cuál es mi agenda para hoy? —Cambié de tema.

—Tiene una reunión con los parlamentarios por la mañana y por la tarde tiene que evaluar algunas estrategias y propuestas.

—Está bien. Pide que me traigan un café.

—¿Qué le parece si se da una ducha y se lava la cara?

—¿Por qué?

—Su cara está fatal, señor.

Solté el aire con fuerza.

—Está bien.

Me puse de pie y estiré la espalda adormecida.

Tal vez una ducha y algo para relajarme no estuviera tan mal. Al menos me haría sentir mejor por un rato.



Nilzi

LANGNER

Capítulo cincuenta

Me desperté por la mañana y comí una buena porción de ensalada de frutas que mi mamá había dejado cortada para mí en la nevera.

Después tomé mi bolso y salí para ir al médico. Tenía una consulta con la obstetra y luego pasaría por una farmacia para comprar vitaminas y cualquier medicamento que ella me recetara.

Me senté en la parada de autobús, acomodando mi bolso sobre las piernas de forma que cubriera un poco mi barriga, y me quedé mirando al horizonte, esperando que el autobús apareciera para llevarme a la clínica. También podía ir en metro, pero el autobús me dejaba más cerca y tendría que caminar menos. Con el peso de la barriga ya me estaba cansando cada vez más.

—¡Es ella! —Escuché a alguien comentar, pero no le di mucha importancia, podría ser para cualquiera.

Aunque no había razones para preocuparme, me giré hacia el otro lado cuando escuché pasos acercándose.

Eran tres personas vestidas formalmente y una de ellas llevaba una cámara de vídeo como las que veía en la televisión.

—¡Allí, ella! —Cuando una mujer señaló en mi dirección y vi que no había nadie más en la parada, supe que se referían a mí.

Mi sangre se heló y tragué saliva cuando se acercaron más.

—¡Señorita Langner! ¿Tiene un minuto?

No sabía cuál era el motivo exacto por el cual me estaban buscando, pero me asusté cuando aumentaron el paso y me levanté.

—¡Señorita Langner!

En cuanto comenzaron a acercarse, salí corriendo en dirección opuesta, por suerte era la entrada del edificio donde vivía.

—¡Señorita Langner!

—¡Maldita sea!

—¿Está usted embarazada del gobernador? —preguntó la reportera, lo que me hizo tragar saliva de nuevo.

No tenía idea de cómo sabían eso, pero no me detuve a preguntar porque podría empeorar la situación. Había mantenido todo en secreto durante un buen tiempo y no imaginaba que el mundo lo descubriría de esa manera, aunque era una posibilidad.

—¡Señorita Langner! —Corrieron tras de mí, acercándose más, pero logré entrar a mi edificio y fui directo al ascensor, cerrándolo con ellos afuera.

Presioné varias veces el número de mi piso, temerosa de que la caja de metal bajara, haciendo el camino inverso. Cuando bajé al pasillo, ni miré atrás y prácticamente corrí hacia mi departamento, cerrando la puerta detrás de mí.

Me apoyé en la puerta y tomé aire por unos segundos, respirando profundamente hasta que mi corazón dejó de latir tan rápido. Mi ansiedad afectó al bebé, que se movía con más fuerza en mi vientre.

—Está todo bien, hijo. —Acaricié mi barriga, tratando de tranquilizarlo, aunque no tenía ninguna certeza de ello.

Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que Nolan había contado sobre el embarazo a la prensa al darse cuenta de que no cambiaría de opinión tan fácilmente frente a sus argumentos.

—¡Hijo de puta!

Era una completa estupidez de su parte arruinar mi vida.

Me aparté de la puerta y fui hacia la ventana del departamento. La parte frontal de mi edificio estaba llena de reporteros y parecía que cada vez había más, casi como si brotaran del suelo.

No podría ir a la consulta médica, porque sería imposible pasar entre ellos sin que me vieran.

—¡Maldita sea!

Fui a la cocina, me serví un vaso de agua antes de tomar mi celular, y fue mi turno de llamarlo.



Nolan BAKER

Capítulo cincuenta y uno

No tenía idea de cómo, pero lo que más temía estaba pasando: la prensa había descubierto sobre mi relación con Nilzi y la noticia se estaba difundiendo más rápido que fuego en paja. Después de que Robert me mostró el primer artículo, empezaron a aparecer muchos más.

Estaba encerrado en mi oficina cuando mi celular comenzó a vibrar y vi que era una llamada de ella. Para alguien que no quería hablar conmigo, parecía haber cambiado de idea, pero no sabía exactamente qué había pasado ya.

—¿Qué hiciste? —Cuando atendí la llamada, la escuché gruñendo al otro lado de la línea.

—¿Yo?

—Sí.

—No sé de qué hablas.

—Mi puerta está llena de periodistas.

—Lo imaginé...

—Claro que lo imaginaste. —Rugió como una fiera furiosa—. Por eso se lo contaste a ellos.

—No se lo conté, Nil.

—¡Mentiroso! —Estaba tan enojada que parecía aún más inquebrantable.

—Es la verdad.

—¡Qué va!

—Nilzi. —Respire profundamente, intentando mantener la calma, porque gruñirle de vuelta no iba a resolver nada—. Yo soy el principal perjudicado con que todos sepan sobre esto.

—Ah, ¿sí?

—Te lo estoy diciendo en serio. El presidente del partido querrá mi cabeza y ni siquiera

sé cómo reaccionará el resto de la gente de New York. Mis principales votantes son personas con valores tradicionales, no les va a gustar nada.

—Entonces, ¿por qué lo ventilaste?

—No lo ventilé.

—¿Quién lo haría? —Retrocedió un momento, pensando en la situación.

—No sé.

—Pero...

—Nilzi, créeme, soy el principal perjudicado.

Eso era cierto. Desde que vi la primera publicación en una revista de chismes, supe que mi carrera podría estar desmoronándose frente a mis ojos. El escándalo era seguro y las consecuencias más graves de lo que podía imaginar.

Modelo de dieciocho años espera un hijo del gobernador de New York.

Ese titular era suficiente para que la oposición saliera del limbo a pisotear mi reputación.

Mis chances de reelección parecían evaporarse ante mis ojos, haciendo que la posibilidad de algún día llegar a ser presidente fuera aún más remota.

—Quiero que saques a esos reporteros de mi puerta.

—No es tan fácil.

—¿¡No eres el gobernador!? —gritó, irritada—. Haz algo.

—La calle es pública y ellos están ejerciendo su libertad de prensa.

—¿Y mi libertad?

—Lamentablemente, ya no será como antes.

—Esto es culpa tuya.

—Como si no supieras lo que podía pasar cuando te involucraste conmigo.

—Yo nunca pedí nada de esto.

—Lo sé...

—Deshazte de los reporteros, Nolan, por favor...

—La única forma es darles lo que quieren. Atención y responder algunas preguntas. Se cansarán en unas semanas y cambiarán de tema si logramos manejar la crisis y salir victoriosos.

—¿Responder? ¿Cómo vamos a manejar esto?

Ese escándalo ciertamente no era algo que deseaba, ni mucho menos quería que sucediera, pero ya que era una posibilidad, lo había pensado varias veces junto con soluciones posibles.

La primera solución, quería haberla tomado antes de que estallara la bomba, habría hecho la situación un poco más fácil, pero Nilzi ni siquiera me dio una oportunidad de proponerla.

—Si te casas conmigo...

—¿Qué? No...

—Solo pasará si no hay más leña para alimentar el incendio.

—¿Cómo crees que un matrimonio solucionaría esto?

—Seríamos una familia, como los votantes esperan.

—Los votantes...

—Nilzi, solo quiero solucionar esto.

—Claro, gobernador... —Su tono dejó muy claro que no le gustaba nada mi propuesta.

—Te convertirás en mi esposa. ¿No te gusta la idea?

—¿Cómo podría gustarme o querer casarme con alguien que solo se preocupa por su propia carrera y deseos?

—Ya te dije que quiero a mi hijo. —Fue mi turno de elevar el tono.

—¿Y yo qué? —Me desafió con otra pregunta.

—¿Qué hay de ti?

—Olvídalo.

—Nil...

—No te importa nada de mí, ¿verdad, gobernador?

—No es eso. Eres linda, simpática...

—Olvídalo, voy a ver cómo lidiar con ellos.

—Nilzi...

Cortó la llamada, como si el matrimonio ni siquiera fuera una opción, y eso me dejó muy furioso.

—¡Maldita sea! —gruñí, tirando el móvil, que acabó golpeándose contra la pared. Pero no fui hasta él para ver si estaba entero.

—¿Señor? —Robert entró en mi oficina y recogió el teléfono del suelo, alternando su mirada entre el aparato y mi expresión furiosa—. ¿Está todo bien? —No pasó ni medio segundo antes de que él mismo reconociera el desliz—. Pregunta tonta, perdón. ¿Los reporteros están llamando a su número personal?

—No. Era Nilzi. Están en la puerta de su casa.

—Qué buitres carroñeros.

—Así es.

—¿Qué piensan hacer? El departamento de prensa quiere un comunicado oficial y los votantes también esperan algo.

—Hablé sobre el matrimonio.

—¿Ella aceptó?

Negué con la cabeza, volviendo a enfurecerme.

—¿Por qué no? Qué chica tonta.

—Ella cree que solo pienso en mis votantes y en mi carrera política.

—¿Y no es así? —Para Robert eso parecía tan obvio que me hizo apretar los dientes aún más, hasta sentir dolor en las mandíbulas.

—También quiero a mi hijo. Y ella es linda.

—Para mí, esos son motivos suficientes.

—Pero para ella no.

—Necesitará convencerla pronto.

Como si fuera tan sencillo, pensé para mí mismo.



Nilzi

LANGNER

Capítulo cincuenta y dos

¿Matrimonio?

Esa palabra parecía absurda, pero al mismo tiempo llena de sueños y esperanza.

Yo quería casarme algún día, pensaba que ese era un deseo muy común para la mayoría de las jóvenes, aunque a los dieciocho años parecía algo distante. Sin embargo, quedarme embarazada dio vuelta mi vida y me hizo saltar algunas etapas, como, por ejemplo, no ir a la universidad.

Ya me había acostumbrado a la idea de cuidar de mi bebé sola, estaba haciendo lo mejor que podía, esforzándome y ahorrando, pero era mentira decir que no sería más fácil con la ayuda de Nolan. Pero, ¿cómo podría casarme con un hombre que ponía sus intereses políticos por encima de todo y me veía como un juguete durante nuestro vínculo?

¡Maldita sea la hora en que mi camino se cruzó con el del gobernador Backer!

No podía casarme con él.

Estaba desplomada sobre la mesa, mirando la pantalla apagada del celular, cuando escuché la puerta de la sala destrabándose justo a tiempo para ver a mi padre pasar por ella.

—¿Qué es todo ese alboroto allá abajo? —preguntó.

—Lo siento mucho...

—¿Lo sientes mucho? —Se acercó, levantando una ceja.

—Están aquí por mi culpa, descubrieron lo de mi embarazo y quieren una entrevista exclusiva.

—Por eso me preguntaban sobre ti y el gobernador.

—¿Qué les dijiste?

—Nada.

—Gracias.

—¿No van a quedarse ahí en la puerta, verdad?

—No lo sé... —Tuve que confesar.

—Tienes que decirle a ese hombre que saque a esos tipos de nuestra puerta.

—Dijo que están en vía pública y que no puede hacer nada sin violar la libertad de prensa.

—Cuando se trataba de estar entre las piernas de mi hija, ese tipo no pensó en eso.

—¡Papá! —Me sentí molesta y avergonzada por la forma en que lo dijo.

—Ese miserable tiene que resolver esto.

—Ojalá fuera tan fácil. —Me dejé caer de nuevo sobre la mesa.

—Lo correcto sería casarse contigo.

—Papá, ya no estamos en el siglo pasado.

—Es una locura que ni siquiera lo haya considerado. Estoy indignado por haber votado por ese hombre.

—Bueno, lo consideró... —Tuve que admitir.

—¿Cambió de idea?

—No quiero.

—¿Cómo que no quieres? —Mi padre abrió aún más los ojos.

—No quiero.

—Te embarazó, Nil.

—Lo sé, papá.

—Tiene que asumir sus responsabilidades.

—Ya hablamos de eso. —Me di vuelta y crucé los brazos.

—Entiendo que te estés esforzando, Nilzi, pero criar a un niño no es fácil, menos si lo haces sola. Eres muy joven y no tienes por qué tener una vida tan dura.

—Entonces, ¿por eso debería casarme con el gobernador?

—Te involucraste con él, a no ser que ese hombre haya hecho algo para forzarte...

—No lo forzó, papá. —Me apresuré a decir.

—Bien.

No pensaba que el matrimonio fuera la solución, pero mi padre pensaba completamente lo contrario. Estaba preocupado por mí, por mi futuro y por el bebé, pero yo solo veía el matrimonio con un narcisista que no me amaba.

Antes de que el tema se alargara, mi hermana abrió la puerta, jadeante.

—¿Han visto el desmadre allá abajo?

Solo moví la cabeza afirmando.

—Están detrás de tu hermana —comentó mi padre.

—Vaya, cómo se esparcen las noticias, ¿eh?

—No era para que se enteraran. Ni siquiera sé cómo pasó, porque Nolan aseguró que no fue él.

—Bueno, tal vez lo comenté con alguna amiga o dos. Creo que la mamá de una de ellas es reportera, pero no pensé que esto fuera a pasar...

Me levanté de la mesa y fui hacia mi hermana como una fiera, bufando. No podía creer que todo ese lío fuera culpa de ella.

—¿Fuiste tú?

—No es como si hubiera gritado a los cuatro vientos. Solo lo comenté con algunas amigas, que estás embarazada del gobernador. Ni siquiera lo creyeron, no es para tanto.

—¡Maldita sea, Megan!

—Relájate, está bien.

—¿Cómo quieres que me relaje con unos veinte periodistas en nuestra puerta?

—Ya se cansarán y se irán. —Se encogió de hombros.

—¡Megan! —Mi padre también estaba molesto con ella, pero mi hermana seguía mirándonos como si no hubiera hecho nada grave.

—Podrías haber arruinado su carrera —gruñí.

—Como si te importara.

Estaba enojada con Nolan por todo lo que había hecho, pero eso no era excusa para perjudicarlo de esa manera. Además, no pensaba que la prensa se fuera a cansar tan fácilmente de acosarme. Estar embarazada del hombre más poderoso del Estado no era una noticia fácil de ignorar. Menos aún sin matrimonio ni ninguna otra declaración nuestra.

—Perdón... —Mi hermana retrocedió al darse cuenta de lo que había hecho.

La dejé atrás y me escapé a mi cuarto, cerrando la puerta. Después de lo que ella había hecho, quedarme fuera era un castigo mínimo mientras me daba unos momentos sola.

Quería hablar con tía Vanessa, o con cualquier otra persona que pudiera ayudarme a lidiar con esa situación, pero ni siquiera tuve que llamarla, porque ya me había intentado llamar y mandó un mensaje preguntando cómo estaba.

Tía Vanessa:

La prensa ya se enteró. ¿Estás bien?

¿Nilzi?

Nilzi:

Ojalá nunca se hubieran enterado.

Tía Vanessa:

Creo que era inevitable en algún momento. Sé cómo es esto. Estos buitres no saben guardar un secreto. Una línea suelta y se les viene todo abajo.

Nilzi:

¿Puedo llamarte?

Tía Vanessa:

Sí.

Marqué el número de mi tía y ella atendió de inmediato, mostrando que tenía el celular en la mano. Era la persona más acostumbrada a lidiar con la prensa, aunque nunca había pasado por una situación como esta.

—¿Qué hago ahora? —Lloriqueé.

—Mantente firme. Esta puede ser una oportunidad a tu favor.

—¿Cómo puede ser a mi favor? Solo quieren saber del gobernador y cómo fue nuestro involucramiento, si mi bebé realmente es suyo.

—Eras solo una más de las millones de chicas de New York, pero ahora todos te ven como la mujer embarazada del gobernador.

—No sé en qué me ayuda eso.

—Es una oportunidad para que todos sepan quién eres y, con suerte, consigas trabajos mejores y más pagos.

No había pensado en ese lado, pero aún veía la situación como una tragedia enorme.

—La fama siempre es positiva, incluso cuando no lo parece.

—Espero que sí.

—Vamos a aprovechar el momento y darle la vuelta a la situación para que sea a tu favor.

—Gracias, tía.

—De nada.

—¿Tuviste algún contacto con él después de que se filtró la noticia?

—Lo llamé, quería saber si era el responsable de esto —confesé—. Estaba muy enojada.

—¿Por qué haría eso?

El tono de mi tía mostraba confusión.

—No fue él.

—¡Ah! No tendría mucho sentido que lo fuera. Seguramente él es el más perjudicado con esta situación.

—Megan le contó a unas amigas y no pensó que se iba a esparcir de esta forma.

—Sería difícil mantener ese secreto para siempre.

—Esperaba lograrlo.

—Ahora vamos a lidiar con el caos y tratar de sacar lo mejor de esto, ya que tendrás que lidiar con todos esos buitres.

—Nolan quiere que me case con él —solté. Necesitaba hablar con alguien que pensara que estaría a mi lado sobre esto.

—¡Ah! —Mi tía pareció sorprendida y se tomó un momento antes de hablar de nuevo—. Eso es bueno.

—¿Bueno?

—Vas a ser la primera dama del Estado. ¿Te imaginas toda la influencia que podrías tener?

—Quiero ser modelo, tía.

—No es como si tuvieras que dejar de serlo. Creo que podrías combinar las dos cosas, además, ¿cuánto pagarían por tener a la primera dama en sus campañas publicitarias? Me imagino que tendrás que elegir los trabajos con más cuidado, pero eso lo podrás ver con calma.

—Él no me ama, tía.

—El amor está sobrevalorado, querida.

Definitivamente no era algo que quería escuchar. Sí, en el fondo aún tenía esperanzas de

un cuento de hadas. De un hombre que realmente se preocupara por estar a mi lado y quisiera eso.

—Ya tendrán un hijo y podrían unir lo útil con lo agradable.

—Pero... —No logré formular la frase.

—¿Qué puede ser tan terrible?

No pude responder, lo que me dejó aún más desconcertada.

—¿Y si todo sale mal? Si nos odiamos, ¿será eso bueno para el bebé?

—O pueden llevarse bien y permitir que el niño tenga a sus dos padres cerca. No tengo hijos, Nil. No sé qué es lo mejor para un niño, pero dicen que lo ideal es tener a los dos padres juntos. Además, si no funciona de ninguna manera, pueden divorciarse.

—Quisiera que fuera menos complicado.

—Desafortunadamente no lo es, pero si estuviera en tu lugar, me casaría.

—Entiendo.

Escuché a alguien llamando a mi tía desde el fondo, como si la estuvieran esperando.

—Tengo que irme. ¿Hablamos después?

—Sí.

—Hasta luego, sobrina.

—Hasta pronto, tía.

Colgué la llamada y me quedé mirando el celular en mi mano. Todos a mi alrededor veían el matrimonio como la mejor alternativa, aunque para mí no era así. Aún tenía el corazón roto y completamente devastada por todo lo que había pasado entre Nolan y yo.

En el fondo, mi mayor miedo era salir aún más herida de esta situación.

¿Cómo puedo casarme con un hombre sin amarlo?

O tal vez ese no era el peor problema. Él había sido mi primer y único hombre, era obvio

que tenía sentimientos más allá de la rabia, muchos de ellos. Pero, ¿cómo superar todo eso solo para mantener una convivencia armoniosa en un matrimonio que solo buscaba intereses sociales y políticos y no el amor?

¿Sería Nolan alguna vez capaz de amarme?

¿Ya había amado a alguien?



Nolan BAKER

Capítulo cincuenta y tres

—¡Papá, la escuela se ha vuelto un infierno! —refunfuñó Mía al sentarse frente a mí durante la cena.

Había estado lidiando con ese escándalo todo el día, empezando por una reprimenda del presidente del partido. Lo único que quería era quedarme en mi rincón y librarme del dolor de cabeza, pero no sería tan fácil.

—¡Papá!

—¿Qué pasa, Mía? —pregunté, con brusquedad. No estaba en mi mejor momento para sus dramas.

—¿Escuchaste lo que dije?

—Que la escuela es un infierno.

—Por tu culpa.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué fuiste a embarazar a una exalumna? Nadie habla de otra cosa y todavía me llenan de preguntas. Como si yo supiera.

—La situación es mucho más complicada que un grupo de adolescentes molestándote, hija.

—¡Sí! Están destruyendo mi vida.

—Mía.

—Es en serio, papá... —se quejó.

—Escúchame, niña, mi carrera podría acabarse por esto. Así que sé perfectamente con qué estoy lidiando —dije, con tono furioso, y ella se encogió contra la silla, abriendo los ojos y tragando en seco.

—No debiste haberte involucrado con ella.

Ya era tarde para pensar en eso, y no iba a solucionar nada.

Me levanté de la mesa, dejando el plato volcado, y salí. Estaba demasiado molesto y con un problema enorme en mis manos como para lidiar con la crisis de mi hija. Ella podría estar incómoda, pero nada era peor que lo que yo estaba enfrentando.

Fui a mi cuarto y cerré la puerta de un portazo, hundiéndome en un sillón.

Había huido de la prensa, evitado responder a las preguntas y no había dicho nada sobre la noticia, ni para desmentirla ni para ignorarla, pero no podía escapar del tema para siempre. Tendría que pensar en cómo manejar esa crisis, aunque no veía ninguna luz al final del túnel.

Sería mucho más fácil aparecer al lado de Nilzi, anunciar nuestra relación y fijar una fecha para la boda. Muchos aún se quejarían por la diferencia de edad, pero eso era mucho mejor que dejar que se enteraran de que la chica no quería ni que me acercara, ni a nuestro hijo.

Las teorías que se habían creado sobre todo esto me harían ver como el peor hombre del mundo. Definitivamente, no era la imagen que había intentado construir y mucho menos la que quería que se difundiera.

Mientras permaneciera en silencio, las teorías solo harían todo más difícil.

Estaba furioso, pero al mismo tiempo sabía que la culpa era mía. Me había metido en esa situación por mi propia voluntad.

Me sorprendió recibir un mensaje de ella.

Nilzi:

No se han ido.

Nolan:

Mientras no les demos lo que quieren, no se van a quedar quietos.

Nilzi:

¿Qué quieren?

Nolan:

Saber la historia y divulgarla por todo el país.

Nilzi:

Eso es pésimo.

Nolan:

Aún no has visto nada.

Nilzi:

¿De verdad crees que el matrimonio es una buena opción?

Me sorprendió el mensaje, porque me mostró que tal vez estaba pensando en el asunto, lo que me acercaba un paso más a lograr convencerla.

Nolan:

Es la mejor.

Nilzi:

Para tu carrera.

Nolan:

Para nuestro hijo también. O ¿crees que crecer sin la presencia de su padre es lo mejor para él?

Nilzi:

¿De repente te importa eso ahora?

Nolan:

Sí, me importa.

Nilzi:

Como si fuera tan fácil.

Nolan:

Tal vez tú no quisieras darte cuenta.

Nilzi:

Claro.

Nolan:

Cásate conmigo, será lo mejor para todos nosotros.

Nilzi:

Realmente espero que lo sea.

Nolan

¿Entonces eso es un sí?

Nilzi:

Todos piensan que es la mejor salida.

Nolan:

¿Tú no?

Nilzi:

No, porque no parece ser lo que tú quieres.

Nolan:

¿Crees que si no lo quisiera te lo estaría pidiendo?

Nilzi:

Parece que harías lo que sea por tu carrera.

Nolan:

Eso crees tú.

Ella dejó de enviar mensajes, y pensé que el tema se cerraría de esa forma extraña. Sin embargo, un rato después, mi celular vibró de nuevo.

Nilzi:

¿Cómo nos deshacemos de los reporteros?

Nolan:

Voy a mandar a mi chofer por ti mañana temprano y haremos un comunicado desde aquí. Pero no creas que van a desaparecer de un día para otro.

Nilzi:

¿No es esa la intención del matrimonio?

Nolan:

Como primera dama, tendrás todos los reflectores sobre ti.

Para alguien que quería ser modelo, pensaba que lidiar con las cámaras no sería exactamente un problema.

Nilzi:

No es que quería. Quiero, y seguiré queriendo.

Nolan:

Hablaremos de eso.

Nilzi:

Si no lo aceptas, es mejor que ni pienses en el matrimonio.

Apreté los dientes al leer el mensaje y solté un bufido. No sería tan sencillo manejar la situación, incluso si ella aceptaba el matrimonio.

Nolan:

Serás la imagen del Estado y necesito que entiendas que no todas las campañas son adecuadas.

Nilzi:

Voy a analizar cada trabajo con cuidado.

Nolan:

Espero que sí.

Nilzi:

Nos vemos mañana.

No mandó ningún otro mensaje, como si hablar conmigo fuera un sufrimiento, y eso me molestó mucho.

Siempre había tenido lo que quería, cuando lo quería, desde que era niño, y Nilzi parecía dispuesta a mostrarme lo contrario.



Nilzi

LANGNER

Capítulo cincuenta y cuatro

Tan pronto como desperté por la mañana, me arriesgué a mirar por la ventana del cuarto y observar la calle, con la esperanza de que la prensa ya se hubiera ido, pero seguían ahí, en el mismo lugar, como si hubieran dormido allí.

No tenía idea de la importancia de una primicia sobre el gobernador, pero su determinación me daba una idea.

—¡Vaya! ¿Todavía no se han ido? —Observó mi hermana por encima de mi hombro.

—No —resongué, irritada. Hasta ese momento no la había perdonado por haber dejado escapar la noticia y convertir mi vida en un infierno.

—¡Oye, lo siento! —murmuró, avergonzada.

—¡Fue horrible! —Torcí los labios.

—Él es poderoso, seguro que se encarga de esos tipos.

—Ojalá fuera tan sencillo —dije en voz baja, casi para mí misma, al salir del cuarto y dirigirme al baño.

Después de lavarme la cara con agua fría, hice mi limpieza matutina, me maquillé ligeramente y regresé al cuarto en busca de un vestido que me dejara cómoda pero que fuera bonito para aparecer en televisión.

Con la barriga creciendo, cada vez me costaba más usar mis viejas ropas.

Pronto, el chofer de Nolan estaría allí para recogerme y tendría que pasar por todos esos reporteros en la entrada. Solo de pensarlo, ya sentía escalofríos.

Tan pronto como volví a mi cuarto, ni bien tomé mi bolso, recibí un mensaje.

Nolan:

Puedes bajar.

Nilzi:

Está bien.

Mis padres ya se habían ido a trabajar y solo me despedí brevemente de mi hermana antes de salir del apartamento y dirigirme a la portería.

Cuando miré hacia la puerta principal, vi a los periodistas revolverse y tragué saliva, con una gran necesidad de dar media vuelta y salir corriendo. No quería tener que enfrentarlos.

Fue difícil, necesité unos segundos para respirar profundamente y caminar hacia ellos. Apenas puse el pie en el primer escalón afuera, se agolparon a mi alrededor.

—¡Nilzi Langner!

—¡Señorita Langner!

—¿Nos puede contar más sobre su relación con el gobernador?

—¿Era menor de edad cuando comenzaron a verse?

—¿Desde cuándo está con él?

La lluvia de preguntas fue abrumadora y me dejó completamente desconcertada. Hacían preguntas y teorías que no quería discutir.

Poco antes de darles la espalda y regresar al apartamento, fue cuando el pavor comenzó a revolverse en mis entrañas. Busqué el coche del chofer y vi que estaba estacionado.

La puerta trasera se abrió y no solo yo, sino todos los reporteros se sorprendieron cuando Nolan salió de allí. De repente, toda la atención que estaba sobre mí se volcó hacia el gobernador, como si ya ni me vieran.

—¡Gobernador!

—¡Gobernador Baker!

Él se abrió paso entre los hombres y mujeres, acercándose a mí.

—¡Nil!

—Nolan.

Tan pronto como me envolvió con sus brazos, protegiéndome de la multitud, me dirigió al coche. Sentí un poco de alivio, a pesar de que los clics de las cámaras se intensificaron.

Me guió hasta el asiento trasero del vehículo y cerró la puerta tras nosotros, dándome la sensación de estar finalmente protegida por los cristales oscuros.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

—¿Podemos irnos, gobernador? —preguntó el chofer.

—Sí.

El chofer arrancó el vehículo y nos llevó lejos de todos esos curiosos que querían registrar algo que los promoviera de alguna manera o les asegurara algo de dinero.

Una vez que mi corazón dejó de latir tan rápido, me giré hacia Nolan y lo miré. Hacía meses que no lo veía, ni siquiera por televisión, porque evitaba todo lo que tuviera que ver con él. Sin embargo, él parecía exactamente el mismo hombre de la última vez que nos encontramos. El traje impecable, el cabello gris y la expresión firme.

—¿Cuánto tiempo van a estar en mi puerta?

—No lo sé.

—Esto es un infierno —bufé. Mi deseo de estrangular a mi hermana aumentaba cada vez más. No debió haberle contado a nadie.

—Bienvenida a mi mundo.

Moví la cabeza de un lado a otro, algo molesta, pero en el fondo, no había mucho que pudiera hacer.

—¿A dónde me llevas? —cambié de tema.

—A mi mansión. Haremos una rueda de prensa allí para anunciar el matrimonio que ya

he programado para el próximo mes.

—¿Cómo que ya lo has programado? —Abrí los ojos sorprendida.

—Es solo una fecha, Nil.

—Pero no me consultaste. —Apreté los dientes, volviendo a molestarme con él.

—Esperaba casarme después de que él naciera.

—No, pero...

—Entonces debe ser lo antes posible.

Giré la cabeza hacia la ventana y crucé los brazos. Quería tener el mínimo control sobre la situación, pero era evidente que eso no había sucedido desde el principio.

Me quedé completamente en silencio y Nolan no hizo esfuerzo alguno por iniciar una conversación, ni siquiera para decir algo que me consolara en ese momento. Para ser honesta, tampoco sabía qué podría decirme para hacerme sentir mejor.

Noté cuando pasamos por las puertas y entramos a un garaje con el mínimo sigilo. Me alegré de no ver a los reporteros de frente y tener al menos un poco de paz.

—¡Vamos! —Nolan abrió la puerta y me extendió la mano—. Entremos.

Solo asentí con la cabeza y tomé su palma, dejándome guiar hacia el interior de la casa.

No había pensado en mudarme después del matrimonio hasta ese momento.

¿Esta sería mi nueva casa?

—¿Tienes hambre? —Me sorprendió su pregunta.

—No.

—¿Quieres un poco de agua?

—Puede ser.

—¿Puedes subir las escaleras?

Asentí con la cabeza y él colocó la mano en mi espalda, guiándome por la escalera.

No sabía exactamente a dónde me estaba llevando, hasta que paramos frente a una oficina y entramos.

El gobernador cerró la puerta detrás de nosotros y me giré para mirarlo.

—¿Aquí no debería ser la rueda de prensa?

—Necesitábamos estar a solas para hablar primero.

—¿Hablar? —Levanté las cejas, pensando que ya habría tomado todas las decisiones sin pedirme ayuda.

—No es exactamente así.

—¿Entonces cómo es?

—Primero necesitaba entregarte esto. —Sacó una caja de terciopelo de su bolsillo y me la extendió—. La última vez la arrojaste al suelo, espero que no hagas lo mismo ahora.

Abrí la boca, dejando escapar un sonido extraño mientras lo miraba.

—No es adecuado que aparezcas en la rueda de prensa sin un anillo de compromiso —dijo, momentos después, al darse cuenta de que no iba a decir nada más.

—Claro...

Quería que me diera cualquier otro motivo que no fuera ese, pero ya debería haberme dado cuenta de lo que estaba pasando en ese cuento de hadas hace tiempo.

—¿Puedo? —Extendió la mano esperando la mía.

Estuve indecisa por un momento, pero finalmente asentí, y Nolan sacó el anillo con un hermoso diamante y lo deslizó por mi dedo.

—Te queda perfecto. —Se inclinó para besar el dorso de mis dedos.

—Gracias. —Fue imposible no mirar el anillo. Era muy bonito y, sin duda, caro.

—Me alegra que te guste. —Su sonrisa se amplió.

Nolan se acercó a mí y retrocedí unos pasos, deteniéndome en el borde del escritorio.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, abriendo los ojos con sorpresa.

—Tenemos algo de tiempo antes de la rueda de prensa.

—¿Tiempo?

—Sí... —Su mano pesada aterrizó sobre mi rostro.

—¡Espera! —Mi protesta quedó solo en el aire, cuando Nolan envolvió mi nuca con su mano y me atrajo hacia él, besándome de manera sorpresiva. No lo estaba esperando, especialmente después de todo lo que había sucedido y la forma agitada en la que habíamos terminado nuestra relación.

—¿Qué estás haciendo? —Recuperé el aliento mientras le apartaba de los hombros.

—Besando a mi prometida. —Mordió mi labio inferior, provocando un estremecimiento por todo mi cuerpo.

No quería, y a la vez quería, y esa dualidad de sentimientos me dejaba completamente confundida. Cuando Nolan bajó sus manos y apretó mi cintura, sentí que mi cuerpo se calentaba, mientras mi racionalidad me instaba a detenerlo.

—No podemos hacer esto —murmuré.

—¿No? Estamos prometidos.

—Pero eso no significa que quiera estar contigo.

—¿Crees que esto será solo un matrimonio de fachada? —Sus ojos se entornaron mientras se mantenía cerca de mí.

—Eso es lo que pensé.

—No tengo ninguna intención de que las cosas sigan así.

—Pero...

Nolan sujetó mi mentón y tiró de mi rostro hacia el suyo, introduciendo su lengua de forma feroz en mi boca. El desconcierto fue dejando de lado cuando respondí al beso.

Aún estaba enfadada, tal vez no debería ceder, pero Nolan era el tipo de hombre que

sabía cómo envolverme y dejarme sin respuesta.

Con mi barriga entre nosotros, no pudo apretarme contra su pecho como antes, pero se detuvo y me giró de espaldas, haciendo que mis manos se apoyaran sobre la mesa.

—¡Nolan! —Mi protesta se transformó en un gemido cuando él tiró de mi cabello hacia un lado, deslizando sus dedos por mi nuca y besando mi cuello, intensificando el beso con una mordida que me recorrió de pies a cabeza.

Rasqué la madera con las uñas, estremeciéndome a medida que sus dientes subían hasta el lóbulo de mi oreja y lo mordisqueaban.

—La rueda de prensa... —Intenté aferrarme al último vestigio de racionalidad.

—Tenemos tiempo.

—Pero... ¡Ah!

Una de sus manos pesadas sujetó mi cabello en un recogido, dejando mi cuello, orejas y nuca libres para que pudiera morder y besar. Lo que realmente me hizo gemir fue su otra mano entrando debajo de la falda de mi vestido, recorriendo mi ropa interior.

—Nolan...

—Tenía ganas de tocarte así —confesó, en mi oído.

No lo admití, pero también tenía ganas. Era tan agradable.

Sus dedos apartaron el elástico de mi diminuta tanguita y comenzaron a jugar con mis labios vaginales de una forma que me hizo arquear la espalda y frotarme contra su pelvis, sintiendo el volumen de su pantalón.

Su lengua jugaba con mi oreja mientras sus dedos me dejaban cada vez más excitada.

—¡Ah!

Nolan apartó los dedos solo para bajar mi ropa interior hasta mis muslos. Luego volvió a provocarme, tocando y estimulando mi clítoris. Estaba tan mojada que el flujo me escurría por los muslos.

—Eso, chica... —murmuraba contra mi oído—. Estás deliciosa...

Comenzó a penetrarme con los dedos, dándome pequeñas embestidas que hacían vibrar todo mi cuerpo.

Con la otra mano, Nolan tiró de la manga de mi vestido y mordió mi hombro, arrancándome un gemido aún más alto. Bajó un poco más con los dedos, entrando por dentro de mi sujetador y retorciendo mi pezón, mientras su boca seguía explorando mi hombro y cuello.

Incliné la cabeza hacia atrás, completamente embriagada. Hacía tanto tiempo que no hacíamos esto, y cada célula de mi cuerpo se calentaba de una forma insana, como si sus dedos entrando en mí no fueran suficientes.

Mordió mi cuello mientras su dedo se introducía aún más, y cerré los ojos con fuerza, presionando las pupilas.

Apartó los dedos solo para abrir más mi vestido, tirando de las mangas y la tira del sujetador, hasta que mis senos, hinchados y más grandes de lo habitual, saltaron hacia fuera. Nolan no quitó todo el vestido, pero me dejó lo suficientemente expuesta mientras me acariciaba por completo.

El gobernador apretó mis dos tetas, provocando que soltara un gemido de dolor, ya que estaban muy sensibles.

Estaba ansiosa por lo que seguiría, cuando finalmente su cremallera se abrió y él levantó la falda de mi vestido, sujetando mis nalgas con ambas manos al penetrarme. Fue hasta lo más profundo, hasta que mi culo se acomodó perfectamente en su cuerpo.

El deseo dentro de mí creció tanto que ya no podía pensar claramente. Nolan comenzó a moverse, primero despacio, pero luego intensificó las embestidas.

Me aferré a la mesa con fuerza, buscando no recostarme sobre la barriga, pero apoyando la parte superior de mi cuerpo sobre la madera.

No podía pensar ni un segundo mientras el placer aumentaba con cada impacto de su cuerpo en el mío, mientras el pene de Nolan se deslizaba cada vez más profundo en mí, llenándome deliciosamente. Sentía un leve dolor, pero desaparecía a medida que la fricción se

intensificaba.

Mis piernas empezaron a temblar, bombeando, hasta que fui tomada por un orgasmo y, momentos después, sentí a Nolan eyacular dentro de mí.

Se quedó quieto por un tiempo, recuperándose, mientras su respiración fuerte y pesada golpeaba mi nuca.

Minutos después, escuchamos un golpe en la puerta.

—Señor.

—Un momento, Robert. —Nolan se apartó de mí y sacó algunos pañuelos de papel de una caja sobre su escritorio.

Me limpié antes de que el semen comenzara a escurrir por mis muslos y ajusté mi vestido, recuperando un poco de dignidad. Estaba furiosa por haber cedido, pero, al mismo tiempo, me sentía como si caminara sobre nubes de lo increíblemente bien que me había dejado el sexo.

Seguí con la mirada a Nolan, viéndolo entrar en una pequeña puerta que supuse pertenecía al baño, y regresar poco después.

—Hay un lavabo allí.

—Gracias.

Pasé por su lado y cerré la puerta, limpiándome y arreglando mi cabello mientras me miraba en el espejo sobre el lavabo. No quería que la gente pensara que era descuidada, o peor, que adivinara que acabábamos de tener sexo.



Nolan BAKER

Capítulo cincuenta y cinco

Tan pronto como Nilzi se cerró en el pequeño baño, abrí la puerta y vi a mi asesor parado en el pasillo. Lo miré fijamente y Robert me devolvió la mirada.

—¿Qué pasa? —pregunté, en un tono más áspero.

—¿Está bien?

Solo asentí con la cabeza. No había razón para no estarlo, especialmente después de haber disfrutado de una de las mejores partes de tener una novia. Tener sexo con ella.

La extrañaba. Nilzi era muy atractiva y me volvía loco. Si dependiera de mí, la llevaría a mi cuarto y la tendría conmigo el resto del día, pero eso tendría que esperar.

—¿Qué necesitas? —Le torcí los labios.

—La rueda de prensa está programada para empezar en dos minutos.

—Dile que ya voy.

—¿Dónde está la novia? —preguntó, mirando a su alrededor.

—En el baño.

—Está bien. ¿Necesita ayuda con algo?

Negué con la cabeza.

—Esperaré en la sala de prensa.

—Está bien.

Robert desapareció de vista y pasaron unos minutos antes de que Nilzi saliera del baño.

—¿Lista para irnos?

—Sí.

Hice un gesto para que ella fuera adelante y coloqué mi mano en su espalda para guiarla,

mientras caminaba a su lado.

No me había dado cuenta de cuánto había crecido su barriga hasta ese momento, cuando la miré de reojo. Ya tenía una hija y había vivido una experiencia de embarazo antes, pero habían pasado más de quince años y eso parecía una eternidad.

—¿Ya se mueve?

Nilzi giró el cuerpo para mirarme, sorprendida por mi pregunta.

—Un poco.

—¿Puedes mostrarme cuando eso pase? —Mi pregunta la hizo levantar las cejas, aún más confundida.

—Si estás cerca, sí.

—Espero estarlo.

Nilzi se quedó mirándome, pero no dijo nada. Cruzamos el ala privada de la mansión y la conduje hasta la sala de prensa, donde varios reporteros estaban sentados, esperándonos. Nos miraron y comenzaron a moverse en cuanto nos vieron.

Me posicioné detrás del podio y tiré de Nilzi para que se quedara a mi lado. Para alguien que aspiraba a ser modelo, parecía demasiado incómoda con los clics y flashes de las cámaras registrando el momento.

—¡Buenos días a todos! —proyecté mi voz, como lo hacía en discursos y otros encuentros políticos. Estaba tomando este momento como si fuera algo así. Los reporteros eran como opositores feroces, pero yo podía manejarlos porque ya lo había hecho antes y me había ido bien—. Agradezco la presencia de todos. Sé que están curiosos y que hay mucha especulación sobre mi relación con Nilzi Langner. Mucha información está circulando en los medios y quiero aclarar.

—¿El bebé realmente es suyo? —preguntó una de las reporteras.

—Sí, lo es.

—¿Cuándo se conocieron? —quiso saber otro.

—¿Han estado involucrados mucho tiempo?

—¿Lo mantuvieron en secreto por su edad?

—¿Cuándo pensaban contarlo?

De repente, se desató un alboroto entre la lluvia de preguntas descoordinadas. Afortunadamente, ya estaba acostumbrado a esto y no me dejaba intimidar tan fácilmente.

—Un momento, por favor. —Levanté las manos, esperando que se callaran—. Sé que están curiosos, pero seré breve, sobre todo porque mi novia no está tan acostumbrada a momentos como este. Entenderán que está más sensible por el embarazo.

Se callaron y prestaron atención a lo que tenía que decir.

—Nos conocimos hace unos meses en una fiesta benéfica, nos acercamos y nos relacionamos. Pensé que lo mejor era protegerla de la exposición, así que mantuvimos nuestra relación en secreto, incluso después de enterarnos del embarazo, pero, como todos saben, la noticia se filtró. Espero que me entiendan por querer que mi novia y mi hijo pasen por un momento más tranquilo. Planeábamos casarnos después del parto, cuando todo estuviera normalizado, pero ahora que ya no hay secretos, no tenemos por qué esperar más para intercambiar los votos. Haremos la ceremonia en unas semanas.

Alzaron las manos, esperando una oportunidad para hacer preguntas, pero no les di espacio, sostuve a Nilzi por la cintura y la llevé lejos de ellos.

El asesor de prensa tomó el micrófono y se encargó de los buitres.

—¿Eso es todo? —me preguntó Nilzi, cuando ya estábamos en el pasillo.

—Por ahora.

—Tu respuesta no me tranquiliza más.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien.

—Espero que sí. —Tragó saliva.

—Vamos a conseguir algo para que comas y bebas.

—Está bien.



Nilzi

LANGNER

Capítulo cincuenta y seis

Nolan y yo fuimos a una pequeña sala de comedor donde me sirvieron un delicioso desayuno. Solo había comido unas galletas antes de salir de casa y comenzaba a sentirme un poco mareada, así que la comida fue muy bienvenida. A medida que mi embarazo avanzaba, tenía cada vez más hambre. Intentaba controlarme para no ganar demasiado peso, pero había días en los que el desafío era mucho mayor.

Rellené un croissant con huevos revueltos mientras comía un muffin.

—¿Quieres algo más? —preguntó Nolan.

Me extrañó su pregunta.

—Creo que ya tengo más que suficiente aquí.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

—¿Te has estado controlando, haciendo un seguimiento médico?

Moví la cabeza afirmativamente, ya que mi boca estaba ocupada y no podía responder.

—¿Los exámenes están bien?

—Sí...

Ese brote de preocupación inesperado me dejó algo intranquila, pero no dije nada. Podría ser solo para dar una buena impresión, y no era un momento en el que quisiera abrir ninguna discusión.

—Elige un buen vestido para la boda.

—Necesito uno que me haga sentir cómoda. —Señalé mi barriga.

—Estoy seguro de que encontrarás uno muy bonito.

—¿Esperas que me mude aquí después de la boda? —Cambié de tema.

—Sí. —Frunció el ceño, sorprendido por mi pregunta—. ¿Dónde más viviríamos? Al menos durante mi mandato, estaremos aquí.

—¿Tienes otra dirección, bueno, de cuando no eras gobernador?

—Un departamento en la Sexta.

—Qué bien.

—Tiene una vista preciosa. Puedo llevarte un día si quieres.

—Sí, un día... —musité.

Volví a comer y nos quedamos en silencio un rato, hasta que decidí retomar la conversación.

—¿Ya has decidido todos los detalles de la boda?

—Pensé que sería algo que te gustaría manejar.

—Sí, me gustaría... —confesé, sorprendida de que él hubiera pensado en eso.

Había algunos detalles que soñaba con tener, y otros que aborrecía, como las estatuas de hielo. Me encantaría que la boda tuviera mi toque personal.

—La empresa de ceremonias que contrató Robert se pondrá en contacto contigo para que puedan decidir todos los detalles.

—Gracias.

Todavía me parecía una locura enorme considerar que me casaría con Nolan y sería la primera dama del Estado. A pesar de todos los reflectores y el glamour, no era eso lo que más me preocupaba, sino el hecho de que íbamos a compartir una vida, y yo aún no sabía cómo sería.

Después del sexo en su oficina, Nolan dejó claro que no quería un matrimonio de fachada. Él quería poseerme, dominarme y hacerme disfrutar como lo había hecho otras veces, pero más allá de eso, no sabía cómo sería nuestra relación.

¿Él me amaría?

¿Lo amaba yo?

—¿Nilzi?

Me tomó un momento darme cuenta de que me estaba llamando.

—¿Sí?

—Tengo algunos compromisos ahora, ¿te quedarás bien aquí?

—Quiero volver a casa.

—¿Estás segura?

—Imagino que al menos puedo entrar al departamento. ¿El chofer puede llevarme?

—Puede, si eso es lo que quieres.

—No eres el único que tiene cosas que hacer.

—Está bien.

—Muchas gracias por la comida. —Me levanté empujando el plato al centro de la mesa.

—No es nada.

Nolan llamó a uno de los empleados para que me acompañara hasta el chofer, y el hombre me llevó a casa, ayudándome a pasar por entre los reporteros que seguían en la puerta como si el anuncio que Nolan había hecho no fuera suficiente para calmarlos.

Mi hermana aún no había vuelto de la escuela, ni mis padres del trabajo. Lo que me permitió quedarme sola el resto de la tarde, poniendo en orden mis pensamientos y asimilando todo lo que seguía sucediendo.



Nolan BAKER

Capítulo cincuenta y siete

—¿Te vas a casar con ella? —Casi me dio un susto el grito de mi hija cuando entró en la sala al final de esa tarde.

—Hola para ti también. —Giré en la silla para mirarla mejor.

—¡No puedes hacer eso!

—¿Cómo que no? Tu madre murió y yo ya soy un hombre libre desde hace años. Era de esperarse que me casara de nuevo en algún momento. No deberías estar celosa, ya estás grande para eso.

—No son celos.

—¿Solo un drama?

—Papá, ella tiene casi mi edad.

—Eso es un detalle.

—Pero...

—Mía, el matrimonio va a suceder. Más te vale que vayas acostumbrándote a la idea, además, vas a tener un hermano pronto, como ya te había contado.

—Apuesto a que fue una estafa.

—¡Mía!

—¿Me vas a decir que de verdad la amas? —Cruzó los brazos mientras me miraba. Esa pregunta me incomodó mucho, porque no tenía una respuesta lista, como era de esperarse.

El amor estaba sobrevalorado. Tal vez la persona más cercana a lograr que yo sintiera algo por ella fuera la propia Mía, pero no pensaba mucho en eso. Amelia también había sido una conveniencia, y cuando ella murió, ciertamente no podría decir que la amaba.

—¡Lo sabía! —Mía tomó mi silencio como una respuesta reveladora—. Te estás casando

solo porque ella quedó embarazada.

—Espero que puedan ser amigas.

—No sé… —Se encogió de hombros.

—Todavía eres muy joven para entender algunas cosas.

—Cuando le estabas metiendo la verga no pensaste mucho en eso.

—¡Mía, cuida el lenguaje!

—¡No me jodas, papá!

Salió de la habitación, bufando y pisando fuerte. Podría ser un desafío hasta que se acostumbrara al matrimonio, pero ya era algo que esperaba. Mientras pudiera mantener mi carrera y controlar la situación, todo estaría bien.



Nilzi

LANGNER

Capítulo cincuenta y ocho

Semanas después...

Había elegido una mansión encantadora en el campo para la realización del matrimonio. La propiedad se alquilaba para eventos como ese y contaba con un hermoso jardín donde se había instalado el altar, una fuente muy bonita y una casa que podía alojar a varios de los invitados. Era un matrimonio de cuento de hadas, que me había parecido un poco extravagante, pero Nolan no parecía preocupado por contener los gastos.

Estaba tensa, mientras una vocecita en el fondo de mi cabeza, que se parecía a la de mi tía Vanessa, me decía que debía disfrutar de las cosas buenas de la vida, porque de no hacerlo, los sacrificios para alcanzarlas se sentían aún mayores.

—¡Ah, qué lugar tan lindo! —Layla se tiró en el sofá de felpa, llamando mi atención.

Mi amiga ya llevaba puesto el vestido rosa que había elegido para las damas de honor y se había peinado y maquillado.

—Sí, así es... —suspiré, al mirar por la ventana.

—No puedo creer que te vayas a casar con el gobernador.

—Lo voy a hacer...

—¿La tía Vanessa no viene?

Me giré al escuchar a mi hermana, que estaba con las otras damas de honor.

—Debería estar aquí —comenté.

Faltaba menos de una hora para la boda y esperaba que mi tía se uniera a las otras. Ella me había prometido que vendría, la consideraba muy importante en mi vida como para no tenerla en ese momento.

—Voy a llamarla —dijo Megan, moviendo el celular.

—Por favor.

—Tal vez tuvo algún compromiso —sugirió Layla.

—Me habría avisado si se iba a retrasar o no iba a aparecer.

—Es una modelo famosa, tiene una agenda llena. —Layla se encogió de hombros.

Esa era una posibilidad, pero aún así, me sentía tensa y hasta un poco molesta. Era mi boda y realmente quería que mi tía estuviera allí.

—¿Megan?

—No está contestando.

—¿Probaste los dos números?

—Estoy llamando hasta el corte de la llamada.

—Ok...

—Tal vez sí tenía algo que hacer. —Mi hermana estuvo de acuerdo con Layla.

—Puede ser.

Fui a mi celular y no vi ningún mensaje de mi tía avisando de algo. Decidí mandarle un mensaje, pero no tuve mucho tiempo para pensar en eso, porque la organizadora de la ceremonia golpeó la puerta.

—¿Están listas?

Asentí.

—¿Falta una de las damas de honor? —Miró a las otras dos conmigo.

—Mi tía.

—¿No va a llegar?

—Imagino que tuvo algún compromiso.

—¿Quieren hacer esperar a los invitados?

—Creo que lo mejor es que no.

Además de mis familiares y algunos amigos, había muchos políticos y conocidos de Nolan que podrían molestarse, y no quería causar una mala impresión.

Bajé acompañada de mis otras dos damas de honor mientras la organizadora ajustaba mi velo. Si mi tía se había retrasado por alguna razón, comprendería que la boda comenzara sin ella.

Mis damas de honor entraron primero, colocándose al lado del altar, y vi a Nolan de pie frente al celebrante. El gobernador estaba impecable con un traje gris, muy bien ajustado, y me regaló una sonrisa rápida cuando me vio.

Mi papá estaba conmigo y me entregó a mi futuro esposo con una sonrisa a medias. A pesar de todo el caos, estaban contentos con el matrimonio porque creían que era lo mejor para mí.

Esperaba que tuvieran razón.

—Nilzi. —El gobernador besó el dorso de mi mano.

—Nolan...

Me condujo hasta el altar y nos pusimos frente al celebrante.

La ceremonia fue simple, hermosa y no duró mucho. Después de algunos votos y el intercambio de anillos, me había convertido en la primera dama del Estado.

Trataba de sentirme feliz, aunque una sensación de nerviosismo me consumía.

Durante toda la fiesta, estuve mirando de un lado a otro, esperando que mi tía apareciera, pero eso no ocurrió. Algunas personas también notaron su ausencia, pero como había dejado mi celular en la habitación donde me cambié, no pude llamar.

Solo esperaba que estuviera bien.

En la fiesta, me presentaron a muchos políticos, parlamentarios y asesores. Puede que solo fuera una sensación mía, pero esos rostros probablemente se volverían muy familiares con el tiempo.

—¡Mis felicitaciones! —El hermano de Nolan se acercó a nosotros, dándole un apretón de hombros al mayor y luego besándome la mano.

—Gracias —dije, en voz baja.

Nolan era más reservado y no solía hablar mucho de su familia, pero parecían llevarse bien, al menos esa fue la sensación que tuve durante los pocos momentos que los vi.

—Espero que sean felices.

Yo también...

El médico se alejó y vi a la hermana detrás de ellos. Me dio un abrazo sin formalidades, que correspondí.

—Bienvenida a la familia.

—Gracias.

—¿Cómo está el bebé? —Puso la mano sobre mi barriga.

—Bien.

—Ya quiero ver su carita. Mía era tan linda cuando era pequeña.

—Yo también ya quiero verlo —confesé, y ella rió.

Pronto este pequeño estará compitiendo por corazones.

—Sin duda.

Keyla se alejó y pronto me encontré rodeada de políticos, recordando que, aunque Nolan tomaba en serio el aspecto sexual, este matrimonio seguía siendo en gran parte por la reputación de él. No dejaba de ser una cuestión de apariencia.



Nolan BAKER

Capítulo cincuenta y nueve

Elegí un destino en el Caribe para nuestra luna de miel. Además de ser un viaje tranquilo, algo que hacía tiempo que no hacía, nos permitiría alejarnos de los focos durante una semana y tener algo de tiempo a solas, algo que también me interesaba.

El maletero abrió la puerta de nuestra suite y dejó las maletas en un rincón.

—Aquí está su equipaje.

—Gracias. —Nilzi le sonrió.

Le di una propina al tipo antes de cerrar la puerta y dejarnos solos.

Nilzi recorrió la habitación haciendo oscilar la falda de su vestido hasta que se acercó al balcón y abrió la puerta.

—¿Hay una piscina solo para nosotros? —Se dio la vuelta para mirarme, estupefacta.

—Sí.

—¡Guau!

—Me alegro de que te haya gustado.

—¡Es increíble!

Me quité la chaqueta y la puse en el respaldo de un sillón color crema.

—¿Puedo utilizar la piscina?

—¿Ahora?

—Sí. —Se acomodó torpemente un mechón de pelo detrás de la oreja—. El agua parece deliciosa.

—Solo si vamos a nadar sin ropa.

—¡Nolan! —Se puso completamente roja.

—Es mi condición. —Mantuve mi postura.

La fiesta de la boda del día anterior había terminado tarde y yo estaba demasiado cansado y borracho para hacer algo, así que no veía la hora de que llegáramos a la habitación del hotel para poder acostarme con ella.

—¿No es arriesgado?

—La piscina está restringida.

—No quiero que nadie nos vea ni haga fotos.

—No lo harán. —Me acerqué más, pasé las manos por sus hombros y bajé los finos tirantes del vestido que llevaba. Sus tetas se mostraron cuando lo bajé.

Me incliné para chuparle un pezón y ella se retorció, soltando un gemido bajo al notar que se le erizaban los pelos de los brazos. Terminé de bajarle el vestido, sin dejar de chuparle los pechos turgentes, y la dejé solo con su fina tanguita.

Las manos de Nilzi se acercaron a mi cintura y levanté los brazos, dejando que me quitara la camisa.

Me abrí el cinturón y los pantalones, tirándolos al suelo. Me saqué el boxer y mi verga se puso rígida.

Nilzi estaba acostumbrada a verme desnudo, pero aún le daba vergüenza verme la verga. Estaba seguro de que era cuestión de tiempo que se sintiera más cómoda.

Volví hacia ella y le agarré el lateral de la tanga, tirando del elástico mientras la miraba fijamente. Mi verga palpitaba al pensar en aquella vagina húmeda envolviéndola.

Le bajé la tanguita y Nilzi sacó los pies de las zapatillas.

Me incliné hacia ella para besarla, pero Nilzi me dio la espalda mirando a la piscina.

—¿Podemos entrar ya?

—Sí.

Se dirigió hacia la piscina y yo me acerqué, asegurándome de que se metiera en el agua

con cuidado. No quería que se cayera, sobre todo estando embarazada. En cuanto se zambulló en el agua, me lancé, acercándome a ella.

Cuando Nilzi salió, jadeando, le pasé la mano por la nuca y la acerqué a mí, mordisqueándole el labio inferior antes de deslizar la lengua y besarla. Mi otra mano empezó a bajar por el costado de su cuerpo, pasando por la curva de su cintura y bajando hasta una de sus nalgas. La apreté, sintiendo cómo el agua se movía a nuestro alrededor mientras intensificaba el beso, frotando mi dura verga contra ella para hacerle saber lo ansioso que estaba por penetrarla.

Definitivamente no entraba en mis planes volver a casarme, después de lo que había pasado con mi última mujer, prefería una vida más libre. Sin embargo, resultó que esto iba a sacar lo mejor de mí.

Le tiré del pelo hacia atrás, haciendo que se inclinara y levanté la mano para agarrarle un pecho.

—Pensé que íbamos a nadar.

—Nos pediste que fuéramos a la piscina. Solo accedí a que no tuviéramos sexo en la cama. —Volví a besar tu boca y recorrí tu cuerpo con las manos.

—Nolan... —gimió, cuando volví a retorcer sus pezones con mis dedos.

Su panza dificultaba el acceso a su vulva, pero no la convertía en un reto imposible. La toqué, deslizando los dedos en su interior y moviéndolos alrededor de sus grandes labios vaginales, observando cómo se estremecía mientras la provocaba.

—¡Ahhh!

Aparté las manos solo para agarrarla por la cintura y levantarla, colocándola en el borde de la piscina. Nilzi apoyó las manos en el borde y se echó hacia atrás mientras yo le pasaba las manos por el interior de los muslos y entre ellos.

Mi boca salivó antes de pasar la lengua por sus labios mayores. Envolví su clítoris con la lengua y empecé a chuparlo, haciendo que Nilzi no pudiera evitar los sonidos de placer que escapaban de su boca cerrada.

Sus dedos húmedos me agarraron del pelo y hundí mi lengua en su canal, sintiendo como

su sabor llenaba mis papilas mientras la lamía, chupaba y penetraba. Sus caderas se movían, pero yo la sujetaba por los muslos, manteniéndola a mi alcance en medio del sexo oral que seguramente la estaba alucinando.

Separé más sus muslos, abriendo más espacio para hundir mi cabeza en su vulva, enterrando mi lengua profundamente en su interior de una forma que provocó un gemido aún más fuerte de mi mujer.

—¡Nolan! —Me tiró del pelo y se estremeció tanto que le temblaban las piernas.

Seguí moviendo la lengua a su alrededor, chupando y lamiendo su clítoris hasta que sus gemidos se hicieron más enfáticos y se estremeció hasta inclinarse más hacia atrás, jadeando.

Cuando estuve seguro de que había acabado, salí de la piscina y me acerqué con ella al espacio del borde.

—¿Puedes ponerte a cuatro patas?

—Sí... —Su voz aún era débil.

—Bien. —La ayudé a ponerse en posición y la sujeté por la cintura mientras contemplaba su culo perfectamente redondo y suave.



Nilzi

LANGNER

Capítulo sesenta

Todavía me estaba recuperando de mi orgasmo cuando me puso a cuatro patas en el borde de la piscina, colocándose detrás de mí con las manos en mis caderas. Entumecida, me preparé para que uniera nuestros cuerpos, penetrándome como a él le gustaba hacer. Sin embargo, me sorprendió cuando su sombra se inclinó, giré la cabeza para mirar más de cerca y vi su saliva goteando entre mis nalgas.

—Nolan... Tú no...

—Sí, lo haré. —Me abofeteó el culo, dejándolo palpitante, pero de una forma deliciosamente sabrosa.

Imaginé que no había más formas de que aquel hombre explorara mi cuerpo hasta que empezó a meterme la verga por detrás, deslizando sus manos por mis nalgas y encajándose. No me dolió como cuando me desgarró el himen, pero me causó cierta incomodidad y un aire prohibido, como si no debiera estar en mi culo.

Nolan se inclinó sobre mí y acercó su boca a mi oreja, haciéndome estremecer.

—Mastúrbate —me ordenó, con un tono firme que me produjo un escalofrío y me puso caliente al mismo tiempo—. ¡Vamos! —Recibí otro golpe en la nalga cuando empezó a moverse.

Apoyé mi cuerpo con una sola mano en el suelo y deslicé la otra por mi vientre, teniendo un poco de dificultad para encajarla entre mis muslos y estimulándome mientras él aumentaba el ritmo.

Mis dedos se apretaron y todo mi cuerpo se llenó de placer mientras Nolan amoldaba su cuerpo a mis nalgas con cada embestida. Sentí cómo su pelvis me penetraba con fuerza, como si estuviera dentro de mi vagina.

Aumenté el ritmo al que me tocaba, gimiendo, sintiendo vibrar mi cuerpo con cada empujón y apretándolo en contracciones involuntarias.

Nolan hundió sus dedos en mis nalgas cuando me di cuenta de que estaba cada vez más

tieso, hasta que su líquido me calentó por dentro. Se quedó dentro de mí mientras yo seguía estimulándome hasta alcanzar un segundo orgasmo. Mi cuerpo se desplomó hacia delante, agotado, pero apoyé la otra mano en el suelo, sosteniéndome para no caer boca abajo.

Nolan me acarició las nalgas un poco más hasta que finalmente se salió de mí cuando su verga empezó a encogerse.

Lo vi levantarse e ir al dormitorio, luego volver con unos pañuelos para que me limpiara.

—Gracias.

Me tendió la mano y me ayudó a levantarme.

—¿Quieres volver a la piscina?

—Quizás necesite beber agua.

—Te traeré.

Asentí con la cabeza.

Me acomodé en la reposera mientras él volvía con una botella de agua fría y me la daba.

Tomé unos sorbos mientras sentía el sol dándome en la cara. El ambiente allí era cálido y muy reconfortante.

Nos quedamos un poco más y, cuando me hube recuperado del sexo, por fin pude disfrutar de la piscina, pero ni siquiera me molesté en ponerme la bikini. A Nolan no pareció importarle verme nadar desnuda.

No tenía mucha experiencia, solo algunas competiciones en la piscina del colegio, pero por suerte el agua me llegaba a los hombros y no había peligro de que me ahogara.

Cuando Nolan habló de la luna de miel, no creí que estuviera realmente dispuesto a pasar tiempo conmigo, pero tuve la sensación de que podría ser bueno.

Ya era tarde cuando me molesté en mirar los mensajes del móvil y vi uno de mi tía. Por fin había aparecido después de desaparecer en mi boda. Su respuesta fue breve, diciendo que tenía algo que hacer y disculpándose por no haber aparecido. Me tranquilizó saber que estaba bien.

Me sorprendió el mensaje deseándome lo mejor, como si esa boda fuera mi primera opción, pero probablemente intentaba ser optimista.

No puedo negar que aquellos días en nuestra luna de miel, solos Nolan y yo, aislados del resto del mundo y lejos de los fotógrafos, fueron maravillosos.



Nolan BAKER

Capítulo sesenta y uno

La semana de nuestra luna de miel pasó rápidamente, teníamos que volver a casa y me esperaban una serie de compromisos estatales.

Hacía mucho tiempo que no tenía un momento alejado de todo, en el que la política no fuera una prioridad, y fue agradable pasarlo con Nilzi. Estaba entusiasmada, deslumbrada con cada viaje que hacíamos para ver las playas, al fin y al cabo, por mucho que New York fuera una ciudad costera, el clima y el paisaje eran completamente diferentes y lo más lejos que ella había viajado de su casa había sido para visitar a unos parientes en Buffalo.

Aunque el Caribe era un lugar precioso, lo que más me gustaba era arrastrarla a nuestro dormitorio y disfrutar de los beneficios conyugales, meterle la verga hasta dejarme exhausto, explorar su cuerpo y penetrarla en las posiciones más diversas. Aunque tenía que tener un poco de cuidado porque estaba embarazada.

—Señor...

Salí de mis pensamientos cuando Robert entró en mi salón, llamando mi atención.

—Sí.

—Vengo a recordarle que el presidente del partido vendrá por la tarde para la reunión prevista antes de la boda.

—De acuerdo.

—Hay unos documentos que tiene que revisar y firmar. —Me tendió una carpeta y me la puso delante.

—No hay problema.

—¿Necesita algo?

—Tal vez un café.

—Su humor parece mejor últimamente.

—Tengo motivos para ello. —Me encogí de hombros con una breve sonrisa.

—Con una mujer tan guapa, yo también lo estaría. —Se rió y cerré la cara, haciéndolo estremecerse.

—Ten cuidado con cómo miras a la primera dama.

—Siempre soy respetuoso, señor. —Tragó saliva, completamente desconcertado.

—Mejor así. ¿Eso es todo?

—Sí.

—Entonces puedes irte.

Asintió y salió de mi despacho.



Nilzi

LANGNER

Capítulo sesenta y dos

A medida que avanzaba mi embarazo, tuve que hacer una pausa en las sesiones fotográficas y los eventos, se me hinchaban los pies y no podía llevar tacones altos. Además, mis compromisos como primera dama eran mayores de lo que podía imaginar. Había muchos actos y lugares en los que necesitaba estar al lado de Nolan, así como otros a los que acudía sola para representarlo.

Esa noche teníamos una cena importante con otros políticos en un tríplex de Manhattan, donde habría empresarios y otros hombres poderosos de New York. Nolan buscaba algunas inversiones para su campaña de reelección.

Aunque habían pasado dos meses desde que me casé con el gobernador y los rumores sobre mi embarazo y nuestra relación ya no eran noticia en la prensa, no me desanimaron.

Me había convertido en una celebridad aún más solicitada que mi tía Vanessa, pero no por las mismas razones.

—Es usted encantadora, primera dama. —Uno de los hombres de negocios me sonrió mientras se inclinaba y me besaba el dorso de la mano.

—Así es. —Nolan me rodeó la cintura con el brazo con un aire más posesivo y tuve la sensación de que se estaba poniendo celoso.

A pesar de sus maneras imponentes, no podía decir que el matrimonio fuera tan trágico como imaginé al principio. Teníamos una buena relación y no podía negarme a mí misma que me estaba enamorando cada vez más.

Aunque me había abandonado cuando le conté lo del embarazo, eso había cambiado después de estar juntos. La habitación de nuestro hijo ya estaba preparada, habíamos elegido el nombre y a veces lo veía en la habitación, pensando e imaginando a nuestro hijo.

Brian, nuestro bebé...

Me pasé la mano por la barriga, acariciándola.

—¿Se está moviendo? —preguntó Nolan, sin saber qué me pasaba por la cabeza.

—Un poco.

—¿Quieres sentarte?

—No, estoy bien.

—Gobernador... —Nolan se tensó y yo me di la vuelta al ver que un hombre se acercaba a nosotros. Era rubio, alto, de penetrantes ojos azules y postura expansiva. No sabía quién era, pero por la forma en que reaccionó mi marido me di cuenta de que tenía miedo.

—Usted debe ser la primera dama. Es un placer conocerla finalmente.

—El placer es mío —respondí cortésmente. Luego abracé a la hermosa morena que lo acompañaba.

—Felicitaciones por el bebé —dijo.

—Gracias.

Cuando se alejaron, me giré hacia Nolan.

—¿Quiénes son?

—Técnicamente, una familia muy rica y poderosa.

—¿Cómo que técnicamente? —Fruncí el ceño.

—No hay por qué preocuparse, todo está bajo control. No nos causarán problemas mientras yo cumpla sus exigencias.

—¿Son inversores en tu campaña?

—Algo así.

Las respuestas dudosas de Nolan no me tranquilizaron, pero debía de tener sus razones para hacerlo y yo no tenía demasiados conocimientos políticos como para tratar de involucrarme. Acepté que me asegurara que todo iba bien, mientras otras personas se acercaron a hablar con nosotros.



Nolan BAKER

Capítulo sesenta y tres

La presencia de la mafia no era una sorpresa, pero estaban satisfechos conmigo desde que la ley que querían había sido aprobada. Noté que Nilzi se había puesto tensa, pero no necesitaba saber esos detalles ni el tipo de personas que estaban detrás del funcionamiento de Nueva York.

Ella estaría a salvo, y mi hijo también, siempre que mantuviera una buena relación con esa gente. No era algo que debía divulgarse a los cuatro vientos. En términos generales, yo era un hombre que operaba dentro de la ley.

Cuando terminó la fiesta, ya tenía un poco de dolor de cabeza después de escuchar todo lo que querían y lo que estaban dispuestos a invertir en mi reelección.

Era la primera fiesta a la que asistía Nilzi y, a pesar de estar casi en el último mes de embarazo, se había desenvuelto muy bien y soportado todo el evento sin quejarse. Su deseo de ser modelo realmente demostraba que había nacido para los reflectores.

—Te luciste. —Me giré hacia ella y la felicité cuando entramos en el asiento trasero del auto para regresar a casa.

—Gracias.

—¿Estás cansada?

—Un poco.

—Voy a dejar que descanses esta noche.

—¿Ah, sí? —Levantó una ceja—. ¿Tenías otros planes?

—Siempre los tengo. —Deslicé la mano sobre su muslo y le dediqué una mirada maliciosa.

—¡Nolan! —Sus mejillas se tiñeron de rojo.

Mantuve la sonrisa.

El conductor arrancó el auto y subí la mano por la curva de su vientre, justo cuando mi hijo dio una pequeña patada. Se movía dentro de su barriga y me encantaba estar cerca para sentirlo, aunque lo que más ansiaba era su nacimiento. No veía la hora de sostenerlo en brazos y mirarlo a la cara.

Nilzi puso sus manos sobre las mías y me sonrió.

Estaba completamente distraído, observando a mi esposa, cuando escuché al chofer presionar la bocina y girar el volante bruscamente. No tuve tiempo de reaccionar. Todo pasó demasiado rápido. Sentí el auto girar y, de pronto, todo se volvió oscuro.

***

Una vez sufrí un accidente terrible y perdí a mi primera esposa. Aquella vez estábamos discutiendo y, en cierto modo, sentía que su muerte había sido mi culpa. Pero esto no era lo mismo. Ni siquiera iba conduciendo, y Nilzi y yo estábamos bien.

Cuando abrí los ojos, mis sienes latían con fuerza y me di cuenta de que estaba de cabeza, atrapado por el cinturón. Lo mismo le había ocurrido a mi esposa, pero ella seguía inconsciente.

—¡Nilzi! —La llamé, pero no hubo respuesta—. ¡Nilzi!

Mi preocupación aumentó cuando una luz externa iluminó el interior del auto y me permitió ver la herida en su sien, de donde brotaba sangre. Se había lastimado, pero no sabía qué tan grave era.

Con mucho esfuerzo, saqué el celular del bolsillo. Todo mi cuerpo se sentía pesado y moverme era casi imposible. Llamé a emergencias y pedí una ambulancia sin siquiera saber con certeza dónde estábamos.

—¡Nil!

Toqué su rostro y sentí que estaba helado, aunque tal vez solo fueran mis dedos cubiertos de un sudor frío. Sin embargo, el hecho de que no abriera los ojos ni reaccionara de ninguna forma me desesperaba cada vez más.

—¡Nilzi!

No sé cuánto tiempo pasé en ese tormento hasta que llegó el equipo de rescate.

Estábamos dentro de un vehículo blindado, lo que hacía aún más difícil abrir las puertas para sacarnos de ahí. Cuando finalmente lo lograron, me sacaron primero, desabrochando el cinturón y arrastrándome fuera del auto.

—Mi esposa… —balbuceé, todavía aturdido.

—Vamos a sacarla, gobernador.

—No responde.

—Lo llevaremos a la ambulancia.

—Nilzi, por favor…

Me llevaron al interior de la ambulancia y sufrí hasta que la colocaron a mi lado y escuché la sirena que nos conducía al hospital. Mi chofer había sido trasladado en otra unidad, pero lo único en lo que podía pensar era en ella.

—Nilzi está embarazada —dije, cuando vi que le revisaban los signos vitales.

—Llegaremos al hospital en breve.

La respuesta no me dio ningún alivio.



Nolan BAKER

Capítulo sesenta y cuatro

Nos separaron en cuanto llegamos a la sala de urgencias del hospital más cercano.

Estaba completamente desconcertado y no eran solo los efectos del accidente. No había imaginado que pudiera sentirme tan desesperado ante la perspectiva de perder a otra esposa de la misma manera trágica.

Aunque mi historia con Nilzi había pasado por momentos no tan fáciles, la pregunta que me hizo mi hija antes de casarme seguía resonando en mi cabeza.

¿La quieres?

Sí, la quería.

—¿Cómo está mi mujer? —Aparté la mano de una enfermera mientras me ponía una gasa en la frente.

—No lo sé, gobernador.

—¿Cómo puedes no saberlo? No deberías haberme separado de ella.

—Está en buenas manos con otro equipo.

—¿De verdad? —Intenté levantarme, pero ella me empujó hacia atrás para que permaneciera sentado en la camilla.

—¡Quédese quieto!

—Estoy bien.

—¿No le duele nada?

¿Mi corazón?

—Solo quiero ver a mi esposa.

—Espere aquí. El equipo vendrá a informarle cuando haya novedades.

No deberían haberme separado de ella, y eso me ponía aún más ansioso.

Estar sin noticias me estaba volviendo loco y aumentando mi angustia. Salimos de una fiesta; deberíamos estar llegando a casa, yendo a dormir o sentándonos en la habitación de Brian, imaginando cómo sería cuando finalmente naciera.

—Vamos a hacer algunos estudios para asegurarnos de que no tiene ninguna fractura. —Un médico se acercó a mí.

—Estoy bien.

—Es solo por precaución, gobernador.

—¡Quiero saber de mi esposa!

—Está en cirugía.

—¿Cirugía? —Abrí los ojos de par en par y salté de la camilla—. ¿Qué cirugía?

—Está perdiendo mucha sangre por los traumatismos, y eso está afectando al bebé. Vamos a realizar una cesárea de emergencia para asegurar su supervivencia.

—¿Y ella?

—Tenemos que esperar.

—¿Esperar? ¡Dígame que va a estar bien! —Me abalancé sobre él y lo agarré del cuello de su bata. Su expresión se endureció al ver mi actitud agresiva.

—Tenemos que esperar, señor. —El médico tragó saliva.

—¿Está diciendo que puede morir?

—Estamos haciendo todo lo posible.

—Quiero más que eso.

—Desafortunadamente, tendrá que esperar. —Se inclinó hacia un lado hasta que solté su bata.

—Hagamos los estudios, por favor.

—Estoy bien, ocúpese de mi esposa.

—Ya tiene un equipo completo con ella.

—¡Consigan más si no es suficiente!

—Tenga paciencia, gobernador.

Eso era lo último que podían pedirme en ese momento.

A regañadientes, seguí al médico para hacerme los estudios y luego me llevaron a una habitación donde debía esperar.

Mirar esas paredes blancas y la televisión apagada no iba a hacer que me sintiera mejor.

Cuando la puerta se abrió, pensé que traían noticias de Nilzi, pero fue mi hija Mía quien entró corriendo y me rodeó el cuello con los brazos en un abrazo desesperado.

—¡Ay, papá, qué susto! Te mataba si quedabas en coma otra vez. Menos mal que no te lastimaste demasiado.

—¿Cómo te enteraste? —pregunté, cuando se separó para mirarme mejor.

—Está en todos los titulares de las noticias.

—¿Quién te trajo?

—El tío Philip.

—¿Dónde está?

—Hablando con los médicos. Parece que Nilzi no está bien. ¿Le pasará lo mismo que a mamá?

—No digas eso ni en broma —gruñí con fiereza. Ella era demasiado joven para morir así.

—Pero… —Mía iba a insistir, pero cambió de opinión cuando notó que no podía aceptar otro escenario que no fuera mi esposa sana y de vuelta en casa—. Qué bueno que estás bien.

—Y…

La puerta se abrió de nuevo y el médico que entró era mi hermano.

—¡Philip!

—Hermano, tienes que dejar de darnos estos sustos.

—¿Qué dijeron los médicos?

—Solo tienes algunas raspaduras.

—Quiero saber de Nilzi.

—Bueno… con ella la situación es un poco más complicada. —Su expresión cambió por completo, lo que me puso aún más tenso.

—¿Por qué?

—Sufrió varias fracturas y una de sus costillas causó una lesión interna. Tu hijo ya nació y está recibiendo atención. Pronto podrás verlo.

—¿Y ella?

—Sigue en cirugía.

—Pero… estará bien, ¿verdad?

Philip no respondió, y eso fue suficiente para aumentar mi angustia.

Solo necesitaba que alguien me asegurara que iba a estar bien para poder calmarme.

—Nuestros padres vienen en camino.

—No quiero ver a nadie ahora.

—Pero, Nolan…

—No, Philip.

—Está bien, esperemos noticias de Nilzi.

—¿No puedes entrar y hacer algo?

—Soy neurocirujano, no cirujano cardiotorácico.

—Pero eres un buen médico.

—Tu esposa está en buenas manos, solo necesitas un poco de paciencia.

—¡Estoy harto de escuchar eso!

—Entonces deberías ponerlo más en práctica. ¿Qué te parece si te cambias, te das un baño y esperas?

No me gustaba esa opción, pero no tenía alternativa.

—Me quedaré aquí contigo por si necesitas algo.

—¿Y yo? —Mía no parecía contenta con la sugerencia de su tío.

—Es mejor que esperes en casa.

—Pero…

Philip le lanzó una mirada seria y ella terminó cediendo.

—Está bien.

—Voy a enviar a Mía en un taxi y a buscarte ropa limpia. —Mi hermano la tomó del brazo y la guió fuera de la habitación—. Vuelvo enseguida.

Me quedé mirando la puerta, pensando en salir corriendo hasta donde estaba Nilzi, pero no tenía idea de dónde estaba. Y, siendo honesto, apenas sabía primeros auxilios; no podía hacer mucho.

Lo único que me quedaba era esperar y rezar.



Nolan BAKER

Capítulo sesenta y cinco

Philip me acompañó hasta la UCI neonatal donde estaba mi hijo. Tenía ocho meses, pero sus pulmones aún no estaban lo suficientemente maduros, por lo que necesitaba seguimiento médico hasta que pudieran funcionar perfectamente.

Me acerqué a donde él estaba y me animaron a poner la mano para tocarlo. Sus pequeños dedos se enroscaron alrededor de los míos y dejé escapar un suspiro bajo.

Brian parecía estar bien a pesar de todo, pero no podía decir lo mismo de su madre, algo que me atormentaba.

No era un hombre muy religioso ni creía en el karma, tampoco me preocupaba por eso, pero comenzaba a pensar que el universo me estaba cobrando todo.

Tal vez no había sufrido lo suficiente por la muerte de mi primera esposa, pero esta vez estaba siendo devastador.

Quién sabe, tal vez si hubiera sido mejor para Nilzi, esto no estaría sucediendo.

—¡Demonios, ella solo tiene dieciocho años! —murmuré para mí mismo, pero Philip me escuchó, porque sentí su mano sobre mi hombro.

Ni se atrevió a decir que todo estaría bien, lo que hizo la situación aún más pesada.

—Mira cómo se parece a ti —comentó, mientras observaba al bebé, lo que me distrajo por un momento y me hizo fijarme en él.

—Sí, pero tiene el formato de la nariz de ella.

—Espero que también tenga su temperamento.

—¿Por qué? —Giré la cabeza para mirarlo.

—Porque a veces eres una mierda y un dolor de cabeza.

—Como si fuera el único. —Se encogió de hombros.

Volví a mirar a mi hijo y me quedé en silencio por un buen rato antes de decir algo.

—Solo quiero que crezca con su madre.

—Todos estamos esperando que eso sea posible.

Sostuve sus deditos y suspiré.



Nilzi

LANGNER

Capítulo sesenta y seis

Tiempo después...

Mi cabeza palpitaba cuando finalmente logré abrir los ojos. Mi cuello estaba adormecido y todo parecía tenso, como si hubiera pasado una eternidad sin moverme.

—¡Ay!

—¡Nilzi!

Me giré al escuchar la voz de Nolan llamándome. Mi marido estaba en un rincón de la habitación, usando un soporte de tela, llevando un bebé pegado a su pecho.

Bebé...

Miré hacia abajo, buscando mi abdomen, pero ya no estaba allí. Ese enorme bulto que me dificultaba ver mis pies había desaparecido.

—¿Brian? —pregunté, entre asombro y shock.

—Sí. —Nolan sonrió, inclinándose hacia mí. El bebé parecía una bonita mezcla de nuestros rasgos, tenía los ojos azules de su padre y mis pómulos.

—¿Hijo? —pregunté, aún en shock.

—Sí —confirmó Nolan.

—¿Qué pasó? —Mi cabeza seguía palpitando y no podía recordar las últimas horas antes de llegar allí.

—¿No recuerdas el accidente?

Negué con la cabeza, pero el simple movimiento me hizo doler aún más.

—Terminamos volcando cuando el conductor intentó esquivar un camión. Tuviste varios daños internos y el equipo médico decidió hacerte la cesárea para al menos salvar al bebé.

Tragué en seco.

—Yo...

—Estuviste mucho tiempo en cirugía. Fueron las peores doce horas de mi vida. Nadie sabía si ibas a sobrevivir o no. Después de eso, pasaste otra semana en la UCI hasta que finalmente te trasladaron a una habitación, pero seguías en coma.

—¿Cuánto tiempo llevo en el hospital?

—Más de un mes.

—¡Vaya!

—¿Cómo te sientes?

—Me duele todo...

—Ya vas a estar bien. —Parecía aliviado.

—Podrías haberte librado de mí —bromeé, mientras extendía la mano para tocar el rostro de mi bebé, aunque aún estaba algo atontada.

—¿Librarme de ti? —Abrió los ojos, sorprendido.

Asentí.

—¿Estás loca?

—Resolvería un problema.

—Nunca fuiste un problema, Nilzi.

—¿No?

—De ninguna manera. Te amo.

—¿Me amas? —Me quedé en shock porque no esperaba esa declaración, ni de esa manera ni de ninguna otra.

—Sí, te amo. —Se inclinó para darme un besito en los labios—. Lo único que más quería era que estés bien, por mí y por nuestro hijo. Brian necesita a su madre y yo te necesito a ti.

Me quedé un rato procesando eso y la declaración hizo que me sintiera más ligera.

Al final, podríamos tener el matrimonio feliz y apasionado que siempre quise.



Nolan BAKER

Epílogo

Un año después...

—¿Dónde está el travieso? —dijo Mía, arrojando la toalla sobre Brian, quien comenzó a reír al ser cubierto por su hermana mayor—. ¡Te encontré! —gritó, mientras tiraba la toalla y la risa de Brian se intensificaba.

—Pareces tener buena mano con los niños —comentó mi hermana, Keyla al acercarse a los dos.

Estábamos en la piscina de la casa de mis padres, y yo los observaba desde lejos mientras Nilzi nadaba, disfrutando del agua. El brillo del sol en su cabello castaño la hacía verse aún más hermosa.

No era de extrañar que las agencias de modelos la disputaran; la mayoría de las veces, tenía que contener mi celos para no armar un escándalo, porque a ella le gustaba hacer eso, independientemente de mí.

—¿Pensando en tener otro hijo? —me preguntó Philip, al pararse junto a mí.

—Yo ya tengo dos, tal vez seas tú quien esté envejeciendo para empezar —respondí.

—Paso más tiempo en el hospital que en cualquier otro lado, así que mejor eso lo dejo para ti. Sin mencionar que se preocupan más por cuántas vidas salvo que por tener una cara bonita a mi lado para las fotos.

—Tengo que admitir que su rostro es hermoso —dije.

Philip soltó una risa.

Me alejé de él cuando Brian empezó a llorar y tomé a mi hijo en brazos.

—¿Qué pasa, pequeño?

—No sé —respondió Mía, encogiéndose de hombros.

Brian se inclinó, tomando la toalla, y me reí al darme cuenta de que solo quería seguir jugando, pero su hermana mayor ya estaba cansada.

Nilzi salió de la piscina para ver qué pasaba con él y se detuvo frente a nosotros.

—Solo quiere seguir jugando —expliqué.

—Ah, pequeño travieso —dijo, abriendo los brazos para que él fuera a su regazo, y nuestro hijo no dudó ni un segundo—. ¿Vamos a nadar?

Él parecía emocionado, y Nilzi me miró.

—Ven con nosotros.

Sonreí, pero no dije nada. Era una pena que la piscina estuviera llena y no pudiéramos estar solos. Sin embargo, no veía la hora de llegar a casa y poner a nuestro hijo a dormir.

Quizás no había planeado casarme de nuevo, pero lo que comenzó como una necesidad frente a un escándalo resultó ser una gran elección.

Acerca del autor

Jéssica Macedo, de 29 años, es brasileña y forma parte del ranking Forbes Brasil Under 30, el ranking de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para público infantil y adulto, fantasía, aventuras, romance y, sobre todo, literatura caliente, un auténtico fenómeno editorial entre los lectores.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica comenzó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14 con el lanzamiento de su primer libro, "Vale das Sombras". Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Participó en la adaptación de una de sus novelas, “Eternamente Minha”, en un largometraje transmitido por la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autoras, en su mayoría mujeres, que integran el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Descubre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sitio web del autor Amazon - https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X


Jéssica
Macedo
escritora

Lea también:



Link: https://amzn.eu/d/3kqNNQv

Sinopsis:

Narcisista con complejo de dios, algunos me llaman así, pero la verdad es que soy excepcional en lo que hago. Haber nacido siendo un Vaughn me dio oportunidades, pero ser médico siempre fue mi vocación, mi destino. Salvo innumerables vidas como neurocirujano.

La medicina siempre ha sido mi propósito. Ganando premios y volviéndome destacado, creía que no necesitaba nada más para sentirme completo, hasta que mi hermano mayor regresó. Ver a John con sus hijos despertó en mí el deseo de convertirme en padre.

Millonario, estaba convencido de que podría cuidar muy bien de un niño solo. Sin embargo, en lugar de adoptar, quería un bebé con mi propio ADN y para lograrlo acudí a una clínica de reproducción asistida. Así fue como Karoline Denver se cruzó en mi camino.

Se suponía que ella sería solo una madre subrogada. No quería involucrarme con ninguna mujer. Karoline no era más que un medio para un fin: mi bebé. Sin embargo, la convivencia puede hacer que nada salga como estaba planeado.

Cumplir un contrato que yo mismo establecí será un desafío enorme.



Link: https://amzn.eu/d/aWOQsPj

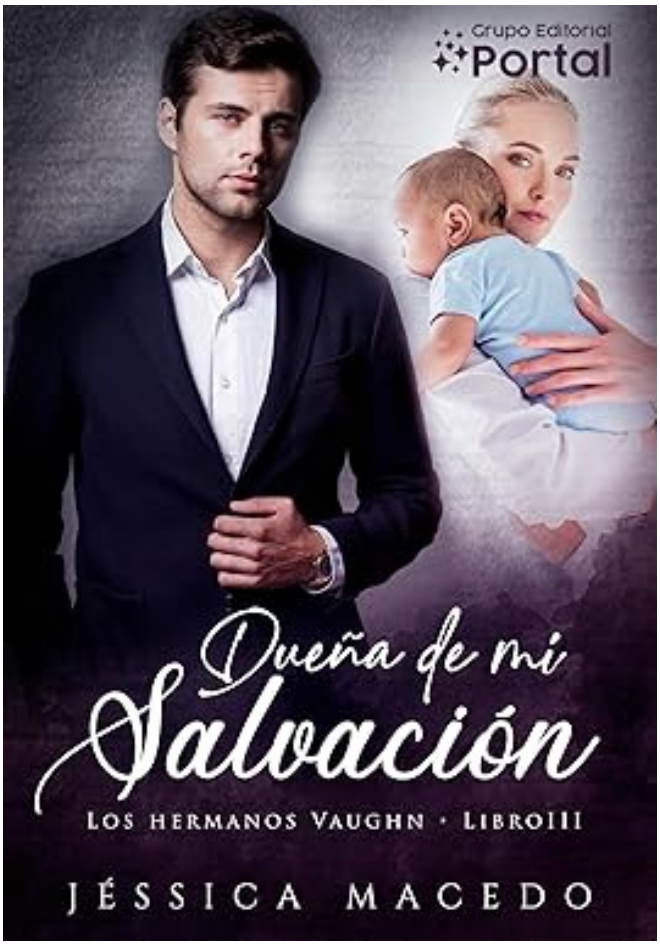
Sinopsis:

Abandoné todo después de una gran decepción; dejé atrás mi vida y todas las comodidades que venían con la fortuna de la familia para salvar soldados en el campo de batalla. Me distancié, me aislé y me convertí en un hombre aún más frío de lo que ya era.

Pasaron años hasta que mi padre me llamó de vuelta. Estaba viejo, necesitaba jubilarse y quería que yo asumiera los negocios familiares. Me convertiría en el director del hospital y volvería a ejercer como cirujano cardiotorácico. Sin embargo, el pasado que me había hecho irme era el mismo que volvería a atormentarme.

Cristal Castilho era todo lo que quería evitar. Tras nuestra ruptura, ella hizo que perdiera la fe en las personas y me cerrara para siempre. Deseaba no volver a verla jamás, hasta que un día llegó al hospital con un grave problema en el corazón. Eso revolvió mi pasado e hizo que mi vida se diera vuelta.

La odiaba, pero descubrí que teníamos una hija juntos y que solo conocía la mitad de la historia. Yo era el culpable de todo lo que había pasado; cometí errores que podrían ser irreparables al confiar en quien no debía. Pero para poder redimirme, necesitaba salvarla.



Link: https://amzn.eu/d/jauTHbQ

Sinopsis:

Yo nunca sería padre...

Siempre dejé muy claro a mi esposa que tener un hijo no estaba en mis planes. Todo mi enfoque estaba en dirigir la empresa familiar, y no había tiempo ni espacio para dedicarme a un niño. Sin embargo, ella ignoró lo que le había repetido tantas veces y quedó embarazada. Jamás podría haber previsto que Grace moriría en un trágico accidente, dejándome con un recién nacido prematuro.

No quería a mi hijo, y ella solo deseaba una oportunidad para ser madre. En un primer momento, el odio fue instantáneo. Esa médica no tenía derecho a entrometerse en mi vida ni a cuestionar la forma en que estaba actuando. Por mí, habría sido despedida del hospital, pero, lamentablemente, la institución pertenecía a su familia.

Por más que quisiera deshacerme de ella y de la situación a toda costa, fue Jaqueline Vaughn quien me hizo ver que necesitaba redimirme con mi hijo y convertirme en un hombre mejor.

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal